

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR**

**DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA, HISTORIA Y HUMANIDADES
CONVOCATORIA 2011-2013**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN
ANTROPOLOGÍA VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLÓGICO**

**EL PAISAJE: MIGRACIÓN CUBANA Y ANTROPOLOGÍA VISUAL EN EL
BARRIO DE LA FLORIDA, QUITO.**

CASANDRA SABAG HILLEN

ABRIL 2014

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR**

**DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA, HISTORIA Y HUMANIDADES
CONVOCATORIA 2011-2013**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN
ANTROPOLOGÍA VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLÓGICO**

**EL PAISAJE: MIGRACIÓN CUBANA Y ANTROPOLOGÍA VISUAL EN EL
BARRIO DE LA FLORIDA, QUITO.**

CASANDRA SABAG HILLEN

**ASESOR DE TESIS: DR. HUGO BURGOS
LECTORES: DR. ALFREDO SANTILLÁN Y
DRA. AMANDA D. CONCHA-HOLMESS**

ABRIL 2014

DEDICATORIA

A Mijo, mi madre, niña de mil años.

AGRADECIMIENTOS

Cuando el destino resulta falible, la convicción y la solidaridad se convierten en los nudos marineros que nos atan al tiempo. Me siento profundamente agradecida con mi director de tesis Hugo Burgos por su cuidadoso escrutinio y compromiso ético con mi trabajo; y a mis profesores de la maestría por su trabajo invaluable lleno de elocuentes intermitencias. También quiero dar gracias a Bernardo, que con 45 días de trayecto me enseñó la fragilidad de moverse en este mundo.

Al mismo tiempo quiero hacer un monumental reconocimiento a mi mamá, Mijo, que desde un estoicismo dadivoso convirtió 5000 kilómetros en apenas un suspiro. A mi papá, Adip, que siempre con creatividad absoluta confronta cualquier problema. A mi hermano, Abdel, que como un espejo, en constante dicotomía me ayuda a conocerme más.

Quito me ha ofrecido las más entrañables amistades, las cuales me han sostenido estos dos años y medio, por lo que ofrezco mi felicidad:

- A Alexis por exigirme juntar mis pedazos y amalgamarlos en sueños.
- A Paty por darme la sonrisa que se repite en cada desastre.
- A Ireri por ver al tiempo y sus epifanías.
- A Luis por mostrarme a cantar cara al viento vehemente.
- A Rosa que hace magia multiplicando los espejos.
- A Isa porque me enseñó a ver con los ojos cerrados.
- A Paul porque siempre hablábamos de otras cosas, mientras la casa se desmoronaba.
- A Pato que dejó mis párpados abiertos cuando pesaban demasiado.
- A Carlos que mantuvo mi amor por las largas caminatas.
- A Caro por mostrarme las tardes lavadas por la lluvia.
- A Lore por empujar mi confianza ante lo ajeno.
- A Xavier por recordarme lo bien que se está en la pintura.
- A Alejandra por escribir sin comas y aún así entendernos infinitamente.
- A Rosángela, mi guerrera incansable, intachable e incondicional.
- A Haydee por las madrugadas ataviadas de academia.
- A Damián, que sabe que los cerros reverdecen.
- A Emma, sabia y ligera, que me muestra las palabras sin revés.

ÍNDICE

Contenido	Páginas
RESUMEN.....	7
INTRODUCCIÓN.....	8
Breve recorrido por la migración en Ecuador.....	9
Nombrar el espacio.....	11
CAPÍTULO I.....	14
ANTROPOLOGÍA VISUAL ENTRE LA MIGRACIÓN CUBANA.....	14
Y EL PAISAJE.....	14
1.1 Los cubanos en Ecuador.....	14
1.2 Objetivos.....	17
1.3 Posicionamiento teórico.....	18
1.3.1 ¿Qué es paisaje?.....	18
1.3.2 La antropología visual y el paisaje.....	20
1.3.3 Espacio y paisaje.....	23
1.3.4 Paisaje social.....	25
1.3.5 La antropología siguiendo los flujos humanos.....	27
1.3.6 Migración y globalización: fronteras culturales y étnicas.....	30
1.3.7 Migración cubana en Ecuador.....	36
1.3.8 Paisaje y migración.....	37
1.4 Estrategia metodológica.....	39
1.4.1 Trabajo etnográfico.....	40
1.4.2 Estudiar el paisaje urbano.....	42
1.4.3 Intervenciones de la migración cubana sobre el paisaje urbano.....	43
1.4.4 Registro del paisaje sonoro.....	44
CAPÍTULO II.....	45
RECORRIDOS Y FRONTERAS DEL BARRIO LA FLORIDA.....	45
2.1 Paisaje, nación e identidad.....	45
2.4 Caminar el barrio.....	54
2.4.1 Mapa de recorridos.....	57
2.4.2 La estructura que legitima y organiza el espacio.....	58

2.4.3 Los dispositivos incorporados	71
2.4.4 Los imaginarios	78
CAPÍTULO III	84
LAS HUELLAS DE LA MIGRACIÓN CUBANA.....	84
EN EL PAISAJE URBANO DEL BARRIO DE LA FLORIDA.....	84
3.1 Mapeo de la “cubanitud” en el barrio	85
3.2 La huella visual.....	86
3.3 Las huellas visuales y el paisaje.....	89
3.4 Las huellas visuales del barrio La Florida	91
3.5 El paisaje comercial del barrio.....	97
3.5.1 La calle Paz y Miño.....	99
3.5.2 Restaurante Aché de la Flaka	110
3.6 A manera de conclusiones	118
CAPÍTULO IV	121
EL PAISAJE SONORO	121
4.1 El paisaje sonoro.....	121
4.2 La Florida y su sonoridad	122
4.3 La bulla cubana.....	126
4.4 Dos espacios de sonoridad cubana.....	128
4.4.1 La calle Paz y Miño.....	130
4.4.2 El Supermaxi	133
4.5 A manera de conclusiones	139
CONCLUSIONES.....	140
BIBLIOGRAFÍA.....	151

RESUMEN

A partir del año 2008 el gobierno de Ecuador decidió modificar sus políticas de migración y eliminar las visas de ingreso para todas las personas extranjeras. Desde entonces se identificaron nuevos flujos migratorios en dicho país. Bajo esta nueva política de “puertas abiertas” la migración cubana incrementó considerablemente. A cinco años de este fenómeno, aún presente, surgen cuestionamientos acerca de las formas de construcción del espacio simbólico y material junto a este grupo migratorio en el nuevo país de acogida. La investigación “El paisaje: migración cubana y antropología visual en el barrio de La Florida, Quito” estudia las implicaciones de la migración cubana que habita, labora y convive en el paisaje urbano del barrio de La Florida, al norte de la ciudad de Quito. Con lo cual se indaga sobre el concepto y configuración social del paisaje como un elemento políticamente activo frente a la experiencia de los migrantes cubanos, valiéndose de los postulados teóricos desde la antropología visual y sus vínculos con otras disciplinas preocupadas por el espacio como el arte y la geografía. Dentro de este paisaje la investigación se enfoca en dos elementos principalmente: por un lado, la transformación y apropiación del espacio como detonantes de mecanismos para la construcción de una cotidianidad relacionada con posturas identitarias; y por el otro, el escenario de discriminación y pugna conformado por estereotipos e imaginarios alrededor de la representación y autorepresentación del migrante cubano. Así es planteada la importancia de las estrategias de investigación sonoras, espaciales y visuales, para reflexionar acerca de las políticas de representación en el paisaje enlazadas a procesos sociales específicos, dando cuenta de cómo los indicios materiales en el espacio son elementos constructores de fronteras étnicas y culturales, resultado de hegemonías políticas y culturales.

INTRODUCCIÓN



Fuente: Fox Madox Brown, *Lo último de Inglaterra*, óleo sobre tela, 82.5 x 75 cm. 1855, Museo de Birmingham

Aunque ahora se crea que la globalización marca el ritmo, la movilidad humana ha marcado desde siempre la historia de la humanidad, en grandes o pequeños oleajes. En la pintura de Fox Madox Brown, pintor británico, aparecen retratados él, su esposa y sus dos hijos migrando en el barco El Dorado, hacia la India. Durante la segunda mitad del siglo XIX, Inglaterra vivió una de las migraciones más fuertes de su historia. Para 1852 casi 370 000 británicos se trasladaron a Australia o India buscando mejores condiciones de trabajo y vivienda. Brown, así como varios prerrafaelistas retrataron este fenómeno. En la imagen se puede observar como los migrantes no vuelven la mirada hacia los blancos acantilados de Dover. El paisaje que dejan atrás, representa no sólo al pasado sino la promesa de un futuro satisfactorio para forjar simbólicamente un paisaje nuevo que logra amalgamar los espacios anhelados, los recordados, los físicos y simbólicos; los públicos y los del cuerpo, los hegemónicos y los que se construyen desde la agencia. Sin embargo, cuando uno decide estudiar al espacio dos problemas surgen intrínsecamente: saber por dónde empezar y dónde terminar. ¿Cómo delineamos el espacio? El espacio muta constantemente y no ofrece un contorno definido que permita con claridad su aprehensión. A pesar de ello, siempre puede pensársele y bajo la

representación se muestra tangible y cognoscible. El paisaje es una de estas formas. Es una forma de pensamiento anclada a un soporte físico, geográfico que se desdobra hacia la representación y construye discursos sobre cómo comprendemos el mundo que nos circunscribe. De tal forma con esta investigación busqué utilizar este anclaje espacial para poder analizar un fenómeno particular que sucede en un pequeño fragmento espacial de una ciudad, Quito, frente a la imparable movilidad humana.

El espacio se percibe de manera peculiar pues no solo es éste el que se mueve sino quien lo vive también se traslada, migra. La mayor parte de mi vida me he preguntado acerca del *modus operandi* de las prácticas cotidianas cuando se proviene de una familia de migrantes. Por un lado mi familia formó parte de una ola migratoria de inicio del siglo XX de Líbano hacia el continente americano, donde mis abuelos viajaron y se establecieron al norte de México; y por otro lado, mi madre se trasladaría de Bélgica a México resultado de las migraciones educativas de la década de los años 60 y 70 entre Latinoamérica y Europa. Haber nacido en el seno de una familia de disparidades culturales tan punteadas, que a su vez se enmarcaban en un ámbito espacial igualmente contrastado me hacían pensar continuamente en cómo y por qué ciertas prácticas, tradiciones, ritos permanecen, se transforman o se desvanecen del todo e igualmente cómo funcionan estos procesos en la migración que se vive hoy en día. Después cuando ingresé a la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM para estudiar pintura, mis preocupaciones se estrecharon aún más en relación al espacio y su papel para activar o aniquilar condiciones sociales. Es por ello que hoy, estudiando antropología visual en una ciudad nueva para mí, Quito; vuelco estos cuestionamientos sobre un caso muy particular, la migración cubana que de forma emergente y contingente se ha establecido en un barrio de esta capital, el barrio de La Florida.

Breve recorrido por la migración en Ecuador

Martin Heidegger reflexionó en su texto *Construir habitar pensar*, el proceso que implican estas tres acciones y cómo se articula de forma yuxtapuesta la una con respecto al otra (Heidegger, 1994). Pero, ¿qué sucede cuando un extranjero llega a habitar sobre algo ya construido? Ese tejido intrínseco se desarticula, y obliga a proponer uno diferente. En el caso de Ecuador este conflicto es añejo. No es gratuito que surja el interés de este país por conocer al “otro” extranjero justo cuando se encontraba cimentándose como nación, a finales del siglo XIX. Durante este periodo se

establecieron las primeras leyes en relación a la extranjería en 1886¹. A partir de entonces este proceso fue tomando diferentes matices a lo largo del siglo XX. De tal forma que para la década de los años 1930, la comunidad extranjera andina era privilegiada para habitar territorio ecuatoriano. Y ya en 1950, se categorizó a los extranjeros: “estudiantes y hombres de ciencia” (Ramírez, 2013: 16) para ser recibidos. Hasta llegar a 1971, año en que se establecen las leyes de extranjería tal como hoy en día se ejecutan, donde se establecieron las políticas de quiénes son los extranjeros deseados y no deseados para habitar el territorio nacional. Estos lineamientos fueron adaptándose según la coyuntura político social que rodeaba Ecuador. Hasta que a partir del año 2008 decidió modificar sus políticas de migración y por ello eliminó las visas de ingreso para todas las personas extranjeras (Arcentales, 2010)². Desde entonces se identificaron nuevos flujos migratorios en el Ecuador, que provenían de múltiples países como Afganistán, Haití y Etiopía (INEC, 2011). Esto transformó a Ecuador en un país de destino final y de tránsito como nunca había sido considerado, él cual hasta ese momento había sido un país más bien que migraba hacia el exterior, especialmente en la década de 1990 como un fenómeno consecuente de la post dolarización. Bajo esta nueva mirada de “puertas abiertas” entre los nuevos grupos migratorios que llegaron a Ecuador destacó la migración cubana la cual incrementó en un 2 000 % entre el año 2008 y el 2010 (INEC, 2011). El caso de estudio que convoca esta investigación se centra en última ola migratoria cubana a Ecuador, haciendo énfasis en una pequeña localidad al norte de la capital del país. Desde hace cinco años este acelerado movimiento migratorio produjo características particulares para los migrantes cubanos, que en algunos casos³ deben enfrentar condiciones de ilegalidad y contingencia, que redundan en un estado de incertidumbre que abre interrogantes respecto a la posibilidad de la construcción de cotidianidad y convivencia en un nuevo espacio habitado. Hay que considerar también que buena parte de esta migración se establece en el Ecuador de

1 En 1886 se publica la primera ley de Extranjería, seguida de una actualización en 1892 hasta que en 1897 se establecieron las garantías para los extranjeros en la Constitución. Para ver un recorrido preciso del desarrollo de estas legislaciones ver el libro *La política migratoria en Ecuador* de Jacques Ramírez, publicado por el IAEN, en el año 2013.

2Cabe mencionar que en el año 2010 el Gobierno Ecuatoriano decide solicitar de nuevo visas para República Popular China, Afganistán, Bangladesh, Eritrea, Etiopía, Kenia, Nepal, Nigeria, Pakistán y Somalia, además que para el caso particular de Cuba, hasta el 1 de abril de 2014 fue necesario contar con una carta de invitación emitida por algún ecuatoriano.

³Las facilidades de obtener una residencia en Ecuador para un migrante cubano depende mucho de su formación profesional y si cuenta con un título que la avale.

manera transitoria, pues reanudan su desplazamiento hacia al norte buscando llegar a Estados Unidos de América⁴. Adicionalmente la asimilación para los cubanos en su permanencia en el país ecuatorial se ve afectada por reacciones polémicas por parte de la sociedad de acogida, resultado de imaginarios colectivos que vinculan al migrante cubano con delincuencia o desorden social. Según el estudio estadístico que realizaron Beatriz Zepeda y Luis Verdesoto en el año 2010 en el Ecuador:

El 73,1% de la población encuestada se mostró muy de acuerdo o algo de acuerdo con la aseveración relativa de que los extranjeros en Ecuador generan inseguridad, el 67,3% expresó estar muy de acuerdo o algo de acuerdo con la aseveración de que los extranjeros quitan empleo a los ecuatorianos, y el 64,2% dijo estar muy de acuerdo o algo de acuerdo con la aseveración de que debilitan nuestras costumbres y tradiciones (Zepeda y Verdesoto, 2011: 95).

Bajo este imaginario sobre las implicaciones de la presencia de extranjeros en el Ecuador, toma importancia este estudio al plantear uno de los pequeños hitos sobre migración en la capital del Ecuador: el paisaje de la migración cubana dado en un sector al norte de la capital, el barrio de La Florida. Existe el imaginario de la población ecuatoriana y cubana en la ciudad de Quito sobre un marcado asentamiento de esta población migratoria en esta localidad, y por ello a este lugar se le ha denominado “El barrio cubano”.

Nombrar el espacio

Christopher Tilley explica la importancia de cómo otorgar un nombramiento a un lugar crea un espacio existencial, en el que se da un proceso de conformación de discursos sociales y actúan como teclas de acceso para las acciones históricas de los individuos y los grupos. De tal forma nombrar espacios crea paisajes (Tilley, 1994). Este paisaje delimitado por la migración es lo que con esta investigación pretendo estudiar. La categoría del paisaje la defino como un “sistema visual” que permite un acercamiento al conocimiento del espacio urbano. No solo desde la visualidad, en tanto representación,

⁴El proceso migratorio de personas de origen cubana hacia Ecuador se ha catalogado en dos “olas de migración”, la primera en la década de 1990 producto de tratados bilaterales en salud, educación y deporte entre ambos países y la segunda a partir de la apertura de fronteras en 2008 como resultado de redes de personas radicadas en Ecuador. Para ver con mayor detalle este proceso véase el capítulo dos de la tesis de María Fernanda Sáenz *Nación y género: representaciones de la inmigración cubana en Quito*

sino también en cuanto a su función estructural e interpretativa de una realidad y su valoración dentro de un proceso social. Cualquier proceso social conlleva una condición espacial aprehensible para los sentidos. El geógrafo Leonardo Reyes propone “Es una construcción social, tanto física, como simbólica, cuya constitución es un campo de lucha social en tanto es una expresión y un medio de los acuerdos y los conflictos sociales” (Reyes, 2011:143). Con este estudio pretendo encontrar las relaciones que existen entre lo que nos ofrece esta dimensión espacial, desde su representatividad y desde sus implicaciones como medio de acción social. Ahora bien el concepto de paisaje, se operativizará en el trabajo de campo bajo dos líneas: la primera basada en su condición material-geográfica, la cuál es cuantificable con el uso de descripciones territoriales, mapas, fotografías y registros sonoros; y la segunda desde su dimensión simbólica, basada en las narraciones e interpretaciones del espacio, gracias a testimonios. Ambas dimensiones están acotadas desde el trabajo etnográfico, particularmente de la observación participante.

A través del concepto de paisaje, preguntarme cómo los migrantes cubanos construyen estrategias de adaptación y apropiación en su materialización en el paisaje del barrio de la Florida y a su vez cómo este paisaje co-creado (Quito-Cuba) se presenta. En dicha manifestación interrogarla forma en que se impregna el espacio bajo esta interrelación. Esto me permitirá indagar sobre el concepto y configuración social del paisaje como un elemento políticamente activo frente a la experiencia de los migrantes cubanos valiéndonos de los postulados teóricos desde la antropología visual y sus vínculos con otras disciplinas preocupadas por el espacio como el arte y la geografía. Dentro de este paisaje me enfocaré en dos elementos principalmente: por un lado, la transformación y apropiación del espacio como detonantes de mecanismos para la construcción de una cotidianidad relacionada con posturas identitarias; y por el otro, el escenario de discriminación y pugna conformado por estereotipos e imaginarios alrededor de la representación y autorepresentación del migrante cubano. Así planteo la importancia de las representaciones sensoriales de lo sonoro, lo espacial y lo visual, para reflexionar acerca de las políticas de representación en el paisaje que rodea a las personas que habitan y viven en el barrio de La Florida, enlazadas a procesos sociales específicos, dando cuenta de cómo los indicios materiales en el espacio son elementos

constructores de fronteras étnicas y culturales, resultado de hegemonías políticas y culturales.

Dada mi formación enmarcada en las artes visuales, he trabajado las problemáticas que giran alrededor de conflictos de representación del espacio y el paisaje. Con esta investigación busco acercarme al tema de la migración cubana a partir del ámbito espacial y su configuración dentro del paisaje urbano para investigar la vida social del barrio de La Florida y entonces plantear el siguiente cuestionamiento general: ¿Cómo se materializan las fronteras étnicas y culturales en el paisaje urbano del barrio La Florida en la ciudad de Quito, a través de las transformaciones y apropiaciones espaciales de la migración cubana en el paisaje de la ciudad como espacio de discriminación y pugna?. Cabe aclarar que el paisaje será el elemento protagonista de esta investigación puesto que no solamente tendrá una función metodológica, sino también una conceptual para comprender la teorización del espacio en la construcción de un paisaje complejo hilado por los habitantes cubanos y ecuatorianos el barrio. Ninguno de estos dos grupos de vecinos en el barrio es más importante que el otro, por lo que no busqué una jerarquización de alguno de ellos. Por ello una de las propuestas de esta investigación es comprender cómo se constituye un paisaje multiétnico en este barrio del norte de Quito y cuáles son sus implicaciones políticas y sociales, en el marco de un fenómeno migratorio, por lo que son fundamentales ambas voces.

CAPÍTULO I

ANTROPOLOGÍA VISUAL ENTRE LA MIGRACIÓN CUBANA Y EL PAISAJE

1.1 Los cubanos en Ecuador

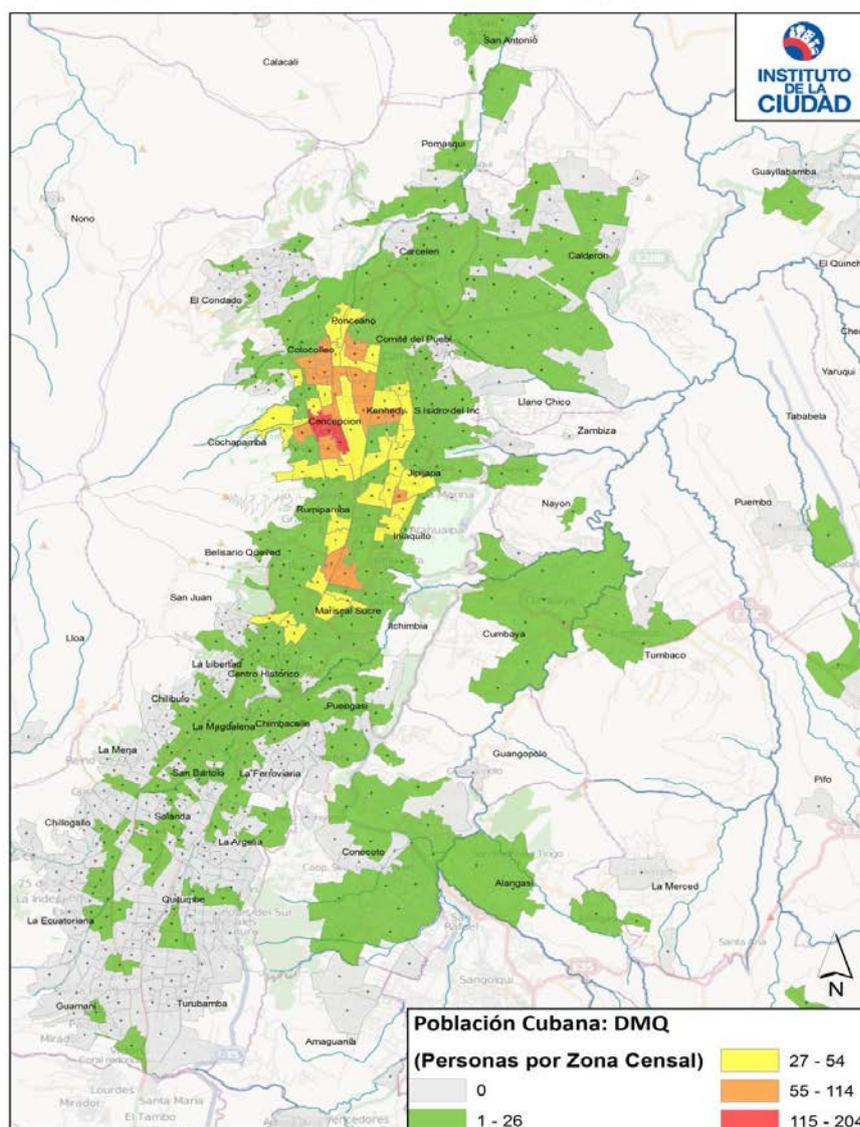
A continuación presento algunos datos que pueden ayudar a contextualizar aún mejor la situación actual del migrante cubano en el Ecuador y entender con más claridad las relaciones que planteé anteriormente. La condición legal de ciertos migrantes cubanos es irregular, debido al “limbo jurídico” en que se encuentran en el Ecuador. Pues al cumplirse 11 meses y 29 días de su permanencia fuera de Cuba, el estado cubano los declara personas emigradas, perdiendo la condición de residentes en su país y a su vez la protección legal del Estado. Simultáneamente encuentran muchas dificultades para obtener un visado en Ecuador, careciendo también de la protección del estado ecuatoriano.

Según cifras de la Dirección Nacional de Migración de Ecuador, durante el año 2011, 2 193 cubanos fueron censados a escala nacional (1 450 tienen visas de no inmigrante y 743 tienen visas de inmigrantes).

De los 2 193, el 46% se encuentra en Ecuador de visitas temporal por deporte, salud o ciencia (estudios). El 26%, en cambio, corresponde a personas que están casadas con ecuatorianos o que tienen algún familiar. El 8% corresponde a profesionales que ejercen en el país. Si sumamos las personas cubanas que desde el año 2007 hasta el 2011 han ingresado obtenemos un total de 8 448 cubanos que no han salido del país (Arcentales, 2010: 10).

Si 2 193 están censados, aparentemente habría en el Ecuador otros 6 255 cubanos. Esta cifra es imprecisa, pues muchos de ellos salen ilegalmente del país hacia el norte para llegar a los Estados Unidos, y por motivos de seguridad para ellos mismos esta salida no es registrada en la frontera. Por lo que a ciencia cierta es difícil corroborar esta cifra, sin embargo el Instituto de la Ciudad durante el censo poblacional del año 2010 registró específicamente en el barrio de La Florida un número significativo de personas cubanas que habitan el sector. Cabe mencionar que no se cuenta con estadísticas oficiales actualizadas para el año 2013, lo cual resulta un inconveniente, pues los procesos migratorios fluctúan constantemente y un par de años resultan significativos en las cifras.

Población Cubana Censada en el DMQ: Zonas Censales



Fuente: Mapa del Instituto de la Ciudad, DMQ, obtenido de la página de internet www.institutodelaciudad.com.ec/

El aumento acelerado de la población cubana en Ecuador en los últimos cuatro años nos proporciona una característica única y fundamental, puesto que ha tenido consecuencias en las reacciones de la opinión pública ecuatoriana y del propio Estado, lo cual ha construido estereotipos e imaginarios alrededor de la representación del migrante cubano. La consultoría realizada por FLACSO - Ecuador en el 2010 titulada *Migración Cubana: Recomendaciones de política pública para Ecuador incluyente* (Arcentales, 2010) señala cómo, en gran medida, estas construcciones sociales han resuelto en relacionar al migrante cubano con actos delictivos o desorden social, tal y como lo

muestran los artículos publicados en *El Comercio.com* esto ha generado estigmas que son asumidos por la sociedad de acogida, profundizando así la incomprensión, dificultades en la convivencia y las actitudes xenofóbicas. Al mismo tiempo la organización sin fines de lucro *Cubanos en el Ecuador* durante más de un año ha publicado desde la WEB diversos testimonios de migrantes cubanos en relación a actos discriminatorios sobre ellos, esto lo hace desde su blog <http://cubanosenecuador.wordpress.com/>. Un ejemplo de estas publicaciones plantea de manera muy sintética las condiciones sociales y legales que viven los migrantes cubanos en el Ecuador desde su propia experiencia:

Miles de cubanos deambulan hoy mismo por las calles de cualquier ciudad ecuatoriana, carecen de protección legal, se les menosprecia, solo consiguen trabajo dentro de la clase servil, no se les considera dignos de vivir en esta sociedad y muchos los ven como enemigos. Esa es nuestra experiencia en año y medio que llevamos en la lucha por nuestra legalización”, me expresó recientemente un miembro de la ilegal “Unión de cubanos en Ecuador (Facebook, 2012).

Además la entrada de *Facebook* agrega cifras estadísticas, sin citar la referencia, que plantean cómo ha disminuido significativamente la permanencia de los migrantes cubanos en Ecuador debido a las condiciones de discriminación que padecen. Según datos que otorga la propia página en el año 2011 existían 7 000 cubanos indocumentados en el Ecuador, cifra que en la actualidad se ha reducido drásticamente al número de 2 000 ilegales. Estos números los compara con los datos de cubanos que arribaron ilegalmente a los Estados Unidos desde la frontera de México a partir de enero hasta junio de 2012 el cual se remonta a 6 434, cifra que según la publicación demuestra un importante aumento respecto al año 2008 (Facebook, 2012).

Como se ve anteriormente la inestabilidad de las cifras es notoria, por ello resulta útil tomar otros caminos para estudiar este fenómeno migratorio como lo es pensarlo desde sus implicaciones espaciales, que circunscriben imaginarios de discriminación y conflicto, los cuales aparentemente han influido en la salida de los migrantes cubanos en Ecuador hacia otro país. Al plantear al paisaje como eje de discusión pretendo cuestionar al espacio que se ha conformado entre los quiteños y los cubanos, pues considero fundamental no dar por hecho que el espacio refleja prístinamente todos los procesos sociales, legales o económicos dentro de un proceso transnacional entre dos países al interior una pequeña localidad, la cual se configura

particularmente y a la cual no se le puede asignar características generalizadas sobre sus comportamientos de rechazo o acogida hacia un nuevo grupo migratorio.

Por ello propongo la siguiente hipótesis: Que existen fronteras simbólicas de discriminación y conflicto dentro del paisaje urbano a partir de la experiencia espacial, sonora y visual de los migrantes cubanos y los quiteños que habitan el barrio de La Florida en Quito. Ahora bien, el paisaje urbano será indagado como una representación construida de manera mutua entre los migrantes cubanos y los ecuatorianos que habitan esta zona. Cabe aclarar, que este no será un estudio comparativo entre ambas posturas, sino como un análisis que plantee la conformación del espacio como una adición de un conjunto muy diversos de percepciones, acciones y representaciones espaciales. Entonces, a continuación presento los objetivos planteados para este estudio:

1.2 Objetivos

Objetivo general

Analizar la materialización de fronteras étnicas y culturales en el paisaje urbano de Quito, como espacio de discriminación y pugna, a través de las transformaciones y apropiaciones espaciales de la migración cubana.

Objetivos particulares

1. Observar el forjamiento de fronteras simbólicas, entre migrantes cubanos como ecuatorianos, a través de la experiencia espacial de los vecinos ecuatorianos que desde recorridos peatonales permitan relacionar el paisaje del barrio de La Florida con las prácticas culturales de este mismo espacio.
2. Analizar la apropiación del espacio urbano por parte de la migración cubana a través de su materialización visual (avisos, letreros, anuncios, etc.) para indagar sobre las transformaciones del paisaje a partir de la representación de la migración cubana en el barrio de La Florida.
3. Analizar cómo se establece la representación y auto-representación de la migración cubana en el barrio de La Florida de Quito a través del paisaje sonoro de los espacios que habitan los migrantes cubanos y los quiteños.

Con estos objetivos pretendo entender no sólo lo que cada uno de ellos indica sino una mirada sobre las consecuencias de esta compleja urdimbre espacial y social en la vida de día a día de los migrantes que habitan el barrio de La Florida y de tal forma comprender los efectos que tienen sobre y desde el paisaje.

1.3 Posicionamiento teórico

1.3.1 ¿Qué es paisaje?

El término paisaje es relativamente nuevo en Occidente. La palabra paisaje al ser implementada en el idioma español ocasionó una apertura de acepciones debido a una falta de delimitación epistemológica, dada la diversidad de los campos de conocimiento en el que se emplea. Es decir, la palabra paisaje se utiliza en campos diversos como el arte, la sociología, la política, la antropología, etc. como una metáfora de un patrón característico de tal o cual cosa o situación. Se piensa que el paisaje es un concepto universal o que los orígenes del término son realmente remotos. Sin embargo el término paisaje es más bien una palabra moderna. Según la tesis de doctorado de Javier Maderuelo (2007) en textos anteriores al siglo XVII, el uso de los términos en griego: *topos* (que significa: lugar); de las palabras latinas: *prospectus* (de la familia *spec - spic*, que significa mirar): *spéculum* (espejo) y *pagus* (que significa tierra) además del prefijo *pro* como preposición con el significado de "ante", "delante de") y también las palabras italianas *paese* (aldea, tierra) se utilizaron en lo que hoy en día denominamos, debido a las traducciones, como paisaje. Como vemos la raíz etimológica de paisaje, paisano y país es la misma. Esto refiere a los primeros usos de la palabra paisaje como una manera de delimitar ciertas secciones territoriales. Con el fin de que conceptos como paisaje natural no parezcan una tautología o paisaje urbano o industrial, una contradicción. Deslindaremos el término de Naturaleza del paisaje. Es decir, confirmamos que el paisaje no precisamente está ligado a una idea de Naturaleza, veremos porqué. Por ello debemos deslindar ambos conceptos. Milton Santos acota al respecto: "La palabra paisaje se utiliza frecuentemente en lugar de la expresión configuración territorial. Esta es el conjunto de elementos naturales y artificiales que físicamente caracterizan un área" (Santos, M., 2000: 86).

El paisaje no es la Naturaleza, ni siquiera el medio físico que nos rodea o donde nos situamos. Los valores que han conformado la cultura occidental consumista nos ha

conducido a una cosificación del paisaje. Sin embargo, el paisaje no es una cosa, no es un objeto grande o pequeño, ni un conjunto de objetos configurados por la Naturaleza o transformados por la acción humana. Siempre se conforma según una cierta manera subjetiva del observador. Subjetividad que además de ser un simple punto de visto óptico, al pensarse en paisaje supera la propia morfología del entorno. Cabe aclarar que el paisaje no es sólo una manera psicológica de la mirada hacia afuera, pues, siempre depende de alguna base objetiva, algún referente del mundo físico. Entonces el paisaje no reside únicamente en el objeto, pero tampoco del sujeto; se convierte en el resultado de una interacción entre ambos. Pues hay que recordar que el paisaje no es, por mucho, la apariencia del entorno. Lo que se ve afuera. Va más allá, ya que el término del paisaje se encuentra inmiscuido en la vida social de una cultura, y por lo tanto elementos sociales repercuten en su concepción. Bernard Lassus, describe al paisaje como la muestra de una relación inconmensurablemente extraña a la medida del entorno (Lassus, 1994). La contemplación de un paisaje inmenso, se traduce en un deslizamiento imposible, inabarcable para el observador, donde el paisaje es creado para poder hacerlo realidad, de manera virtual, pero verosímil (Lassus, 1994). Entra en conflicto, entonces, la percepción del observador, y los mecanismos propios de construcción del espacio en constante diálogo entre “la visión panóptica, desde arriba, dominante, y la visión interna, desde abajo, dominada dentro de las prácticas cotidianas” (Hoffmann y Salmerón, 2006: 27).

Es importante precisar que la visión naturalista del paisaje como telón de fondo neutro frente a un acontecimiento social resulta irrelevante en esta investigación, pues fragmenta la dimensión espacial geográfica y la construcción social y su conceptualización. Por lo que propongo configurar un constructo que abarque una visión del paisaje simbólica, cognitiva y como una evidencia de la ordenación del espacio (Ingold, 2000). De tal forma entender al paisaje como la conjunción de elementos materiales y a su vez simbólicos.

Un elemento a recalcar del paisaje es el carácter espacial y temporal que contiene, como su nombre inglés poéticamente lo señala, *landscape*, el paisaje es “la tierra que se fuga”. Todo aquel que mira un paisaje, lo deja ir y se requiere tiempo para ver un paisaje, pues constantemente se transforma. Ni siquiera una pintura de paisaje resulta estática, siempre está atada a una narración que nos conecta temporalmente con

el espacio. Todos los lugares y los paisajes están incrustados en el tiempo social de la memoria (Tilley, 1994). Entonces, ni el espacio ni el tiempo pueden entenderse alejados de las prácticas sociales, las cuales como el paisaje, sirven para unirlos.

Es necesario, frente a un concepto como el paisaje construido desde muchas trincheras, anclarse en una discusión interdisciplinaria, donde antropología, geografía humana, arte y sociología puedan dialogar. Por ello considero que la antropología visual ofrece un laboratorio interdisciplinario ideal para insertar las problemáticas del paisaje en este “barrio cubano”. Al mismo tiempo, resulta fundamental, no sólo pensar a la antropología visual como un elemento instrumental sino como una plataforma para establecer distintas maneras de comprender fenómenos de migración contemporáneos los cuales sólo pueden ser establecidos a partir de las estructuras de sentido que dan los sujetos sobre las representaciones del espacio. Es decir, la representación se materializa bajo la producción de imágenes (artefactos) que ocupan un espacio social como imágenes mediales, las cuales como medio portador proporcionan una plataforma de significados y una forma de percepción siempre condicionadas a un tiempo y lugar específicos (Belting, 2002). Así las imágenes, son un producto y un proceso social que a partir de la mirada etnográfica pueden cuestionarse y develar sus mecanismos de producción, su contexto y sus diferentes lecturas, por ende, se puede incorporar el estudio del paisaje como mecanismo para dicho entendimiento.

De tal forma, considerar la complejidad que encierra el concepto de paisaje. Entonces a partir del trabajo de campo y como una sugerencia instrumental planteo que el contexto del paisaje para esta investigación es un espacio de negociación de poder y de identidades, es un espacio de reflexión teórico y metodológico, pues no sólo implica una representación esteticista de un espacio localizado, sino el imbricado tejido entre lo material (la topografía, el clima, la localización geográfica, etc.) y lo simbólico-social (imaginarios, fronteras simbólicas, discursos ideológicos, etc.). El paisaje es un medio de comunicación, un vínculo social, un campo de experimentación. Una línea de horizonte poblada de vida social que media la cotidianeidad de quienes la habitan.

1.3.2 La antropología visual y el paisaje

La antropología visual ha propuesto diversas metodologías alternativas para ser aplicadas en el trabajo de campo. Jay Ruby al respecto diría que incluso con ello

combate un paradigma de autoridad sobre qué se estudia, y los formatos y medios en que se difunde este conocimiento (Ruby, 2002). De tal forma en su artículo “Antropología Visual” hace un recuento de esta subdisciplina y coloca a lo visual como un mecanismo de investigación equivalente a la tradicional palabra escrita:

La Antropología es una disciplina empujada por palabras. Ha tendido a ignorar el mundo visual -gráfico, tal vez por la desconfianza de la habilidad que tienen las imágenes para expresar ideas abstractas. Cuando se trabaja en una etnografía, el investigador debe transformar la compleja experiencia del trabajo de campo en palabras en un libro de notas y luego transformar esas palabras en otras, cambiándolas a través de métodos analíticos y teorías. Este acercamiento logo céntrico para el entendimiento niega mucho de la experiencia multisensorial que significa tratar de conocer otra cultura (Ruby, 2002:166).

Así se dibuja la importancia de estudiar a las representaciones, no sólo visuales, sino sonoras también, yendo más allá, ahondando en sus modos de producción, sus emplazamientos y sus múltiples lecturas. El mismo Ruby, en un artículo más reciente explica que la antropología visual en los últimos veinte años ha tomado dos vertientes de investigación (Ruby, 2007). Por un lado la que se concentra en el film etnográfico y su divulgación; y por otro lado una antropología más enfocada a “los medios de comunicación gráfica”. Para aclarar que no se trata de una visión semiótica de la subdisciplina, Ruby explica: “Abarca el estudio antropológico de todas las formas visuales y gráficas de la cultura, así como también la producción de material visual con una intención antropológica” (Ruby, 2007: 14). En ese sentido considero pertinente explicar cómo ingresó el concepto de paisaje en este estudio de antropología visual. Para ello se debe considerar al paisaje no únicamente como un artificio estético, sino más bien un constructo social. Christopher Tilley, arqueólogo y antropólogo británico, explicita esta distinción (Tilley, 1994). Es importante no olvidar que el término contemporáneo paisaje es altamente ideológico, en contraste con la visión que se tenía en el Renacimiento donde el paisaje se limitaba a una imagen cultural, una forma gráfica de representar, estructurar o simbolizar un entorno (Cosgrove y Daniels, 1988). Hoy en día la conceptualización del paisaje revierte esa condición únicamente visual y lo considera los procesos sociales en que se configura el propio paisaje y analiza las cualidades políticas de un paisaje como referente de una construcción cultural dominante de un espacio disciplinario "útil" de control social, investido de imaginarios

e íntimamente relacionado con las rutinas y las prácticas corporales (Tilley, 1994). Él cual evidencia desde diversos elementos tangibles (arquitectónicos, geográficos, estéticos, sonoros, gráficos, desde dinámicas sociales) una forma específica, una representación, la cual desde la antropología visual devela procesos sociales. Ruby, explica qué puede ofrecer esta subdisciplina de la antropología visual:

Permite ver los mundos visibles y gráficos como procesos sociales, en donde los objetos y las acciones son producidos con la intención de comunicar algo a alguien, lo que otorga una perspectiva ausente en otras teorías. Es una investigación de todo lo que los humanos hacen para que sea visto- sus expresiones faciales, trajes, los usos simbólicos del espacio, sus residencias y el diseño de los espacios que habitan, así como la completa gama artefactos pictóricos que producen, desde los grabados de roca hasta los hologramas (Ruby, 2007: 25).

Por la tanto, los trabajos que desde otras interdisciplinas como la geografía y la sociología han realizado al aplicar la categoría de paisaje, funciona dentro de la antropología visual en tanto que busca comprender la representación, a través del espacio donde se manifiesta un grupo de sujetos. Pues es claro que es imposible entender al paisaje desde una sola mirada disciplinaria, en tanto que es una representación material y simbólica.

El antropólogo Johannes Fabian, explica como existe una falta de exactitud en la negociación entre la realidad y sus reproducciones materiales y mentales, y confirma cómo la representación funciona en un orden pragmático. Para él, la representación “trabaja”, y la prueba de su funcionamiento nos permite actuar sobre el mundo (Fabian, 1990) pues generan la sensación de pertenecer a un referente de la realidad y al mismo tiempo tener la capacidad de transformarse en “algo más” (Sekula, 2004: 43). Stuart Hall, desde los estudios culturales y la sociología, plantea como se pierde el significado frente a la representación “...uno no tarda en descubrir que el significado no es claro ni transparente y no sobrevive intacto el paso a través de la representación” (Hall, 2001: 32), y explica cómo el significante se posterga en relación a la verdad absoluta, en relación a su referente original. Sekula lo expone como un problema de “indeterminación de su lectura”(Sekula, 2004). Quien lee las imágenes puede clasificarlas, y decidir hacia donde van. Tomado como una cuestión filosófica, la idea de la representación implica la suposición antes de una diferencia entre la realidad y sus "dobles". Precisamente el paisaje resulta una de múltiples representaciones sobre una

localidad, éstas se dibujan en la vida diaria y permiten formular discursivamente al espacio. De tal forma la gente suele recurrir estas representaciones del paisaje para dar sentido y así la localidad es leída dialécticamente entre lo que es materialmente y lo que se cree sobre ese lugar (Tilley, 1994).

1.3.3 Espacio y paisaje

La experiencia moderna del espacio acotada en las características del individualismo y el capitalismo ha permitido su conceptualización desde una doble visión: la condición del espacio físico y social. Es decir, no sólo como contenedor o soporte material de los procesos sociales, sino también como un elemento activamente simbólico que complejiza la interpenetración entre la estructura social y la forma espacial (Cauquelin, 2000; Debray, 1994). Esta problemática ha sido desarrollada gracias a la estrecha relación que se establece entre la geografía y las ciencias sociales como la sociología y la antropología, cuyas contribuciones buscan no sólo articulaciones nuevas frente a las dificultades del tema, sino también alternativas al determinismo geográfico (Hoffmann & Salmerón, 2006). Los geógrafos y antropólogos coinciden en concebir al espacio como un ámbito de negociación cotidiana entre los actores, como un elemento que se redefine y conceptualiza de diversas formas, en estrecha vinculación con las relaciones sociales, los flujos económicos y características físicas del territorio, pero también con las representaciones identitarias y culturales de cada pueblo (Appadurai, 2001).

El desarrollo de este espacio se materializa en las ciudades como lugares en los que podemos encontrar huellas y rastros de las formas culturales, lo que ha sido considerado por la antropología urbana desde 1920, cuando la escuela Europea planteó a la ciudad como producto y no sólo como medio, ni como productor de fenómenos. Este cambio de paradigma define a la ciudad como protagonista, como el espacio determinante de actitudes y comportamientos. Amalia Signorelli, en su cronología sobre la antropología urbana, explica este cambio de paradigma definiendo a la ciudad como protagonista, como el espacio donde se suceden las cosas:

La ciudad es considerada como un factor determinante de actitudes y comportamientos, el punto importante individuado es el de la especificidad de la ciudad como ambiente físico; totalmente construido y, por lo tanto, totalmente humano, histórico, éste impone y, al mismo tiempo, testimonia una relación -de los seres humanos con la

naturaleza y entre ellos- diversa con respecto a la relación que caracteriza cualquier otro tipo de asentamiento (Signorelli, 1999:5).

De ahí planteamos la fundamental distinción entre la ciudad y lo urbano que propone Henri Lefebvre: “La ciudad es un sitio. Lo urbano es algo parecido a una ciudad efímera, obra perpetua de los habitantes, a su vez móviles y movilizadas por y para esa obra” (Lefebvre, 1972: 158). Para Michel De Certeau como Michel Foucault, esta relación espacial se da en forma de una negociación constante entre poder y resistencia al poder, entre ambos autores se presenta la diferencia de ver al espacio como una expresión de una “microfísica” del poder (Foucault, 2000); o bien de conferir la posibilidad de que dicho poder sea subvertido y modificado en su significado por las prácticas cotidianas de aquellos que lo habitan (De Certeau, 1996). Eduardo Kingman (2008) reflexiona sobre estos nuevos espacios preguntándose cómo se configuran y plantea que si bien los habitantes de una ciudad se desenvuelven frente a ciertas “pre-lecturas hegemónicas”, los sujetos que transitan la ciudad tienen la capacidad de abrir un espacio original, de creación, no subyugado al orden dominante y con ello generan la construcción de sentidos de pertenencia e identidades locales.

El antropólogo Abilio Vergara plantea en su tesis doctoral del año 2012 sobre la ciudad de Québec, cómo ciertos sectores de la urbe están destinados a generar una “unidad” que relaciona ciertos sujetos, “la propia ciudad ofrece espacios para que sea vista como una totalidad y pueda convocar e implicar a una gran parte de la población” (Vergara, 2003: 16). En ese sentido, el espacio abstracto que comparten cientos de personas y que unifica un modo cultural y étnico en todo ese “territorio” genera imaginarios con cierta unicidad, éstos producen una imagen igualmente de lo que debe ser visto alrededor de ellos. De hecho la Escuela de Chicago, en relación a la antropología urbana tomaría como eje fundamental en sus indagaciones al poder, la diferencia, la interculturalidad y las políticas urbanas, frente al tema de la integración social (Vergara, 2003).

Por lo tanto es indispensable relacionar las prácticas individuales y colectivas desde un campo de interpretación y así considerar las prácticas materiales de las cuales surgen los conceptos espaciales de una comunidad específica. De tal forma problematizar ese espacio donde se ejercen las fuerzas de castigo, represión, vigilancia,

sociabilización y disciplina (Harvey, 2007) e incluso de la imaginación, que detonan la materialidad y representación entre sí de sus límites.

1.3.4 Paisaje social

Christopher Tilley realizó un escrutinio riguroso sobre el concepto de paisaje al aplicarlo para estudiar, con una nueva perspectiva, pequeños grupos sociales no occidentales. Haciendo un vínculo entre filosofía, arqueología y geografía humana, el arqueólogo destaca dos elementos fundamentales para estudiar el paisaje: por un lado la percepción simbólica del espacio y el papel de la memoria social en la elección de la ubicación del sitio de cierto grupo social (Tilley, 1994). Esto para comprender la importancia de incluir en los estudios sociales la vinculación del espacio y la sociedad.

En la década de 1960 la geografía humana consideró la implicación del paisaje, desde mediciones geológicas, climáticas, para aspectos tales como la localización de recursos naturales para determinadas comunidades. A partir de 1970 se reconceptualiza el sentido espacial dentro del campo social considerado como un contenedor de las actividades humanas y separan estos dos ámbitos conceptualmente y físicamente. En este caso el espacio era una superficie simple para la acción (Tilley, 1994). La geografía contemporánea considera que el espacio es más allá que un escenario y refleja de diversas maneras su papel activo en "fricción" e impacto con los asuntos humanos.

Ahora bien, la categoría de paisaje ha sido problematizada por algunos autores como el geógrafo brasileño Milton Santos (2000), él cual acota al paisaje sólo al ámbito material -concreto, como un sistema inmutable, estático, que pertenece a lo histórico y pasado, en contraposición con el espacio, como un sistema de valores que se transforma permanentemente. A lo cual Milton Santos plantea una definición sobre el paisaje que apela a una visión unitaria del paisaje, que sólo representa al tiempo presente y resulta inmutable (Santos, 2000).

Sin embargo Bernard Lassus (1994), arquitecto del paisaje francés, plantearía lo contrario, el paisaje como una entidad relativa y dinámica, debido no sólo a su condición espacial sino temporal la cual muta constantemente. Pues el espacio en su totalidad es inabarcable para el observador, por lo que el paisaje surge como afán de hacerlo realidad, de manera virtual, representacional pero verosímil, de tal forma el paisaje es conceptualizado a manera de una metonimia como "un todo autónomo (Berque y Lassus, 1994; Simmel, 1986). Es decir, el paisaje es una doble construcción,

material como plantea Santos, pero también simbólica, como explica el filósofo francés François Béguin (1995). Dentro del campo de la antropología, Setha Low (2003) plantearía al paisaje como un vehículo para analizar las huellas que trazan los sujetos con su presencia sobre el espacio; plantear cómo su elaboración cultural y reconocimiento son percibidos en conjunto a través de prácticas y narrativas.

De esta forma vinculamos la concepción del espacio, en el arte como un constructo social estético y simbólico, con las posturas de las ciencias sociales para poder asumir que el espacio “real” y “verdadero” no existe fuera de ciertos marcos conceptuales, independientemente de que se hagan o no explícitos cita. Ahora bien, comenzaremos a deshilar el término de paisaje para poder encontrar una definición.

Es decir, esta búsqueda hacia un continuo que se transforma y una visión que abarque más allá que la propia, conduce a la construcción del paisaje, conduce a pensar que el paisaje siempre fue inventado por la sociedad. Pero no sólo un invento que envuelve nuestro entorno, sino un recipiente de pensamientos y teorías y de un sentimiento colectivo de cierto contexto cultural. Por lo tanto el sustento espacial puede ser visto como un sistema regional de dominación política o como región de refugio. En ese sentido el paisaje es un recurso para la acción. Las representaciones del paisaje tienen el potencial de articular la experiencia vivida. En otras palabras, el paisaje como imagen tiene implicaciones ideológicas y ontológicas de la forma en que pensamos el mundo. Y Tilley refiriéndose a Daniels concluye que debemos tener cuidado con los intentos de definir paisaje, y más bien “asumir su duplicidad, tanto que es al fin y al cabo representación” (Daniels 1989 en Tilley, 1994: 25). Sin embargo Tilley arriesga a definirlo como un sistema signifiante a través del cual lo social se reproduce y se transforma, dentro del cual se explora y estructura un proceso (Tilley, 1994).

El paisaje, por encima de todo, representa un medio de ordenamiento conceptual que hace hincapié en las relaciones sociales lo cual resulta fundamental para esta investigación pensando que me interesa conocer las particularidades de la percepción del fenómeno migratorio cubano desde el ámbito espacial. Por tanto, este concepto permite visibilizar la tensión por controlar el espacio por medio de ideologías e imaginarios sociales y permite dilucidar un código multilocal (Tilley, 1994). De tal forma permite una mirada mucho más integral, actuando así para abarcar en lugar de excluir. Condensa una discusión de diversas percepciones.

1.3.5 La antropología siguiendo los flujos humanos

La historia de los vínculos entre la migración humana y las ciencias sociales inició de manera muy paralela con el interés por estudiar a la ciudad (Manet, Boccioni, Caillebote, Park, Simmel, Wirth, Benjamin, Thomson). A finales del siglo XIX, el arte ofrecía una mirada crítica sobre el impacto de la producción de imágenes y su deslinde de la academia para enfocar sus principios anclados en la cotidianidad de la vida urbana; la antropología ofrecería metodologías etnográficas innovadoras, no solamente centradas en la observación participante sino con un énfasis multiétnico (Mora, 2010)⁵, mientras la sociología, particularmente en Estados Unidos, se enfocaría al escrutinio del espacio de la ciudad. Específicamente ciertos investigadores (Redfield, 1947; Wirth, 1928; Park, 1928) se percataron de la potencia que tenía enfocarse a micro espacios y no a cubrir toda la amplitud de la ciudad en su conjunto. Con una visión sobre la diferencia cultural, la escuela de Chicago observaría las pequeñas localidades, barrios específicos o vecindades de las grandes urbes. Si bien esta escuela ha sido criticada y desde mucho es pionera en este tipo de estudios de caso y en construir los cimientos para explicar los efectos sociológicos del proceso de movilidad humana en urbanización capitalista (Lezama, 2010). Frente a este escenario moderno, con los estudios de pequeños barrios o espacio de la ciudad comienzan a categorizarse diversos tipos de habitantes de la urbe. El contexto social de toda aquella producción intelectual y universitaria fue el cambio urbano a partir de la inmigración (Malgesini y Giménez, 2000). Además de teorizaciones sobre el modo de vida de la ciudad y su distribución espacial, se ve a la urbe como un espacio donde se da por primera vez la vida entre extraños (Wirth, 1988). Lo que permitió observar, en un principio, esta nueva sociabilidad fue el diálogo interdisciplinario que existió entre la antropología y la sociología en este momento, ésta última utilizó los avances metodológicos de la antropología: la etnografía y la observación participante en los sistemas comunitarios urbanos para adentrarse en el mundo de los vecindarios de inmigrantes. En 1923, se llevaría a cabo un programa de investigación interdisciplinario, que duró cinco años y que estudió, entre otras cosas, a diferentes grupos de inmigrantes en la ciudad: como el exhaustivo estudio del gueto

⁵Franz Boas y Malinowsky, frente a la antropología de gabinete, plantearían la importancia en la investigación antropológica de la presencia del etnógrafo en el campo, una estadía prolongada, y la convivencia y participación en la vida cotidiana del grupo (Mora, 2010).

judío de Chicago (Wirth, 1988; Park y Burgess, 1925) o bien la famosa sociología de la esquina del barrio italo-americano (Whyte, 1971).

La importancia que dejaron estos estudios fue comprender al espacio urbano desde sus fragmentos de manera dinámica. Esta cualidad móvil de los vecindarios que se transformaban continuamente por sus propias condiciones migrantes. Cabe mencionar que la migración no es un proceso social inherente sólo a la modernidad y la ciudad, es tan añejo como la propia sociedad. Para interpretarla, Robert Park desarrolló la teoría llamada “ciclo de las relaciones raciales”, que se basaba en los pasos por los que debía pasar el migrante al llegar a un nuevo espacio: contacto - competición - acomodación - asimilación. (Park, 1992). Además plantearía una definición de “hombre marginal”, cabe aclarar que con referencia a los grupos migratorios mulatos del Norteamérica y Sudamérica, que compartían espacios con sociedades predominantemente blancas. Ésta se basa en el proceso de asimilación del migrante paulatino en el que conserva una estrecha relación con sus tradiciones y espacio de origen, los cuales resultarán un impedimento para ser aceptados en la nueva sociedad, que por su parte mantienen prejuicios sobre su raza y cultura.

George Simmel en su libro “Sobre la individualidad y las formas sociales”, escribirá un capítulo dedicado al extranjero y en él pulirá la definición de ser “un fuereño” para distinguir al individuo migrante “no como inmigrante, que llega hoy y mañana se va, sino como el que hoy llega y mañana se queda” (Simmel, 1988: 509).

A partir de la década de 1940 y hasta la post guerra, dos centros ubicados en África volcarían la atención de sus estudios sobre la migración: el Instituto Rhodes-Livingstone de Lusaka en Zambia creado en 1938 y el Instituto de Investigaciones Sociales de África Oriental de Kampala en Uganda fundado en 1950, debido al aumento de la migración rural hacia la ciudad en diversas urbes en ambos países. Particularmente los nuevos migrantes se instalaron en nuevos espacios “los suburbios” y generalmente rodeados de condiciones de desigualdad y precariedad en bienes y servicios. Estas condiciones serían estudiadas por la antropología británica gracias a autores como Max Gluckmann, Little, Mitchell, Epstein y otros (Signorelli, 1999).

Del otro lado, en América, específicamente en México en la década de 1960, Oscar Lewis, antropólogo estadounidense, investigaría *in situ*, los mismos lugares que Redfield había analizado en su estudio sobre la migración rural-urbana para plantear

una teoría sobre la llamada sociedad folk. Ante ello, Lewis cuestionaría drásticamente las condiciones de aislamiento, analfabetismo, homogenización, estrechos lazos comunitarios, débil desarrollo tecnológico, arraigo religioso, que distinguen a la comunidad folk de la sociedad urbana.

Alrededor de los años setenta se publican diversas compilaciones con el tema central de la migración campo-ciudad como la de Mangin *Peasants in Cities* en 1970 y la de Safa Du Toit y Safa, sobre *Migration and Development* y *Migration and Urbanization* en 1975. Simultáneamente surge el interés por estudiar a las migraciones de retorno, del antropólogo inglés Michael Kenny dentro del caso de migración española en 1972; del irlandés George Gmelch desde la antropología cultural en el caso de su propio país en 1978; o bien del caso alemán con Robert Rhoades en 1978.

Para la década de 1980 y en adelante, los estudios sobre la migración internacional se basarán en la segmentación del mercado de trabajo, en la teoría de redes y en la articulación de modos de producción (Malgesini y Giménez, 2000). Y comenzaría a articularse la teoría sobre transnacionalismo, basada en la conceptualización de la globalización y sus efectos, ejemplo de esto son los estudios de migrantes de República Dominicana en Estados Unidos de la socióloga Sherri Grasmuck y la antropóloga Patricia Pessar del año 1991.

El concepto de multilocal también aparecería en los estudios de migración, Ulf Hannerz destaca cómo los migrantes viven sus vidas en dos o más lugares geográficamente separados (Hannerz, 1980). De tal forma Marcus, Giddens y Rodman en el año 1992 proponen el concepto de multilocal como un modelo multidimensional. (Barañano, et. al., 2007) más adelante regresaré a revisar este concepto para hablar del planteamiento metodológico de la investigación. Recientemente se han multiplicado los estudios de migraciones y transnacionalismo (Sorensen, Guarnizo, Beserer) que han devenido en una serie de nuevos términos para la investigación antropológica tales como: desterritorialización, transmigrantes, familias birresidenciales. Saskia Sassen, en el marco de un tiempo y espacio globalizados, él cual plantea como único, en el que este espacio sólo puede configurarse paradójicamente desde interacciones locales, desde espacio delimitados (Sassen, 1997). Justamente en la última década diversos autores han enfocado sus estudios de globalización y migración a las nuevas estrategias de intercomunicación entre el espacio global y el local, planteándola como un proceso de

simultaneidad e interrelación de condicionamientos nacionales e internacionales (Inda y Rosaldo, 2007; García Canclini, 2001).

Para este tipo de aproximación conceptual del espacio se ha elegido la categoría del paisaje, pues propone un acercamiento al conocimiento del espacio urbano desde la percepción, la visualización y lo funcional, todos ellos inmiscuidos en la vida social de una cultura. Estos elementos fungen a manera de una interpretación de una realidad y su valoración implica un proceso cultural. (Berque, 1994). Para el caso de los flujos migratorios, pareciera que el espacio es dejado atrás al migrar, sin embargo ese espacio nunca es abandonado del todo y se entrelazan con los recorridos y el destino temporal o final, por ello el paisaje en tiempos de intenso movimiento resulta idóneo para comprender la época globalizada en la que todos hemos migrado alguna vez.

1.3.6 Migración y globalización: fronteras culturales y étnicas

En términos contextuales, los antropólogos Arjun Appadurai y Néstor García Canclini, nos describen el proceso de la globalización hoy en día como un fenómeno resultante de movilizaciones migratorias y del flujo de nuevas tecnologías. De tal forma que los estudios sobre migración a lo largo del siglo XX han cambiado sus estrategias según la movilidad y la transformación de los actores de los sujetos migrantes a nivel global. Este contexto es descrito por Canclini dentro de un sistema excluyente, que rompe con la producción cultural endógena y estimula, por el contrario, el comercio e intercambio internacional. Es una circunstancia muy particular en la que según el autor, homogeneiza los procesos locales con los transnacionales. Lo cual provoca que quien no se inserte en este sistema quede aislado. Una de las tesis más importantes de Canclini, bajo esta circunstancia, es estudiar la diferencia, la heterogeneidad, y explica que la globalización debe encarar los imaginarios y la interculturalidad que produce. Para ello plantea no reducir los estudios a la contraposición local/global, sino estudiar las mediaciones entre ambas (García Canclini, 2001). Pues si bien, la condición de tener una nacionalidad, con la construcción de imaginarios colectivos en la fundación del concepto de nación (Anderson, 1993), ha sido ya cuestionada por Partha Chatterjee, quien cuestiona el imaginario con el que es homogeneizada esa comunidad de la que plantea Benedict Anderson. Es decir, explica cómo estas comunidades imaginadas conformadoras de nacionalismo se encuentran “debilitadas” (Chatterjee, 2008). Y hoy

en día esta condición está inmersa en una cultura global conformada desde las dislocaciones económicas, culturales y políticas que se viven actualmente (Appadurai, 2001). Frente a la posición migrante eso se hace evidente y al mismo tiempo mutable, Appadurai plantea la idea de paisaje étnico para definir al movimiento de las migraciones a través del mundo lo cual resulta, desde la mirada del autor, en una distorsión o falla que se genera desde las fantasías que se tienen sobre "vivir" en otro lugar (Appadurai, 2001).

La migración cubana funciona entonces para observar cómo se ejecuta la idea de cotidianidad sobre el espacio del paisaje de la ciudad de Quito, nos permite ver a lo cotidiano como lo que no se cuestiona, lo que se presenta como algo arraigado, lo que se mantiene y reconforta un espacio tiempo de certidumbre, como un proceso identitario que vincula al núcleo de la individualidad y el núcleo de la comunidad. De tal manera que las formas simbólicas cumplen una función predominante, donde el yo interacciona con el "otro", gracias a los códigos legibles en el intercambio simbólico. Esta condición frente a la posición migrante se convierte en algo, en primer lugar evidente en el nuevo contexto donde se ubica, y en segundo lugar mutable, pues se cuestiona todas las condiciones cotidianas de vida, al no compartir del todo este circuito simbólico con el nuevo país habitado. Appadurai sugiere que la construcción de comunidades de sentimiento y naturaleza de la migración contemporánea, han contribuido a la desterritorialización de las formas culturales, en la cual el tiempo y espacio se disloca, se vive el espacio de un territorio con el tiempo o imaginario de otro lugar. La identidad se desarraiga de su territorio "original" y se relocaliza en uno nuevo que muta constantemente. Transgrediendo los límites de la nación (Appadurai, 2001), el migrante al eliminar elementos significativos de su cotidianidad al dejar su país, estos adquieren una re significación identitaria. Pues ahora esos signos son los que reivindican una identidad específica frente a un contexto que los distingue. Los objetos, el espacio como símbolos, como elementos disparadores de contraste entre la vida del antes y del después de la condición migratoria.

Appadurai agrega un elemento que transversaliza el proceso globalizador, que es el trabajo de la imaginación, este último concebido como un elemento constitutivo principal de la subjetividad moderna. Esta se reafirma o se cuestiona en cuanto el sujeto pasa a ser migrante. Pues los imaginarios sociales que lo reafirmaban con una posición,

en este caso cubana, ahora no lo rodean. Los imaginarios con los que habita en sus condiciones cotidianas de vida se transforman y se adaptan. De tal forma a ciertas prácticas cotidianas acotadas en un espacio específico como el vecindario, que insertan aún grupo de personas en una comunidad delimitada, Appadurai las llamará *ritos de pasaje*, los cuales construyen los llamados *sujetos locales*, es decir, actores sociales que conforman una comunidad de vecinos, parientes o amigos. Estas prácticas “son formas de corporizar y personificar lo local así como de localizar los cuerpos dentro de comunidades definidas social y espacialmente (...) Tales ritos no son simplemente técnicas mecánicas de agregación social sino verdaderas técnicas sociales de producción de los nativos del lugar” (Appadurai, 2002: 188). Con ellas los sujetos se afianzan a un espacio geográfico delimitado donde se construyen los propios vecindarios donde se contextualizan tales subjetividades.

Bajo estas características los estudios sobre migración a lo largo del siglo XX, han cambiado sus estrategias según la movilidad y la transformación de los accionares de los sujetos migrantes a nivel global. Frank Bean, sociólogo director de Centro de Investigación sobre Inmigración, Población y Política Pública, de la Universidad de California, junto con Susan Brown, especialista en derecho migratorio, desarrollan un recuento y una crítica sobre los modelos tradicionales para estudiar la migración (Brown, S., y Frank Bean, 2006). Ellos advierten en su artículo que las teorías de la integración de inmigrantes y grupos étnicos contemporáneas, no sólo se establecen en la dicotomía racial blanco/negro, bajo las que se desarrollaron los primeros modelos de asimilación, sino que plantean diversos factores que influyen en la asimilación: económicas y socioculturales. Añaden ciertas características necesarias para entender a los nuevos grupos migrantes:

- La dicotomía negro-blanco, como modelo de análisis de las relaciones raciales / étnicos resultan insuficientes para su aplicación de nuevos grupos migratorios de América Latina y Asia.
- La teoría de la asimilación contemporánea hace hincapié en que la incorporación de los grupos de inmigrantes también implica cambios y la aceptación por parte de la población de acogida.
- La persistencia de discriminación institucional y los obstáculos para conseguir oportunidades de empleo constituyen obstáculos para completar la asimilación.

- Localiza la atención analítica en la identificación de los factores contextuales, estructurales y culturales que separan a asimilación exitosa o incluso asimilación "negativa".
- El proceso de la incorporación se complejiza y se extiende la asimilación del nuevo migrante hasta la cuarta o quinta generación.

Por lo tanto estos nuevos modelos analíticos se basan en la interacción entre los problemas de discriminación y exclusión racial/étnica y los aspectos socioculturales y económicos lo cual implica múltiples contingencias e interacciones dinámicas.

Boaventura de Souza Santos en su texto “Desigualdad, exclusión y globalización: hacia la construcción multicultural de la igualdad y la diferencia” desarrolla la importancia de los procesos de constitución nacionalista en América latina basados en estrategias culturales homogeneizadoras, basados en procesos de exclusión:

La exclusión es sobre todo un fenómeno cultural y social, un fenómeno de civilización. Se trata de un proceso histórico a través del cual una cultura, por medio de un discurso de verdad, crea una prohibición y la rechaza. La misma cultura establece un límite más allá del cual sólo hay transgresión, un lugar que atrae hacia otro lugar –la heterotopía– todos los grupos sociales que la prohibición social alcanza, sean éstos la locura, el crimen, la delincuencia o la orientación sexual (Santos, B. 2005: 3).

Ante esta idea de discriminación, la noción de frontera es fundamental para asumir, por un lado, la importancia de la espacialidad y por otro su origen y configuración simbólica. A finales del siglo XIX, el geógrafo alemán Frederick Ratzel planteó el establecimiento de fronteras dentro del marco del surgimiento de las naciones, como una mera línea geográfica que separa a dos diferentes territorios, sujetos a dos soberanías diferentes, y que provee protección, así como la posibilidad de intercambio con lo que está afuera (Ratzel, 1985). El concepto de frontera, en el contexto de la globalización, ha perdido rigidez y ahora se plantea como algo “poroso”. Marc Augé, antropólogo francés en su texto “Por una antropología de la movilidad” explica cómo la visión dicotómica entre adentro y afuera, no se presenta de manera definida y menos en nuestra época. Sin embargo aclara que dentro del proceso de la globalización la frontera se mantiene, creando espacios de desigualdades. Por lo tanto, Augé replantea la noción de frontera, escribe: “Una frontera no es una barrera, sino un paso, ya que señala, al mismo tiempo, la presencia del otro y la posibilidad de reunirse con él” (Augé, 2007).

De esta manera, al tratar el tema de los conflictos y las crisis de las ciudades, Augé nos invita a repensar términos como *periferia*, *centro*, *marginalidad*, a los cuales se debe reflexionar en torno a la movilidad humana, pensando en los cambios demográficos, las rupturas generacionales, el contraste entre campo y ciudad, el desarrollo urbanístico, la violencia urbana (Augé, 2007). Todo ello acotado en términos de barrios, en los que a partir de cambios significativos como el cierre y/o la apertura de comercios pueden generar desarraigo de los que habitan ahí antes de la movilidad. En relación, específicamente a las fronteras étnicas, Frederik Barth antropólogo noruego, plantea sobre qué característica se podría hablar de grupo étnico:

Los grupos étnicos son considerados como una forma de organización social (...) es decir, la característica de autoadscripción y adscripción por otros. Una adscripción categorial es una adscripción étnica cuando clasifica a una persona de acuerdo con su identidad básica y más general, supuestamente determinada por su origen y su formación. En la medida en que los actores utilizan las identidades étnicas para categorizarse a sí mismos y a los otros, con fines de interacción, forman grupos étnicos en este sentido de organización (Barth, 1976: 15).

La postura de Barth se centra en que los grupos étnicos establecen sus propias categorías de adscripción e identificación de cada uno de los indicios que la conforma. De tal forma es fundamental la representación y la auto-representación de estos grupos étnicos para la conformación de límites o fronteras en relación a otro grupo.

Todo ello se encuentra íntimamente relacionado con las identidades culturales, las cuales pueden ser problemáticas conceptualmente, tal y como lo plantea Stuart Hall en su ensayo *¿Quién necesita identidad?* En éste propone a la identidad como una práctica discursiva, la cual es contingente y no está determinada geográficamente. De tal forma encontramos que la idea de identidad cultural puede verse como una especie de materialización de grupos étnicos, en cuanto que dan forma de procesos inter-relacionales de construcción de un grupo de individuos siempre en proceso, el cual actúa a través de la diferencia “entraña un trabajo discursivo, la marcación y ratificación de límites simbólicos, la producción de efecto de “frontera” (Hall, 2003: 16).

Ante esta idea de discriminación, la noción de frontera es fundamental para asumir, por un lado, la importancia de la espacialidad y por otro su origen y configuración simbólica. Didier Fassin, profesor de ciencias sociales en la Universidad de Princeton, en su artículo *“Policing Borders, Producing Boundaries. The Governmentality of Immigration in Dark Times”* Explica cómo la migración de ser un fenómeno aceptado en los inicios del siglo XX, como generador de fuerza productiva para los países en crecimiento como Estados Unidos o Europa, ha pasado a ser un fenómeno rechazado, por su incontrolable flujo humano. Además plantea como la racialización de los grupos de migrantes dio lugar a la constitución de estigmas alrededor de grupos minoritarios. De tal forma que se estructuran fronteras como límite externo territorial y fronteras internas como límites sociales, a partir de categorizaciones que están estrechamente relacionadas a un proceso en la que los inmigrantes son racializados y a las minorías étnicas se les recuerda su origen exterior continuamente (Fassin, 2011). Mientras que los migrantes sustentan ciertos sectores económicos de grandes urbes, Saskia Sassen, socióloga estadounidense en su texto *Globalization and its discontents*, plantea a través de las condiciones de ilegalidad de los migrantes se potencializan las condiciones laborales clandestinas que construyen una “la globalización de la mano de obra”, la cual tiene como consecuencia la ausencia de los derechos para los trabajadores establecidos por la ley y por el contrario, estimulan los espacios de informalidad en diversas ramas manufactureras y de comercio (Sassen, 1998).

De tal forma es una constante lucha de fuerzas coercitivas las que construyen las fronteras que delimitan estas construcciones sociales que establecen diferencias simbólicas (entre clase, género o cultura) y productora de identidades (nacionales, étnicas). Dicho de otra forma pasan de un nivel macro-globalizador hacia un nivel micro cotidiano. Y este planteamiento aplicado al ámbito de la inmigración en los tiempos actuales, según Fassin, ha enriquecido nuestra comprensión de los juegos sutiles y complejos que intervienen en la biopolítica de la alteridad, una política de fronteras y límites, temporalidad y espacialidad, los estados y las burocracias, la detención y la deportación, asilo y el humanitarismo. De tal forma como los espacios públicos que habitamos hoy en día en las grandes urbes constituyen no sólo el escenario en que se construyen pugnas por el espacio en relación a los imaginarios inscritos en los sistemas

hegemónicos. Es así que pretendemos hilar cuidadosamente estas posturas en el trayecto de la tesis para priorizar el factor político del paisaje en el marco de la migración.

Bajo estas premisas propongo hacer un tejido entre los términos frontera y paisaje, pues ambos se establecen bajo dos condiciones: una material y otra simbólica. Las cuales no pueden ser analizadas de manera aislada, sino que deben entenderse como elementos, que por un lado se encuentran en constante cambio y por el otro que se construyen en relación al contacto con el otro, bajo la interrelación.

1.3.7 Migración cubana en Ecuador

Ecuador como país receptor de migración ha sido estudiado exhaustivamente en el caso de la migración Colombiana y Peruana las cuales históricamente tienen décadas de presencia y son resultado de procesos políticos y sociales particulares, de los cuales no me compete hablar. Sin embargo estos estudios generan un antecedente académico y una plataforma para poder considerar a Ecuador como un país heterogéneo y migratoriamente complejo, como lo plantea el estudio que en 2003 presenta Teófilo Altamirano en la Universidad Andina del Ecuador *El Perú y el Ecuador: Nuevos países de emigración*. Con respecto a los flujos migratorios entre Cuba y Ecuador, existen pocos estudios sobre sus flujos actuales. Entre el año 2009 y 2012 auge de la segunda ola migratoria cubana, se publicaron tres tesis de maestría en el área de la sociología, en las que los colegas buscaron, desde diferentes posturas, afrontar las problemáticas de los procesos de asimilación de los migrantes cubanos en el país ecuatorial. De tal forma Alex Iván Valle con su tesis *Discursos institucionales frente a la migración cubana en Ecuador: ausencia de política o securitización?*, analiza los discursos de los funcionarios públicos ecuatorianos en relación a la migración cubana, mostrando las paradojas entre las normativas de inmigración y su aplicación institucional. En el caso de María Fernanda Sáenz con su investigación *Nación y género: representaciones de la inmigración cubana en Quito* enfoca los problemas de género y representación de la migración cubana en Quito. Por último, Ahmed Correa, con el estudio *Del Caribe a la Mitad del Mundo. Inserción laboral y producción de espacios. Migración cubana en Ecuador*, hace un estudio comparativo entre la situación laboral de los migrantes cubanos que habitan la ciudad de Quito y Guayaquil. Al mismo tiempo FLACSO-Ecuador realiza en 2010 la consultoría dirigida por J. Arcentales, J. *Migración cubana:*

Recomendaciones de Política Pública para Ecuador incluyente. Estudio que realiza un recorrido exhaustivo de las condiciones legales de los migrantes frente a las políticas migratorias de ese momento, y de manera panorámica hace un recuento de diferentes escenarios de discriminación hacia los migrantes cubanos. Estos estudios ofrecen para esta investigación una potente plataforma de análisis de contexto y permiten a su vez dar importancia a este estudio desde su perspectiva antropológica y el concepto del paisaje, basada en un amplio trabajo de campo, la cual además ayuda a actualizar la móvil situación legal y social de la migración cubana.

1.3.8 Paisaje y migración

El paisaje resulta un concepto relevante por su carácter inclusivo de diversas voces, para el estudio de las migraciones. Diversos estudios en Latinoamérica han explorado esta amalgama. Por ejemplo el estudio *Religión, migraciones y paisaje: Los Menonitas en Guatraché. Una visión desde la Geografía* (Santarelli, S. Campos, M. Eberle, 2004), presenta al paisaje como manifestación del proceso de asimilación que tuvo la comunidad de Guatraché al recibir una fuerte migración de diversas familias menonitas, las cuales trajeron consigo, objetos, hábitos tradiciones. La idea de espacio en este estudio se plantea como transformativo, él cual adquiere sentido a partir de las significaciones de las experiencias compartidas de sus habitantes. Además para esta investigación se utilizaron metodologías visuales para que los migrantes pudieran identificar por medio de la representación gráfica acerca del paisaje de su antigua morada y la nueva.

Otro ejemplo importante es el estudio de Shinji Hirai titulado *Economía política de la nostalgia: un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos* que realizó en 2009. Hirai explica en el texto “La migración está cambiando el paisaje de distintas ciudades del mundo (...). Esta afirmación nos obliga a pensar en las múltiples redes y conexiones que existen entre las migraciones, el desarrollo de las urbes y los imaginarios que han acompañado a estos desplazamientos y transformaciones del espacio” (Hirai, 2009: 13).

Gilberto Giménez en su artículo *Cultura, territorio y migraciones*, insta por las investigaciones interdisciplinarias entre la geografía cultural, la antropología y la

sociología. En donde presenta un interés particular por el concepto de territorio, y plantea al paisaje como un símbolo metonímico y como un referente “privilegiado” de la identidad sociocultural (Giménez, 2001) y el concepto de paisaje permite comprender que “la “desterritorialización” física —como la que ocurre en el caso de la migración— no implica automáticamente la desterritorialización en términos simbólicos y subjetivos” (Giménez, 2001: 13). Además vincula los procesos de construcción de memoria, el recuerdo y la nostalgia.

Diversas investigaciones alrededor de la migración fronteriza al norte de México, permiten entender perspectivas del paisaje en este tema. *Nogales: migrantes y paisaje fronterizo*, es una investigación a cargo de Liliana López la cual considera frente a la migración mexicana. “El ser una localidad formada por migrantes, en el país que expulsa más población en el mundo, la convierte en un caso significativo y de gran relevancia para comprender la forma en que los elementos culturales pueden delinear el paisaje y conformar el territorio” (López, 2007: 86).

También existen diversos estudios que consideran el paisaje de la migración pero desde un punto de vista ambiental, es decir, plantean al paisaje como escenario y como depositario de las consecuencias de la transformación de los recursos naturales, esto sucede, por ejemplo en un estudio salvadoreño *Migración, Medios de Vida Rurales y Manejo de los Recursos Naturales* o bien investigaciones donde se utiliza al concepto de paisaje para evocar los espacios físicos, las situaciones familiares que son, en buena medida, construidas subjetivamente por la percepción socializada de quienes las contemplan como en el estudio *Los paisajes familiares de la inmigración* de Luis A. Camarero Rioja e Iñaki García Borrego (2004). Por otro lado se encuentran trabajos que desde las cualidades estéticas del paisaje, complementan investigaciones académicas, tal es el caso del ensayo fotográfico que realiza el antropólogo Guillermo Castillo (2010) en la ciudad de Tijuana, en el cual el autor pretende desde la representación el tránsito de la violencia en la frontera. O bien proyectos artísticos que desde el video documental construyen paisajes subjetivos acerca de la experiencia de ser migrante en un nuevo espacio. Ejemplo de ello es *Paisaje a definir- Migrantes - (díptico)* que de forma evocativa utiliza la imagen del paisaje del río de la Plata en Uruguay como espacio de inserción de nuevos migrantes. O bien el video *Récits de paysages*, video que se presentó en el

marco del concurso titulado *Migrating Landscapes*, edición 2011, en el cual el paisaje se construye de descripciones sonoras de tres migrantes sobre sus lugares de origen.

Estos estudios ofrecen un panorama pequeño, pero interesante de cómo son llevadas a la práctica los términos teóricos desarrollados en los estudios de globalización y migración. De tal forma que el término paisaje en su doble constitución, simbólica como material, resulta una plataforma útil para entender procesos sociales tomando en cuenta las metodologías que desde la antropología visual en vínculos con otras disciplinas configuran una visión multilocal del paisaje migratorio.

1.4 Estrategia metodológica

La antropología visual desde su apertura a la interdisciplina ofrece nuevas plataformas dialógicas gracias a prácticas y paradigmas que funcionan como posibilidades del propio trabajo de campo y como detonantes etnográficos (Andrade y Zamorano, 2012). Entonces es posible potencializar metodologías que vienen del arte, como el dibujo; o desde la geografía, como las cartografías; así como nuevos soportes y lenguajes digitales que pueden estimular los diálogos entre el trabajo etnográfico, las problemáticas teóricas y los posibles públicos. Todo ello con el objetivo de entender al paisaje desde su materialidad, desde las evidencias o rastros que permean al espacio social. De tal forma distinguir a la simple representación visual de un paisaje, fotográfico por ejemplo, de un paisaje mucho más complejo que incluye lo visual, lo auditivo, lo corporal en un conjunto estructural de sentidos sociales.

Para entender de una manera específica al paisaje urbano al plantear la metodología, retomo el concepto de paisaje étnico de Appadurai, el cual es un paisaje constituido de sujetos y cómo estos se han manifestado principalmente en grupos migratorios, los cuales conservan elementos culturales identitarios a pesar de haber abandonado su territorio “original”, y de tal forma construyen un paisaje que se alimenta de los efectos y tensiones que se dan entre la nueva comunidad que los aloja y estos migrantes recién llegados a un nuevo espacio (Appadurai, 2001). Por lo tanto, en este caso el paisaje no estará acotado directamente por un territorio geográfico específico sino por cómo un grupo de personas específicas, una comunidad, la del

migrante cubano que se manifiesta y habita en un nuevo territorio: el barrio de la Florida de la ciudad de Quito.

1.4.1 Trabajo etnográfico

El trabajo etnográfico comenzó en el mes de mayo de 2012 hasta agosto de 2013, fuera y dentro del barrio del norte de la ciudad de Quito, La Florida. Al comienzo establecí definir criterios de selección de informantes que incluyera hombres y mujeres que vivieran en el barrio o que pasaran la mayor parte de su tiempo en él. Como es el caso de Pipo, cubano que trabaja en una cafetería en la calle Paz y Miño, que no habita en La Florida pero si pasa jornadas de más de diez horas al día en este sector; Luisa, otra de mis informantes principales que trabaja en el mismo local, ambos tienen menos de cinco años en Ecuador y trabajan en el sector; y Dainesys, cubana, que llegó hace 15 años al país y tiene un restaurante con su esposo ecuatoriano y ambos con sus cuatro hijos viven en el barrio. Por otro lado, mis informantes ecuatorianos son dos mujeres Jenny y Pascale, que a pesar de algunas épocas de viajes, han vivido en el Barrio, la primera en la zona occidental y la segunda al norte del sector; y Marco, que toda su vida ha residido en el sector y ahora instaló un negocio de cuidado de mascotas. Estos seis informantes son junto al paisaje los elementos fundamentales de esta investigación que a través de las metodologías siguientes me permitieron estudiar y analizar las peculiaridades de este paisaje barrial.

El trabajo etnográfico general constaba en visitar el barrio tres o cuatro veces por semana, siempre incluyendo días del fin de semana, pues el paisaje cambiaba especialmente los sábados, con una gran afluencia de migrantes cubanos a una pequeña zona comercial del barrio. La observación participante se daba a través de charlas informales con mis informantes y algunos visitantes que frecuentaban el barrio y hacían uso de los locales como el restaurante “Aché de la Flaka” o la cafetería sin nombre ubicada en la calle Paz y Miño, lugares donde pasé gran parte de mi trabajo de campo. En ambos establecimientos logré entablar una relación de confianza con mis informantes debido a las temáticas conversadas y también a la constancia en las visitas al barrio. Desde un inicio me presenté como estudiante de la maestría de Antropología visual en la FLACSO, lo cual era interesante porque sin lugar a dudas siempre era el

comienzo de una buena conversación pues mis informantes me cuestionaban acerca de qué era lo que estudiaba. Esto me permitía explicar las diferentes temáticas y métodos que estudia y aplica esta especialidad y ello resultaba un pretexto para describir lo que quería hacer con mi estudio en el barrio. Por lo que aclaré que tomaría fotos y algunas veces tendría que grabar algunas entrevistas. Esto permitió que en el caso del registro visual del paisaje, no hubiera inconvenientes, no para el caso del registro en audio de las entrevistas, pues para Pipo y Luisa implicaba un riesgo y sólo en dos ocasiones me dieron autorización de grabar.

Explicado esto, me permito hacer dos aclaraciones importantes al respecto de los datos etnográficos relacionados a mis informantes. La primera es que, a lo largo de la investigación, cuando cito alguna declaración de los vecinos cubanos o ecuatorianos es porque ésta se encuentra grabada o existe algún testigo que dé fe de lo dicho en ese momento; y la segunda, muchas de las amplias conversaciones no grabadas que mantuve con mis tres informantes cubanos, adquirieron un nivel de confianza en la que ellos me confiaban datos y anécdotas acerca de su vida personal, así como yo también lo hacía, puesto que eran diálogos. Consideré prudente guardar estos datos, no grabados, y de índole personal como elementos confidenciales que no contribuyen esencialmente a la investigación y que además pones en riesgo el voto de confianza que todos mis informantes depositaron en mí. Así que hago uso de sus testimonios solo cuando ofrecen algún dato en relación al espacio, al barrio y a su interacción con él.

De tal forma que el registro del paisaje visual y sonoro sumado a la experiencia etnográfica en las locaciones dentro del barrio resultaron fundamentales y permitieron iniciar y establecer el proceso de inserción comunitaria. Al mismo tiempo cabe aclarar que la perspectiva de migrantes cubanos que viven y laboran ahí, así como por habitantes quiteños del barrio, cobra igual importancia en este estudio por lo que busqué realizar un análisis complementario que no pusiera en comparación dichas experiencias sino más bien develara cómo el paisaje es resultado de un collage heterogéneo de quien lo vive. Así poder construir el discurso que existe del paisaje del barrio e identificar si existen o no fronteras de discriminación.

Entonces para cada objetivo planteado en la investigación propuse una metodología específica:

1.4.2 Estudiar el paisaje urbano

El paisaje es narrativa. Michel De Certeau explica cómo los paseos peatonales muestran al mismo tiempo un arte de la conciencia, el hábito y la práctica, que es a la vez limitada por el lugar y el paisaje. Caminar es el medio y el resultado de un espacio (De Certeau 1984). Por ello elegí para comprender la configuración del barrio y el forjamiento de fronteras simbólicas en él recorrer a pie el espacio de este sector. Entonces realicé en una primera etapa observaciones etnográficas y observaciones participantes, invitando a recorrer caminando La Florida a tres vecinos del barrio. Empresa la cual no resultó sencilla, pues los vecinos quiteños a los que invité inicialmente a participar, no accedieron a colaborar, argumentando que eran ya numerosas veces que los entrevistaban o filmaban para la televisión y que estaban cansados de esa situación. Así que tuve que recurrir a buscar informantes que vivieran en diferentes zonas de este sector desde mis propios conocidos en la escuela, ellos me contactaron con amigos y familiares que viven en el lado norte, occidental y oriental del barrio. Los invité individualmente a realizar caminatas por el espacio barrial en las que ellos escogían los recorridos. Simultáneamente registraba las conversaciones en audio mientras ellos tomaban fotografías del entorno según sus propios intereses y los planteamientos que iban narrando. Con esto trazábamos los trayectos del recorrido sobre mapas del barrio que tenía impresos para después poder compararlos entre sí. Con estos datos se cruzó la información de las entrevistas sumando los registros visuales (fotográficos) y su simbolización narrativa para así configurar diversos paisajes de un mismo barrio. Abilio Vergara hablaría de un tipo de memoria metafórica relacionada al espacio, la cual materializa ciertas características que deben cumplirse en el recorrido del paisaje:

Si bien las trayectorias físicas pueden explicar las diferencias en la representación de las ciudades, la imaginación y la rememoración la expresan, clasifican y remarcan, definiendo los espacios valorados o marginales; es en esta suerte de memoria proyectiva –que se articula con su experiencia urbana y las imágenes oficiales– donde se ubica la constitución de lugares simbólicos –con una visibilidad mayor– que condiciona su presencia protagónica en las referencias situadas que ubican los desplazamientos y las evocaciones y, a su vez, trabajando múltiples metonimias, también metaforiza la ciudad (Vergara, 2003: 2).

Así con estos recorridos busqué localizar los motivos de construcción de estas rutas y espacialidades. Si bien en el barrio existen espacios específicos para la migración cubana, quería conocer cómo se definen y si se delimitan con ciertas marcas, y en especial cuales eran los vínculos afectivos que se desarrollan entre los habitantes y los paisajes del barrio. Con ello poder identificar la presencia de fronteras dadas por los propios habitantes de la localidad, entre los recorridos y formas de representación del paisaje urbano de la Florida y si estos se insertan en espacios provocados por discriminación o conflictos sobre el espacio mismo.

1.4.3 Intervenciones de la migración cubana sobre el paisaje urbano

El paisaje acumula, guarda marcas y rastros de todo lo que sucede en él. Las huellas materializadas en él es lo que arranca la metodología de esta sección. Para poder analizar la apropiación del espacio urbano por parte de la migración cubana registré fotográficamente las imágenes que materializan las huellas o presencia de la migración cubana en el paisaje urbano del barrio de la Florida, con el objetivo de analizar la apropiación que los migrantes han producido y/o experimentado visualmente en el espacio, en forma de letreros, avisos, grafiti, etc. A través de la metonimia de la huella comprender cómo se configura el paisaje urbano y las prácticas cotidianas del barrio. Con ello identifiqué cómo se realiza la diferenciación del “otro” en la representación visual a partir de diferentes mecanismos, por lo que propuse registrar fotográficamente y en video (por ejemplo el uso de *timelapse*) las huellas o intervenciones sobre el paisaje urbano. Me pregunté qué movilizan estas huellas visuales en la construcción de estereotipos e imaginarios alrededor de la migración cubana, y si éstos pueden verse como evidencias de las fronteras o paisajes desiguales dentro del espacio urbano. Entonces hice uso de las imágenes que se han construido en el espacio de intersección entre la migración cubana y los vecinos quiteños, tal y como lo plantea Elisenda Ardèvol, como producto y como proceso social (Ardèvol, 2006). Y en ese sentido apliqué la observación etnográfica y entrevistas para traer y analizar el contexto de donde fueron producidas, dónde y por quiénes se consumen bajo la descripción de un paisaje heterogéneo.

1.4.4 Registro del paisaje sonoro

La sonoridad cubana en el barrio resultó un imaginario potente, del cual me interesó entender cómo se establecía como representación y auto-representación de la propia migración cubana, para ello utilicé el concepto de paisaje sonoro y registré su presencia en el espacio público del barrio como en espacios de índole comercial, como un supermercado. Durante la década de 1960 y 1970 los compositores de música concreta comenzaron a hablar de paisaje sonoro, dentro de la Universidad Simón Fraser y propusieron un grupo de investigación interdisciplinario llamado *Sound scape project* en el cual pretendía analizar desde la acústica, la comunicación y la música las interrelaciones entre la música y el sonido ambiental. El líder de este proyecto era Robert Murray Schafer, y propone al paisaje sonoro como un dispositivo de análisis social considerando lo sonoro como parte de un sistema de intercambio de información con el contexto social, cultural y geográfico (Schafer, 1969). La antropología ha aprovechado este término para acercarse a fenómenos sociales, la antropóloga, Jo Tacchi, en su estudio sobre la relación del sonido de la radio en la vida cotidiana, considera lo sonoro como fenómeno cultural. Ella expuso al paisaje sonoro bajo el concepto de “textura” donde se despliega su espacialidad al rodear las prácticas cotidianas (Tacchi, 1998). Entonces mi objetivo era la posibilidad de hallar esas prácticas cotidianas al analizar la espacialidad del paisaje sonoro y su registro auditivo de los espacios que habitan migrantes cubanos y quiteños del barrio de la Florida para analizar la representatividad de estos dos grupos de actores y su injerencia en la construcción de etnicidad y de estereotipos alrededor de ella.

Con el recorrido de estas metodologías busco localizar los sistemas de representación del paisaje en sus múltiples apariencias, la visual, la sonora, la espacial. Para poder entender cómo se articula los procesos de exclusión, de discriminación, de arraigo, de asimilación entre los cubanos y quiteños en el paisaje.

A continuación presento entonces tres capítulos, uno acorde con cada objetivo planteado anteriormente, los cuales buscan articular un paisaje desde diversas estrategias de la antropología visual para comprender de una manera más integral el paisaje que articula y rodea a la migración cubana del barrio de La Florida.

CAPÍTULO II

RECORRIDOS Y FRONTERAS DEL BARRIO LA FLORIDA

Al paisaje pertenecemos y al mismo tiempo lo configuramos. Una relación de pugna entre lo social y lo material. “El espacio (...) es un campo de lucha social por cuanto es una expresión y un medio de los acuerdos y los conflictos sociales” (Reyes, 2011: 13). En este segundo capítulo se pretende encontrar las relaciones que existen entre lo que nos ofrece la dimensión representativa del espacio: el paisaje y desde sus implicaciones como medio de acción sociales. A través de recorridos por el barrio, el registro fotográfico y el trazo cartográfico con diferentes informantes, la investigación busca construir la morfología visual del barrio de la Florida, en la ciudad de Quito, desde el paisaje y los elementos que lo conforman, como la arquitectura, el trazado de calles y la distribución de usos sociales del espacio. De tal forma observar prácticas cotidianas, desde “una historia de localizaciones y una localización de historias” (Clifford, 1999: 46), las cuales se transforman según los discursos y las necesidades de quienes las performan, y son puestas en escena en un paisaje. Así con ello identificar las fronteras simbólicas del barrio, étnicas y culturales, que se trazan entre sus habitantes más añejos.

2.1 Paisaje, nación e identidad

El paisaje evidenció su potencial ideológico a partir del proceso de la modernidad, éste se convirtió en una manera de comprender y de medir al espacio. Una de sus mayores estrategias es la perspectiva eficaz para delimitar un punto de vista específico no solo desde un sentido monofocal sino epistemológico. A finales del siglo XIX esta mancuerna, el paisaje y lo moderno, toma una misión fundamental que es la de construir imágenes para definir lo que se asignaría a una nación frente a territorios geográficos específicos no sólo en Europa sino en el continente Americano. De hecho, paisaje es una palabra moderna, y su raíz etimológica (*paese*) se vincula a términos como país. Alexandra Kennedy en el marco de la exposición *Escenarios para una patria: paisajismo ecuatoriano 1850-1930* explica este acontecimiento particularmente en Ecuador:

Las representaciones del territorio- imágenes paisajísticas- son en este contexto muy críticas y sensibles. Apelan a la noción de pertenencia en el sentido más profundo de la palabra (...) es interesante señalar que si bien existen muchas formas de autoconciencia nacional en el

Ecuador independiente, la representación del paisaje fue capital, no así la representación de los héroes, las batallas o la misma historia. Asumida débilmente (Kennedy, 2008:7).

El paisaje en occidente a partir de su afincamiento en un estatus territorial se encuentra entrelazado con los procesos de “nacionalización” del espacio, con el objetivo de limitar su condición inconmensurable⁶. De tal forma llamar a este territorio, cuantificado y cualificado, “Nación”, tan es así que, para el caso de Ecuador, Kennedy propone “que es desde el paisaje el que los ecuatorianos empezaron a inscribir o reinscribir sus historias contemporáneas” (Kennedy, 2008:11).



Fuente: Rafael Troya, 1897, *El Cotopaxi*, Ecuador, óleo sobre tela

Las pinturas de Rafael Troya y Rafael Salas, pintores ecuatorianos de finales del siglo XIX y principios del XX, resultan ejemplares para comprender este proceso de constitución del paisaje, no sólo estético, sino políticos –sociales. Algunos de estos trabajos fueron conclusiones visuales de expediciones científicas para analizar geográficamente el territorio de Ecuador. La pintura *El Cotopaxi, Ecuador*, que se muestra arriba, refleja esta condición, en un primer plano aparece una minuciosa descripción botánica del entorno, donde un pastor refleja un estado contemplativo,

⁶Yu Li Tuan, en su texto *Topofilia* plantea el cambio de pensamiento frente a la medición del espacio, explica como el sentimiento de terror ante el silencio eterno del espacio infinito no sería una preocupación del hombre de la edad media, sino que vino a instalarse a partir de la mirada renacentista geoméricamente acotada. véase Tuan, Yu Li, (2007) *Topofilia, un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. España: Melusina, p. 183

incluso bucólico, del espacio, él cual debía proveer de ordenamiento y homogenización, para divulgar con precisión como se articulaba el paisaje ecuatoriano.

Haciendo alusión a las comunidades imaginadas que planteó Benedict Anderson (Anderson, 2000), Zizek, agudamente define a esta nueva concepción de espacio simbólico nacional gracias a los postulados de Renán:

Yo respondo con la mejor definición de nación, que viene del francés positivista Ernest Renán, un buen tipo. Él dice que una nación es un grupo de personas que comparte las mismas mentiras acerca de su pasado, los mismos odios contra sus vecinos actuales y las mismas ilusiones acerca de su futuro (Zizek, 2011).

Las imágenes, en este periodo de construcción nacionalista en Ecuador, formaron parte de los desafíos que se establecen para configurar la imagen de un país y así poder distinguirse frente a otras naciones. La ciudad de Quito, como muchas ciudades andinas, se encontraba frente a la innovación recién llegada de la modernidad, en un contexto de ideología liberal, de higienización social y la cultura parroquial de hacienda, en una distinción clara del otro, entre indígenas, aristócratas y una pequeña clase media que comenzaba a emerger, para así “concebir un proyecto de largo alcance para educar al nuevo ciudadano” (Leonhardt, 2008: 33) Y eso puede leerse en la pintura de paisaje de Rafael Troya que da cuenta de quién debe ser representado y en qué tipo de espacio: se configuran los límites simbólicos sobre las características geográficas, que resaltan los recursos naturales a disposición del hombre así como se reiteran los símbolos nacionales, como es el volcán del Cotopaxi. Sin embargo, me preguntó ¿Qué pasa con esos paisajes nacionalistas, cuando hoy por hoy sus habitantes no comparten, como menciona Zizek esas mismas mentiras, ni a sus enemigos históricos, ya no digamos sus costumbres o maneras de entender al mundo? ¿Qué pasa con los paisajes cuando representan localidades habitadas por personas de diferentes orígenes, resultado de diferentes procesos de migración humana? ¿Será que entonces podemos llamar a estos paisajes más que nacionales, transnacionales? El término transnacional, infiere una condición que transita entre dos naciones. A lo cual Cristina Carrillo explica en relación al concepto de transnación:

Los estudios transnacionales estarían cuestionando las nociones tradicionales de comunidad especialmente en términos de territorio, y de esta manera amplían el concepto de ciudadanía más allá del espacio nacional (...) Se trata de un sentido de pertenencia que está antes, pero

también más allá de la ciudadanía, un sentido de comunidad más allá de las fronteras nacionales. Estos acercamientos consideran los procesos de los estados nación en relación a la emigración de un importante porcentaje de sus habitantes y la respuesta legal o imaginada de sus ciudadanos de sentirse como pertenecientes a más de una nación (Carrillo, 2010:3).

Frente a una distinción de un “paisaje transnacional” permeado de procesos de movilidad humana, la nación y sus identidades se confrontan a un proceso global, “la globalización así como presenta una expansión de la economía internacional y potencia los mercados económicos, produce mayor intercambio transnacional y deja tambaleando las certezas que daba pertenecer a una nación” (García Canclini, 2001: 21). Es decir ¿dónde quedan estas imágenes del paisaje que definen con precisión el territorio y el espacio compartido por una nación, describiendo a sus conciudadanos y roles sociales asignados? Justamente, hoy en día, el espacio se ha permeado de otros fenómenos sociales, según las estadísticas del *Informe del Secretario General sobre Migración Internacional y Desarrollo de Naciones Unidas*, hoy como en ningún momento existen más personas que viven fuera de su país de origen. En 2010 el número mundial de migrantes internacionales aumentó de 155 millones en 1990 a 214 millones en 2010. (Naciones Unidas, 2012). Los países andinos en los últimos 50 años han experimentado una transición socio-demográfica migracional; han pasado de haber sido una región de inmigración, desde 1920 hasta la década de 1960 a otra de emigración, a partir de la década de 1960 hasta la actualidad (Altamirano, 2003). El caso de Ecuador se particulariza al flexibilizar sus políticas migratorias en el año 2008 convirtiéndose de nuevo en un país, no sólo de destino, sino de tránsito migratorio. En ese sentido Peter Burke, explica cómo las imágenes pueden develar las pugnas entre diversos encuentros, en este caso entre grupos de personas de múltiples orígenes:

Las imágenes del otro, llenas de prejuicios y de estereotipos, parecen socavar la idea de que el testimonio de las imágenes es digno de ser tomado en serio, pero, como de costumbre debemos hacer una pausa y preguntarnos, ¿testimonio de qué? Como testimonio del aspecto que tenían realmente otras culturas o subculturas, insiste, no tienen ningún valor, lo que documentan son un encuentro cultural y las respuestas dadas a ese encuentro (Burke, 2005: 175).

Bajo este panorama ¿qué clase de paisaje se configura en un espacio transnacional y desterritorializado? ¿Qué imágenes del otro plantea? ¿Cómo puede entenderse, que si

bien el paisaje ha sido un fuerte cómplice en la configuración de un imaginario de unión nacional, hoy en día en un espacio local como un barrio de la ciudad de Quito, pueda tener implicaciones entre sus habitantes y la manera en que conllevan estos nuevos procesos de flujos migratorios? Aquí surgen los problemas sobre cómo entender la identidad en estas condiciones. El gran mérito de la construcción de naciones ha sido una homogenización identitaria que generó la idea de “las comunidades imaginadas” (Anderson, 2000). Sin embargo la forma que en la modernidad afincó estas identidades definidas, estructuras y sólidas, parece ha comenzado a hacerse mucho más plástica y frágil. El sociólogo polaco, Zygmunt Bauman describe al espacio-tiempo de la modernidad como estático, rígido y organizado siempre desde “lo obsoleto hacia lo actual” (Bauman, 2005: 111), en contraste define una distinción de representar el espacio-tiempo de hoy en día en el que ni es rígido ni estructurado.

El significado de identidad, tal y como señala el último Christopher Lach, remite a las personas como a las cosas. Ambas han perdido su solidez en la sociedad moderna, su definición y continuidad. (...) es el juego de la vida de los hombres y mujeres posmodernos, (...) Por volver a citar a Christopher Lach, la determinación de vivir al día y la representación de la vida cotidiana como una sucesión de pequeñas emergencias se convierten en los principios directores de toda estrategia vital racional (Bauman, 2005: 114).

El tiempo deja de estructurar al espacio, sobre el terreno ya no hay un antes ni un hacia atrás, lo único que cuenta es la habilidad de moverse y no quedarse quieto (Bauman, 2005). Por ello no sorprende las cifras de personas en el mundo que han dejado su país de origen. Sin embargo, ¿qué clase de tiempo-espacio vive un barrio del norte de Quito que ha sido soporte de una nueva migración? Si bien Bauman explica como el problema de las identidades hoy en día no se articula alrededor de cómo descubrirlas o inventarlas sino, más bien “de cómo impedir que esta sea demasiado ceñida y que se adhiera demasiado rápidamente al cuerpo (...) El eje central de la estrategia vital posmoderna no es hacer que la identidad perdure sino evitar que se fije” (Bauman, 2005: 114). Si bien, el informe de las Naciones Unidas resuelve que:

Hoy día, prácticamente todos los países del mundo son simultáneamente países de destino, origen y tránsito de los migrantes internacionales. Las pautas tradicionales de inmigración se complementan con nuevas corrientes migratorias, impulsadas por cambios en las condiciones económicas, demográficas, políticas y

sociales. Las cambiantes pautas de migración afectan al tamaño y composición de la población de inmigrantes, así como a las economías y sociedades de los países de origen y destino (Naciones Unidas, 2012).

Entonces si todos los países se han convertido en lugares de tránsito, ¿qué pasa con los sujetos móviles y el espacio en el que disponen sus desplazamientos? El problema no es tan sencillo como parece, pues si bien los territorios geográficos se han nacionalizado ¿qué pasa con el paisaje ideológico, que parece que ahora es más bien móvil, sin territorio? Alex Valle, en su tesis *Discursos institucionales frente a la migración cubana en Ecuador: ausencia de política o securitización?* concluye que:

La movilidad es el espacio donde se construyen las nuevas jerarquías sociales, es por ello que un migrante puede poner en riesgo la identidad de quienes son los habitantes locales, pues desajustan las prácticas cotidianas (...) la presencia del migrante pone en riesgo las identidades fijas, arraigadas al espacio (Valle, 2012: 82).

Hoy en día el espacio y su configuración afectan igualmente en los parámetros de convivencia entre los ciudadanos que viven espacios específicos. Las dinámicas de movilidad humana han superado cualquier pronóstico, sin embargo es notorio el impacto que desde lo ideológico se manifiesta sobre el espacio físico, por ejemplo en la arquitectura, o en cómo es recorrido un espacio local. ¿Cuáles son los lugares más frecuentados por los vecinos de un barrio? ¿Dónde juegan los niños? ¿En qué almacén se abastecen las alacenas de las casa? Es decir, con este caso de estudio, el barrio de La Florida de la ciudad de Quito, busco comprender cómo se jerarquiza un espacio que bajo un atuendo de globalización, móvil y transitorio, es receptora de un grupo de migrantes cubanos; y a la vez, es un espacio resultado de una construcción nacionalista, cerrada y delimitada el cual ha sido construida en base a prácticas cotidianas. El espacio es complejo, sin lugar a dudas, y las fronteras tal vez sean las que puedan evidenciar la convivencia de estos dos espacios: uno intranquilo en una emergencia de transformarse frente a uno arraigado con su territorio e historia.

2.2 Las fronteras simbólicas

La configuración simbólica del espacio toma forma en la noción de frontera, pues delimita y hace distinciones algunas veces basadas en elementos geográficos y otras en elementos culturales. Claro está que las fronteras no tienen una configuración estática ni sólida. El antropólogo Marc Augé hace hincapié en la cualidad porosa de las fronteras en el ámbito global de hoy en día. Y mantiene cómo a pesar de su cualidad inmaterial define espacios de desigualdad en la que se registra la presencia del otro (Augé, 2007).

Uno de los encuentros más importantes de arte dedicados a la migración y las fronteras es el proyecto *InSITE*, que se lleva a cabo en las ciudades fronterizas de San Diego y Tijuana. En su edición de 1997, el artista mexicano Marcos Ramírez ERRE, presentó la pieza *Toy-an horse and Trojan house*, una estructura de madera de 10x9x4 metros representando un caballo de Troya, con la peculiaridad de ser bicéfalo. Ubicado estratégicamente en la frontera entre Estados Unidos y México, cada una de sus cabezas se dirigía en dirección del norte y del sur, respectivamente. Al describir la obra, su autor, plantea cómo este monumental caballo representa el evidente intercambio y al mismo tiempo un sentido de invasión entre ambos espacios⁷.



Fuente: Marcos Ramírez ERRE. La imagen muestra la pieza *Toy-an horse and Trojan house*, del artista mexicano Marcos Ramírez ERRE en la frontera entre la ciudad de Tijuana y la ciudad de San Diego, En el marco de la exposición *InSIDE 97*

⁷Para más información ver la página virtual del artista Marcos Ramírez ERRE <http://marcosramirezerre.com/>

Esta metáfora me hace plantear a la frontera como una división activamente política que, como menciona Augé, cuestiona las categorizaciones espaciales acerca de la periferia, centro, marginalidad que vincula con los flujos de migración actual. (Augé, 2007). Además la pieza de Marcos Martínez Erre, nos propone una pugna entre grupos que se autoidentifican o bien son identificados con cierta organización social. Frederik Barth, en su concepto frontera étnica planteará esta idea como una clasificación de las personas según su origen y formación, según una postura identitaria (Barth, 1976). Sin embargo, Stuart Hall en su texto *¿Quién necesita identidad?* aclara que las posturas identitarias son igualmente contingentes e imposibles de ubicar de manera determinada en un espacio físico, sí puede concentrarse en un espacio simbólico. En caso de este estudio, cabe aclarar que, no propongo basarme en esencialismos identitarios o culturales, sino identificar la autocategorización entre los grupos implicados y con ello la conformación de fronteras simbólicas. Balibar explica cómo sucede este proceso bajo la institucionalización de identidades, asumiendo que éstas establecen estructuras que abren o cierran procesos de identificación entre los individuos, como en un sentido nacionalista, los cuales son “naturalizados” por los sujetos y ellos mismos establecen los límites, es decir, las fronteras, las cuales aclara, no se materializan en un punto particular en el espacio. En ese sentido son llamadas fronteras invisibles (Balibar, 1997). Tal como sucede en el barrio de la Florida que en un primer recorrido uno puede observar como entre los vecinos cubanos y los ecuatorianos la interacción es breve y se manifiesta en relación a los espacios que cada uno habita. Esto es desarrollado a continuación.

2.3 El barrio y los imaginarios

Los pequeños vecindarios de la ciudad se mueven, se transforman constantemente, a veces a causa de grandes cambios arquitectónicos, o bien por nuevas políticas públicas o por la llegada de nuevos habitantes y visitantes. El Barrio de La Florida, de la ciudad de Quito, que está ubicado al norte de la ciudad, en un sector que se caracteriza por calles en pendiente y por su cercanía al antiguo aeropuerto internacional Mariscal Sucre⁸. En los últimos cinco años se convirtió en el lugar por excelencia de vivienda de grupos migratorios provenientes de Cuba, según testimonios de los propios cubanos y quiteños

⁸El aeropuerto Mariscal Sucre de la ciudad de Quito, después de 53 años de funcionamiento, fue clausurado el 19 de febrero de 2013 por cuestiones de seguridad. La nueva sede del aeropuerto se ubica actualmente en el sector Tababela a una hora y media al oriente fuera de la ciudad.

que viven en el barrio (Jenny, Pipo, Luisa, Marco, Pascale). Este cambio ha sido el pretexto fundamental para la investigación, pues me interesa observar la relación del espacio urbano y sus fronteras invisibles o simbólicas, que implican pugnas identitarias en una interrelación entre cubanos y ecuatorianos en un mismo paisaje. A este sector los medios de comunicación lo describen como “el barrio cubano”⁹. Pero ¿Qué significa un barrio cubano? ¿Cómo se ve? ¿Cómo se vive? ¿Cómo es su espacialidad? Para contestar a estas preguntas la investigación se basa en recorridos por el barrio con tres vecinos quiteños de la Florida, utilizando una estrategia de localización espacial para conocer los imaginarios alrededor del barrio desde la perspectiva de estos quiteños que llevan más de veinte años residiendo este sector. En el capítulo siguiente el enfoque se centra en la población cubana que vive el mismo espacio barrial.

La propuesta es poder configurar las características del barrio con personas que lo han vivido desde pequeños y que desde la memoria ayudan a delimitar simbólicamente las fronteras del barrio, desde sus cualidades geográficas, arquitectónicas, históricas y de vínculos comunitarios. Con ello aprovechar los imaginarios y vivencias del espacio barrial para definirlo. El geógrafo belga, Daniel Hiernaux, explica:

El imaginario aporta un complemento de sentido a las representaciones, las transforma simbólicamente para ser tanto guías de análisis como guías de acción (...) En ello yace la fuerza creativa del imaginario que rebasa la simple representación: el imaginario crea imágenes actuantes, imágenes-guías, imágenes que conducen procesos y no solo representan realidades materiales o subjetivas (Hiernaux, 2007: 20).

Es decir, propone no sólo una metodología para comprender los mecanismos de la urbe, al explicar cómo lo urbano se transfiere a actitudes y bienes intangibles. Sino también nos remite a pensar en esta translocación del espacio por lo temporal, en el que este imaginario actúa de manera simultánea a efecto de algún estímulo percibido.

Ahora bien, el espacio a estudiar es el denominado “barrio”, pero ¿cómo se define el espacio urbano de un barrio? El antropólogo argentino Ariel Gravano desarrolla la categoría de barrio desde diferentes vías: relacionando la forma en que se tradujo al español del árabe la palabra y en un principio significaba lo exterior o el afuera de la

⁹Tal como lo confirman el periódico El comercio el 18 de agosto de 2009, El País el 8 de octubre de 2010, El telégrafo el 01 de octubre de 2010, La hora el 14 de julio de 2012, Vistazo.

ciudad (Gravano, 2003); o bien, a partir del agrupamiento espontáneo de individuos con contactos frecuentes entre sí, o las partes en que se dividen las ciudades. El autor explica la función metonímica del barrio en relación a la ciudad y las basa específicamente en relaciones primarias frecuentes espontáneas no institucionalizadas (Gravano, 2003). Y se plantean límites físicos y simbólicos entre los barrios que si bien administrativamente en muchos casos están establecidos, no necesariamente coinciden con aquellos. Gravano aclara sobre las características de barrio:

Si bien la espacialidad es la variable más tangible (como límites e identificaciones de lugares concretos), el barrio no constituye una comunidad o unidad espacial ecológica, natural ni exclusivamente física. Su carácter significativo, tanto simbólico como identitario, relativiza el problema de la escala para definirlo como objeto de estudio (Gravano, 2003: 255).

Los términos local, comunidad, vecindario y barrio se complejizan pues son palabras usuales en los imaginarios de la gente, y desde ahí también inciden en la conformación o no de estos espacios. Queda claro que se plantea estas categorías en tanto frágiles, polivalentes y enmarcadoras de realidades diferentes, a lo cual Appadurai explicaría que finalmente esta noción de comunidad se da hoy en día desde un sentido de la heterogeneidad (Appadurai, 2001). Ambos autores coinciden en la no dependencia geográfica natural y la evidencia de ciertas fronteras o límites establecidos dentro y fuera de ellos. Al preguntarnos anteriormente si el Barrio de La Florida, según su contexto social actual, sería un “barrio cubano”, Ussem citado por Gravano rompe de tajo y declara “al barrio hay que descubrirlo”. Es decir, el barrio o vecindario no son lugares dados, acotados y mucho menos fijos, aunque esté demarcado institucionalmente en la legislación municipal. Entonces Gravano explica que lo importante en la construcción barrial es la relación estrecha entre lo elementalmente físico y lo social (Gravano, 2003).

2.4 Caminar el barrio

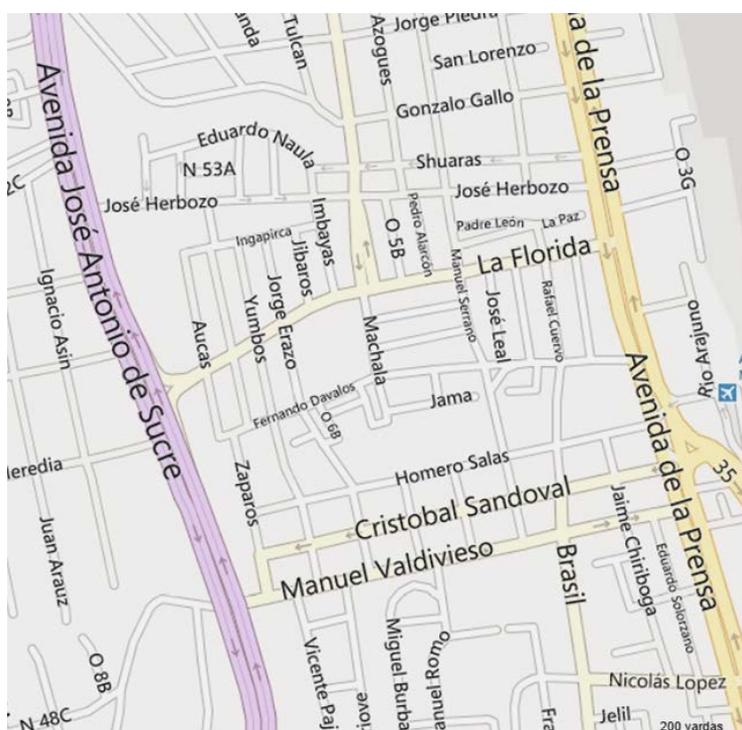
David LeBreton, en su libro Elogio del caminar explica “Todo sentimiento de duración se evapora: el caminante se instala en un tiempo ralentizado a la medida del cuerpo y del deseo”. (LeBreton, 2011: 31). El recorrido será la estrategia para abrir acceso al trabajo de campo. El barrio de La Florida es un sector pequeño que se camina con

facilidad, y “caminar es una apertura al mundo” (LeBreton, 2011: 62). La acción de caminar permite una construcción del espacio desde el cuerpo, y éste en su vulnerabilidad expresa los dispositivos de alerta o confianza frente a lo que le rodea. En ese sentido, para estudiar al barrio no sólo se propone hacer un propio recorrido a pie del barrio sino invitar a tres vecinos a caminar, reconocer y nombrar el espacio local. Para hacer prolífica esta experiencia dentro de la investigación se plantea seguir el esquema que Abilio Vergara en su tesis doctoral aplica en su estudio doctoral sobre representaciones e imaginarios de la ciudad de Quebec (Vergara, 2003). Este se define por tener tres niveles, los cuales estructurarán los recorridos realizados por el espacio barrial:

- A. La estructura que legitima y organiza el espacio para dar coherencia en los sentidos dados a los espacios, como saber la orientación del espacio (norte-sur), cómo se configuran los recorridos de los habitantes de este espacio. Es una estructura abstracta que permite generar un orden a lo que está distribuido a lo largo del espacio y la manera en que éste es experimentado.
- B. Los dispositivos incorporados, tal como Bourdieu lo plantea en su concepto de *habitus* (Bourdieu, 1991), lo cual permite que los sujetos “coloquen las cosas en su lugar y desplazarse; leer los anuncios; evitar los obstáculos, definir las distancias temporales, poner en jerarquía los objetos, las edificaciones y las personas” (Vergara, 2003: 156).
- C. Los imaginarios o cosmovisión que organizan “la relación simbólica y expresiva con el espacio” (Vergara, 2003: 156).

De tal forma estos tres niveles, no sólo como dice Vergara me permiten ampliar la visión más allá de la racionalista frente al espacio (2003) y así incluir a la representación y la experiencia, puesto que ninguno de éstos se manifiesta puntualmente en un objeto, lugar o persona, sino que se reitera espacialmente en relación a cómo es vivido este espacio. Este esquema puede observarse sólo en cuanto es performado, así es como pretendo presentar al barrio de La Florida a partir de la experiencia espacial-simbólica de tres vecinos a los que pedí me acompañaran en recorridos por las calles del sector. De tal forma, a partir de los relatos y las imágenes obtenidas en estas caminatas articular los discursos, percepciones e historia de este barrio quiteño. Por lo que serán una interrelación de tres diferentes recorridos incluyendo en algunos casos reflexiones desde mi propia experiencia etnográfica de la migración cubana frente al espacio de la localidad. Cabe mencionar que fue difícil encontrar vecinos dispuestos a colaborar con la investigación, pues no se mostraron interesados en participar, no me dieron

argumentos en concreto simplemente no contestaban a mis llamadas, así que decidí recurrir a hermanos y conocidos de personas cercanas a mí, como compañeros de la escuela. El criterio de selección se basó en la ubicación de sus domicilios, en tres zonas diferentes del barrio: norte, occidente y oriente con el fin de cubrir varios sectores, a su vez de haber vivido en la localidad por más de veinte años, para poder aprovechar su experiencia espacial vinculada a la memoria y el paso del tiempo en el paisaje. Aquí muestro un mapa del barrio que localiza de manera general al barrio de La Florida.



Fuente: Mapa obtenido de *Google maps*, 2013.

Los vecinos que colaboraron conmigo son Jenny, Pascale y Marco: el primero ubicado al occidente, el segundo al extremo norte y el tercero al oriente del barrio, según los propios límites físicos que describieron los informantes y el lugar específico en donde viven. Los tres vecinos del barrio han residido por más de veinte años en este espacio y conocen desde diferentes perspectivas un mismo espacio. A continuación presento una breve descripción de cada uno de ellos para después hacer un análisis que cruce en conjunto y no de manera independiente las visiones de estos vecinos.

Jenny

Jenny es una artista quiteña que se ha desarrollado en el performance como pionera en el Ecuador además de ser profesora en la Universidad la Católica, tiene 45 años de edad y vive al occidente del barrio a una calle de la Av. Occidental con su pareja en un departamento pequeño adaptado de la casa principal que pertenece a sus padres. Jenny desde que nació habita esa casa ubicada en la calle Sáparos menos una temporada que realizó estudios en el extranjero y otra en que se trasladó al un sector más céntrico de la ciudad.

Pascale

Pascale es una mujer de 37 años que ha adoptado a dos niños, uno de 5 y otro de 7, Camilo y Sebastián respectivamente. Ellos tres viven al norte del barrio, justo al límite con el barrio de Santa Lucía en uno de los primeros edificios que se construyeron en el barrio. En el último piso se ubica su departamento, el cual heredó de su madre, y donde Pascale ha vivido desde los 17 años. Ella es profesora de la Universidad Salesiana en la carrera educación intercultural, dando clases de castellano para poblaciones indígenas. Ha decidido educar a sus hijos bajo un sistema escolarizado guiado por ella misma en casa.

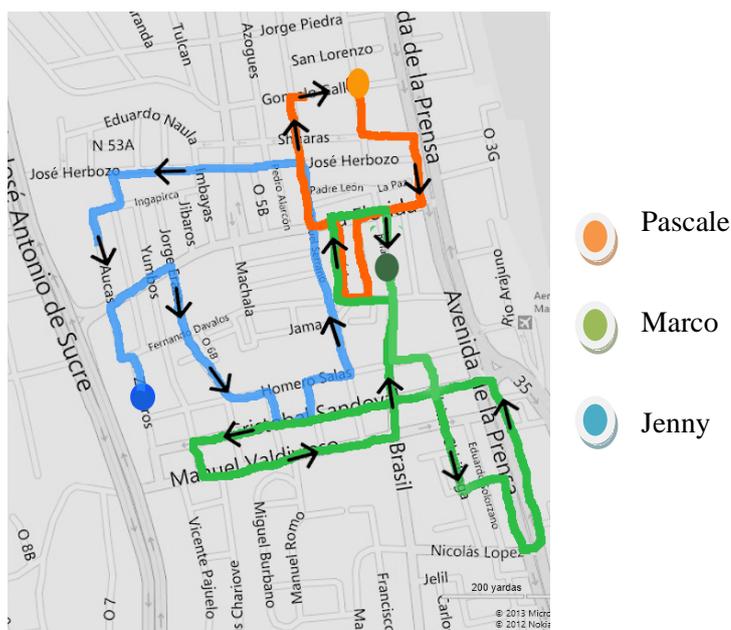
Marco

“Marquito” como prefiere que le llamen, es un entrenador de perros que vive a escasas tres casas del Centro comercial La Florida en la zona oriental del Barrio. Tanto su abuela como su familia nuclear han vivido en esta casa por más de 34 años, edad de Marco. Él realizó estudios en turismo y dedicó varios años a interpretar obras de teatro con títeres.

2.4.1 Mapa de recorridos

De tal forma estos tres informantes y sus caminatas nos permiten contraponer o reafirmar imaginarios del barrio, conocerlo, así, más allá de afincarse en estadísticas y datos oficiales sobre La Florida, entender su configuración desde sus habitantes y conocer a qué tipo de espacio es al que los migrantes cubanos, desde su llegada masiva en 2008 hasta el día de hoy, 2013, es donde han tenido que relacionarse.

A continuación presento un mapa del barrio que muestra los recorridos que realicé con Pascale, Marco y Jenny por este sector. Estos recorridos demarcan los espacios conocidos por ellos, las zonas de consumo que frecuentan, las rutas para acceder al transporte, es decir, les pedí que camináramos por las calles más recurrentes en sus recorridos diarios.



Fuente: Mapa de la autora. Mapa que muestra cada uno de los recorridos realizados por Jenny, Marco y Pascale por el barrio.

2.4.2 La estructura que legitima y organiza el espacio

La estructura del espacio barrial y cómo este representa una cierta clase social permea todos los usos sociales que se ejecutan en este espacio, tan es así que esta organización puede ser leída por los otros y asignar cualidades o defectos desde el propio paisaje. Entonces los migrantes cubanos en comparación con otros grupos migrantes, como los haitianos, se ubicaron en un sector que consideraron de clase media (Sáenz, 2012:80). A continuación esbozo el paisaje de este barrio desde las representaciones de su organización y estructura.

4.4.2.1 Los límites del barrio a través de la clase

El barrio de La Florida ha sido un espacio que ha reunido procesos de migración, Jenny explica cómo desde los orígenes del barrio en 1960 comenzó la llegada de vecinos de la costa de Ecuador (Jenny, 2013). Según los tres vecinos del barrio, la migración no es un fenómeno tan aislado como parece, pues la presencia de colombianos ha sido añeja igualmente, así como de otros orígenes, por ejemplo en el barrio se localizan tres

restaurantes de comida china, llamadas chifas, las cuales dos son propiedades de familias asiáticas que por más de una generación se han dedicado al comercio de la comida en el barrio. A su vez, Pascale cuenta como en su edificio, que fue uno de los primeros del sector han habitado vecinos cubanos, colombianos, haitianos y un grupo de almadies. Al mismo tiempo, en el sector opuesto, el sur del barrio, he podido localizar vecinos de Estados Unidos, Emiratos Árabes y China. Por supuesto, son pequeños grupos de migrantes y no representan por mucho el impacto que ha tenido la llegada de la migración cubana al barrio. Sin embargo, permite entender cómo este paisaje no sólo se ha construido de un imaginario estático de nación ecuatoriana, sino que ha registrado cruces con otras representaciones e identidades.

El barrio de La Florida plantea sus límites desde sus propios habitantes, de tal forma tanto Jenny, Marco y Pascale al vivir en diferentes zonas del barrio establecieron con claridad los límites de este sector según su ubicación de residencia. Es decir, Jenny al vivir al noroccidente establece los límites de sus alrededores. Dibujar los límites del barrio de la Florida es importante porque establece no sólo cómo se estructura el barrio en tanto su ocupación espacial geográfica, sino que marca fronteras simbólicas que reafirman estos límites. Así, los tres vecinos coinciden en que la presencia del aeropuerto es fundamental para la estructuración del barrio, pues debido a esto no se otorgaron permisos para construir edificios altos en el sector. Claro que Pascale añade que actualmente se mantiene esta restricción, pese al cierre de la terminal aérea, debido a la configuración física del terreno la cual es arenosa y no tiene la capacidad de sostener altas construcciones (Pascale, 2013). Al respecto de la nomenclatura de las calles, ésta se divide en dos campos semánticos: al occidente con nombres de tribus como Aukas, Jíbaros, Sáparos y Yumbos (Jenny, 2013) y al oriente con nombres de personajes militares ecuatorianos, como Dávalos, etc. (Pascale, 2013). Los tres coinciden en que el Barrio es denominado La Florida debido a su homónima avenida principal. Sin embargo, Marco hace una aclaración al plantear específicamente la zona en la que vive como un barrio sin nombre, él explica que si bien distritalmente esta zona, justo frente al antiguo aeropuerto, es asignada como el barrio de la Florida, según lo que su madre ha contado no es así:

Este sector no es la Florida, este barrio no tiene nombre, veras, La Concepción es el barrio donde está el parque junto a la iglesia, acá los

que vivíamos enfrente del aeropuerto que no teníamos nombre, y algunos le decían aeropuerto (Marco, 2013).

Sin embargo, admite que hoy en día es considerada La Florida, y que el barrio termina con el antiguo aeropuerto, hacia el oriente. Sobre las demás fronteras, Pascale plantea que los límites al norte con el barrio de la Andalucía es la calle Jorge Piedra, este barrio explica “es mucho menos comercial que la Florida, es otro tipo de vida, la gente es otra, en la parte baja hay mas consultorios médicos” (Pascale, 2013). Cuando le pido que me explique porque son diferentes, parece no querer desarrollar esta idea y dice, “no sé cómo explicar pero es otro tipo” (Pascale, 2013). Si querer imponer una interpretación a esto, me gustaría vincular lo que Jenny dice al respecto del límite sur del barrio, donde señala: “Pasas este barrio y llegas a un barrio super diferente, El Pinar, es mas aniñado¹⁰, con vías más anchas, parece que La Florida estaba planificado con vías más anchas pero la gente tal vez, dice mi viejo, por vender más terreros, las vías se hicieron más angostas” (Jenny, 2013). Esto Jenny lo cuenta con un tono de pérdida puesto que en diversas ocasiones recalca la condición de su barrio como “clase media, media popular” (Jenny, 2013). Lo cual es útil para inferir que las fronteras entre los barrios aledaños se establecen, por lo menos en un nivel simbólico debido, por un supuesto aumento en la categoría social, en donde La Florida está flanqueada por barrios de mayor estatus, lo cual es visible en el propio paisaje urbano, donde se nota como en la frontera sur, las casas son mucho más grandes, la presencia del comercio es menor, las veredas y calles, como indica Jenny, son más amplias. Y en la frontera norte, por el cambio de actividades que se realizan, en vez de haber, restaurantes y peluquerías como en la Florida, existen consultorios médicos, lo cual parece que genera una diferenciación de clase. Balibar explica en su texto cómo las fronteras se demarcan por marcas de distinción social arraigadas en la clase (Balibar, 1997). En las siguientes fotos se ilustra el tipo de paisaje que caracteriza cada uno de los barrios fronterizos con La Florida, en los que si bien comparten los servicios básicos, si hay evidencias visuales y de percepción sobre un cambio de uso social del espacio, los cuáles cobran importancia desde su aspecto visual porque anuncia constantemente las diferencias, entre el cuidados de los parques, la dimensión de las casas, la presencia de grafitis en los muros, el tipo de comercios.

¹⁰Aniñado, es un término coloquial ecuatoriano para asignar una clase social alta.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2013. Barrio de la Concepción al sur del barrio de la Florida.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2013. Barrio de la Andalucía al norte del barrio de la Florida



Fuente: Foto de autora. Quito, 2013. Barrio del Bosque al occidente del barrio de la Florida, con edificios de 15 pisos en promedio.

Lo cual da mayor peso a la percepción de los vecinos sobre la ubicación de los límites del barrio, en contraste con sus límites legales. Balibar explica cómo las personas internalizan las normativas referentes a la nacionalidad y la ciudadanía, por ello la frontera además de ser externa lo es de forma interna (Balibar, 1997). En el siguiente mapa muestro esta diferencia, y cómo en este caso no coincide la frontera legal planteada oficialmente publicada por el Instituto de la Ciudad y las simbólicamente delimitadas por Jenny, Marco y Pascale.



Fuente: Mapa de autora. Mapa que muestra los límites oficiales publicados en la página del Instituto de la Ciudad Quito.



Fuente: Mapa de autora. Mapa que muestra los límites dibujados según el recorrido y la narración de Jenny.



Fuente: Mapa de autora. Mapa que muestra los límites dibujados según el recorrido y la narración de Marco.



Fuente: Mapa de autora. Mapa que muestra los límites dibujados según el recorrido y la narración de Pascale.

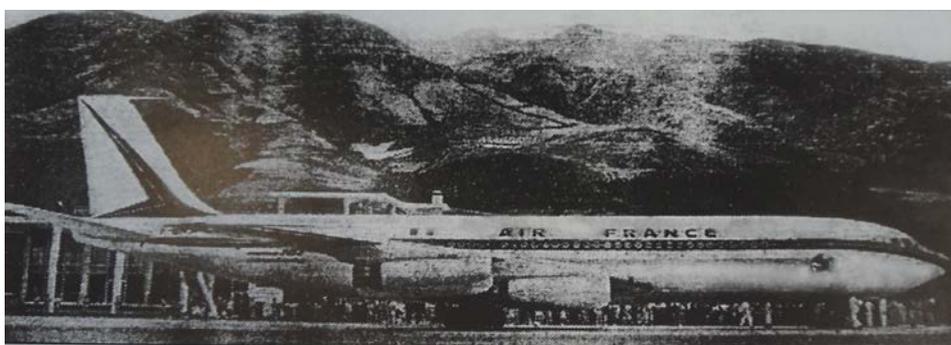
Al comparar los mapas, podemos encontrar como la forma de fronterizar de los tres vecinos es, formalmente hablando, mucho más sencilla, son superficies de espacio más regulares que el esquema planteado por el Instituto de la Ciudad. Además se puede observar cómo hay sutiles diferencias entre cada uno de mapas simbólicos, pues si bien existe un consenso sobre una generalidad acerca de la territorialidad del barrio, sus límites como describí antes, dependen de los recorridos cotidianos sobre el espacio, y de cómo el paisaje significa y diferencia de los otros sectores. Esta diferenciación fronteriza implica igualmente una social. Según lo que cuenta Jenny existe una aspiración a poder aumentar de categoría, ella explica: “En El Pinar sube la plusvalía. Pero yo creo que La Florida se ha mantenido [en la misma clase social] pero dicen que con la nota de que el aeropuerto salió ahora va a subir, por la presencia del parque, que eso será como vivir en La Carolina¹¹” (Jenny, 2013). Curiosamente la presencia del aeropuerto y su influencia con la categoría social del barrio resulta paradójica en el siguiente apartado desarrollo esto con más cuidado. Pero entonces, ¿qué pasa con esta configuración del espacio? Balibar explica cómo esta es la función histórica de una frontera y cómo da cuenta de que, a pesar de que las estructuras institucionales plantean una igualdad en la ciudadanía pues existe un modelo de Ciudad, la segregación se mantiene y lo hace performingo desde los sujetos que habitan el espacio, y aunque parezca sutil esta distinción de clase genera sentimientos de desigualdad, que bien son

¹¹El parque de La Carolina está situado al centro de la ciudad y es considerado uno de los sectores de clase social alta de Quito, puesto que está rodeado de edificios de lujo con oficinas y viviendas con costos muy por encima de La Florida, por ejemplo en julio de 2013, arrendar una habitación en la Florida cuesta alrededor de 150 dólares, en cambio en la Carolina puede subir hasta los 500 dólares.

expresados con Jenny, que a pesar de manifestarse a gusto con “la clase popular” en la que vive continuamente comparó las condiciones entre el barrio vecino el suyo.

2.4.2.2 Comercio y aeropuerto

El barrio de la Florida según la percepción de Jenny, Marco y Pascale, es un barrio de clase media, “popular” (Jenny, 2013) que comenzó a desarrollarse junto a la construcción del antiguo aeropuerto internacional Mariscal Sucre en 1960. Tanto como Marco como Jenny veían la cercanía del aeropuerto, como la posibilidad de acceder a nuevos espacios urbanos, y por tanto una ascensión en la clase social, como la existencia de un centro comercial.



Fuente: El comercio. Quito, 1960. Fotografía que muestra la incorporación de viajes de pasajeros con aviones de propulsión en el aeropuerto mariscal Sucre, al recibir al Boeing 707 de la compañía *Air France* el 24 de julio de 1960 fuente: Luis Pacheco (El comercio, 1960: 1)



Fuente: Foto de autora. Quito, 2013. Fotografía que muestra el mismo paisaje de la imagen superior hoy en día, 2 de agosto de 2013, en el que se observa detrás de la fuente el centro comercial aeropuerto que cuenta con un supermercado Supermaxi y algunas edificaciones de dos y tres niveles. Foto de la autora

Entonces este proceso de urbanización se convirtió para el barrio en símbolo de desarrollo, claro que traería consigo procesos de blanqueamiento y de exclusión social. Según lo que cuenta Jenny, hace más de treinta años, la presencia indígena en el barrio

era mayor, pues descendían de poblados al occidente de La Florida para comerciar sus productos agrícolas. Lo cual hoy por hoy se mantiene en un nivel notablemente menor, e incluso han cambiado sus rutas de accesos a la ciudad, intercambiando la Avenida de la Florida por la calle paralela José Herdozo, en la que pueden pasar desapercibidos (Jenny, 2013). Tanto Ahmed Correa y María Fernanda Sáenz en sus tesis dedicadas a la migración cubana, tocan este tema, vinculando la exclusión del indígena bajo un proyecto modernizador mestizo con procesos de discriminación hacia la migración cubana (Correa, A., 2013; Sáenz, 2012)¹². Este proceso de modernización en el cual la instalación de un aeropuerto marcaba las pautas y reflejaba claramente una promesa de prosperidad y crecimiento en la escala social. Sin embargo para algunos habitantes, el hecho de estar tan cerca del aeropuerto condujo a una transformación opuesta a la esperada. El barrio comenzó a saturar de negocios en algunas de sus calles, como calle Machala y la avenida Florida lo cual es visto actualmente como negativo por algunos vecinos: “La Florida se ha deteriorado debido al incremento comercial, aunque el barrio es de clase media, con todo esto se ha creado una imagen de clase popular, ya no es un barrio residencial, con casas de familia” (Jenny, 2013). Con este testimonio, hilo el sentido aspiracional por ascender en la clase social que se mostró anteriormente al habitar en un barrio rodeado por otros de mayor estatus, en los cuales existe un imaginario sobre un barrio ideal de casas y calles amplias, donde solo habiten familias nucleares y el comercio no opaque esta imagen. Y al parecer la promesa no fue cumplida, Jenny afirma “por el aeropuerto no subió de categoría [el barrio]” (Jenny, 2013). Y en ese sentido se vincula explícitamente la presencia del comercio con el estancamiento de nivel socioeconómico del sector “La Florida se deteriorado un poco, por la nota comercial, es un barrio popular, clase media baja, la nota del comercio hizo una imagen de clase popular” (Jenny, 2013) Kevin Lynch en su libro *La imagen de la ciudad* (1998) explica en un pequeño apartado como el proceso de diferenciación barrial en una ciudad, para empezar es evidente para los ciudadanos que habitan estos espacios, es decir, como Jenny o Marco, saben perfectamente en qué momento al hacer los recorridos su barrio termina, y además explica cómo esta distinción, además de ser étnica, también se configura desde su condición socioeconómica donde “es notable la oportunidad de cambio en el paisaje urbano” (Lynch, 1998: 90).

¹²Para ahondar en este tema puede consultar los trabajos de Ahmed Correa.

2.4.2.3 Tipologías arquitectónicas

Sobre el paisaje del barrio de la Florida se testimonia el papel que ejerce sobre su propio espacio y sus usuarios. Con la llegada del aeropuerto comenzó a edificarse, en la década de 1960, un conjunto de vivienda para trabajadores de la fuerza aérea. En este proyecto se pueden ver una tipología arquitectónica de casa de una sola planta con un pequeño porche al frente. Jenny me muestra como a lo largo de la caminata por el barrio aparecen intermitentemente este tipo de viviendas, ella me las muestra y juntas observamos las transformaciones arquitectónicas que han tenido con el paso de los años. Entonces se identifican tres motivos principales de estas adecuaciones a las viviendas del barrio.

A. Crecimiento de la familia. Jenny en la siguiente fotografía me indica la casa que se ubica frente a su domicilio y me explica cómo diversas familias han aprovechado el espacio del porche, ya sea para convertirlo en garaje o bien para ampliar las habitaciones de la casa. Las casas crecen al mismo tiempo que las familias lo hacen, las nuevas generaciones se quedan a vivir con sus padres y forman sus propias familias en un mismo seno familiar, de tal forma aumentan uno o dos niveles a la construcción para solventar estas condiciones. Claro está que asignar esta adaptación arquitectónica a este crecimiento familiar sólo es posible realizarlo a través del conocimiento de Jenny que conoce quiénes habitan en esta casa y ha observado los momentos de intervención sobre ella, incluso, aunque no me habla de ello la casa que ella habita pasó por el mismo proceso, pues ella reside en el último piso, en un departamento adaptado para mantenerse independiente de la casa de sus padres.



Fuente: Jenny, Quito, 2013. En estas fotografías se identifica la tipología original de las primeras casas del barrio construidas en la década de 1960. Fotografía tomada por Jenny durante el recorrido por el barrio.



Fuente: Jenny, Quito, 2013. En esta imagen se muestra una casa que en un principio tuvo la estructura original de vivienda del barrio la cual ha sido adaptada arquitectónicamente a través de los años. Fotografía tomada por Jenny durante el recorrido por el barrio.

B. Seguridad. Jenny, menciona en su recorrido cómo fueron instalándose en las casas dispositivos de securitización en el barrio de La Florida. Ella menciona cómo éstos se han adaptado a los imaginarios de peligrosidad frente al otro en el simple nivel de los muros que protegen sus casas y menciona:

Ahora se junta la gente cuando hay problemas de robos, ves que la gente se reúne, y se hacen lazos solidarios, y para arreglar esto, pagan un guardia, y cuando nadie quiere pagar, entonces alzan muros, como

enfrente de mi casa, en el transcurso de cuatro meses han levantado casas con muros, por inseguridad (Jenny, 2013).

Este temor de que la casa sea víctima de algún asalto, se refleja en el aumento de altura de las bardas, la instalación de rejas hasta la organización de la alarma comunitaria hace unos tres meses atrás. El tema de la seguridad es abordado más adelante desde el punto de vista de los imaginarios en donde se ahonda sobre cómo los habitantes del barrio han vivido esta situación y cómo ésta misma puede ser matizada por algunos testimonios en su relación con la migración cubana.

C. Arriendo de piezas

Algunas casas del barrio de La Florida, como expliqué antes, se han transformado con los años, como sucede en cualquier barrio de una ciudad que se encuentra en expansión demográfica. Sin embargo en el barrio de La Florida sucede un fenómeno particular, los espacios de las casas se han adecuado para ser arrendados a gente externa a los miembros de la familia. En este apartado describiré este proceso desde dos vías, una gracias a los testimonios de mis tres informantes quiteños del barrio y por una segunda vía que es desde mi propia experiencia al buscar un lugar para arrendar en el sector. Entonces para empezar Marco me señala “En La Florida, las casas son bien adaptadas” (Marco, 2013), me muestra unas casas en la calle de Eduardo Solórzano, como espacios que, por fuera, aparentan ser una sola unidad de vivienda, sin embargo, yo pude entrar a una de estas casas, y por dentro desde el espacio del garaje se subdividen a través de pasillos, tres o cuatro espacios para departamentos más pequeños, los cuales, en su mayoría no tienen buena ventilación ni una iluminación adecuada. Cuando entré a esta casa, supe que una familia ecuatoriana vive al frente y renta los demás departamentos a cubanos.



Fuente: Marco, Quito, 2013. Marco tomó esta fotografía para indicarme el tipo de casa adaptada que arrienda diferentes departamentos anexados que se ubican al fondo del terreno, casa ubicada en la calle Eduardo Solórzano. Fotografía tomada por Marco durante el recorrido por el barrio.



Fuente: Jenny, Quito, 2013. Casa fotografiada por Jenny, que se ubica junto a su vivienda en la calle Sáparos. Fotografía tomada por Jenny durante el recorrido por el barrio.

Al recorrer el barrio con Jenny me explica sobre una de las casas ubicadas en la calle Sáparos.

Si vamos recorriendo se ven casas por ejemplo de estos vecinos que son de la costa y han construido hacia arriba y hacia atrás para arrendar y siempre han sido cubanos los que habitan estos cuartos en los últimos años, aunque claro, siempre están cambiando, no duran mucho (Jenny, 2013).

Marco los denomina “lugares hacinados” (Marco, 2013). Estos relatos cobran más sentido a partir de una propia experiencia que viví dentro del trabajo de campo en el

barrio. En julio de 2012, quise mudarme al barrio de la Florida para poder realizar la etnografía del barrio siendo una vecina más. Busqué en los clasificados del periódico, sin embargo en este espacio, sólo anunciaban departamentos de dos o tres habitaciones o casas completas, lo cual para mí era demasiado. Así decidí recorrer las calles en busca de anuncios o bien preguntando en los locales del sector. Recorrí junto con un amigo que me acompañaba, varios cuartos para arrendar. En esta exploración nos percatamos de las malas condiciones que en general se encuentran los espacios de arriendo, es decir, son espacios evidentemente improvisados arquitectónicamente hablando, que no cuentan con buenas instalaciones de luz o servicios sanitarios. En un caso, en la calle Jíbaros, ni siquiera contaba con ventanas la habitación. A pesar de estas condiciones, los precios no eran bajos de los alquileres, estos oscilaban entre 120 y 180 dólares, lo cual no se ubica en un rango bajo, pensando que estudiantes (como yo) o bien migrantes rentan estos espacios. Al fin después de una semana de búsqueda arrendé por 160 dólares un departamento pequeño en la calle Pedro Alarcón a media calle de la avenida Florida. Este se ubicaba en la planta baja de una casa la cual los dueños, una pareja mayor ecuatoriana, habían adaptado hasta cinco departamentos en la casa principal donde ellos residían. En la planta alta, según lo que me dijo la casera vivía una cubana que en ese momento no estaba porque había ido a Cuba a visitar a sus hijos. Parecía el lugar indicado por su localización y por tener vecinos ecuatorianos y cubanos. Sin embargo a la semana de cerrar el trato, los dueños decidieron deshacerlo y devolverme el dinero del arriendo y garantía por que habían tomado la decisión de ya no rentar más a extranjeros, y sólo tratar a ecuatorianos. Así que busqué un segundo lugar, esta vez encontré en la calle José Serrano, a unos metros del parque de La Florida. Este espacio, era igualmente una casa adaptada, se habían construido dos niveles más y en la planta baja vivían los dueños ecuatorianos. Al fondo se ubicaban seis departamentos pequeños más uno improvisado con muros y techo de lámina en la azotea, espacio que decidí arrendar por 120 dólares. Entre los vecinos llegué a contar ocho cubanos y una madre soltera y su hijo ecuatorianos. Era un lugar insalubre, con poca luz, y en especial muy poca seguridad, finalmente, salí de este espacio un par de días después porque en realidad no contaba con servicios de ducha y el techo parecía iba a venirse abajo en

cualquier momento. Perdí el dinero del arriendo por el mes, y me mudé a un sector más cercano a la escuela, decidí que haría la etnografía con frecuentes visitas al barrio, ya que las residencias en este sector y al alcance de mi presupuesto no habían cumplido condiciones de seguridad. Este caso que narro tiene pertinencia, pues, se cruza con lo que Jenny me cuenta sobre sus vecinos, casa que igualmente arrienda cuartos para cubanos desde hace ya más de cuatro años. Jenny explica “La vecina dice que no ha tenido problemas con ellos [los cubanos], pagan a tiempo, no hacen ningún problema no dañan la casa, y seguramente tampoco le reclaman cosas a ella, tanta gente ha vivido ahí que no sé si haya suficientemente agua para todos. Y en esa casa siempre llegan cubanos” (Jenny, 2013). Entonces, en algunos caso, por lo menos lo que hemos citado, los arrendatarios ecuatorianos sacan provecho de las condiciones en que estamos los migrantes, es decir, no se establecen contratos específicos de arrendamiento que protejan legalmente a ambas partes del trato, de tal forma pueden establecer los precios según la demanda y las condiciones de alojamiento, en las cuales, como señala Jenny, no pueden garantizarse plenamente el abastecimiento de servicios básicos, u otras características de la vivienda. Esto es fundamental, porque parece que la migración, no sólo de Cuba, sino de Colombia, Estados Unidos, Haití, y demás países, ha traído al barrio una posibilidad de generar ingresos económicos con el arrendamiento de viviendas establecidas o bien espacios improvisados. No podemos generalizar que exista un abuso por parte de todos los arrendatarios hacia la comunidad migrante del barrio, sin embargo, tanto el paisaje que muestra una serie de adaptaciones arquitectónicas improvisadas que evidencias malas condiciones de vivienda, como los testimonios, dan cuenta de los cambios en los usos sociales y económicos sobre el espacio de un barrio por el flujo intenso de pobladores.

2.4.3 Los dispositivos incorporados

A partir de la década de 1990, el postestructuralismo desarrolla una teoría, cambiando de paradigma al articularse en la práctica y no en la estructura, en ella, tal como lo plantea Pierre Bourdieu, los actores actúan estratégicamente de acuerdo a *habitus*, el cual está compuesto de significados (Bourdieu, 1991). Actuar estratégicamente propone que la práctica está ligada a la agencia para poder modificar una serie de reglas, las

cuales son débiles, pues se reconfiguran constantemente; Geertz, plantea que las culturas no son coherentes y por consiguiente tampoco lo son sus reglas (Geertz, 2001). En Bourdieu, los actores no son individuos sino forman parte de un grupo, en la que de develan las estratificaciones que la contienen y sus relaciones de poder. En ese sentido el sociólogo explica:

El orden social reposa principalmente en el orden que reina en los cerebros y *habitus*, es decir el organismo en cuanto el grupo se lo ha apropiado y que se ha adaptado de antemano a las exigencias del grupo, funciona como la materialización de la memoria colectiva (Bourdieu, 1991: 89).

De tal forma este concepto nos ayuda a comprender cómo se naturalizan comportamientos en cierto grupo de individuos, en este caso los habitantes que comparte un espacio físico, como un barrio. Bajo términos identitarios e incluso de configuración de nacionalismos se configuran estos *habitus*, que se manifiestan como dispositivos incorporados al cuerpo. Tal como vestir de una forma, caminar siempre por cierto sector, evitar algunos espacios, mirar lo que se debe mirar y viceversa. Así en este acápite se muestran algunos *habitus* hallados en los habitantes del barrio de la Florida, gracias a los recorridos realizados con ellos. En ellos podemos identificar cómo se establecen las fronteras entre los unos y los otros, entre “los del barrio” y los cubanos que a su vez hacen uso de este espacio. A través de lo que llamare prácticas barriales.

2.4.3.1 Prácticas barriales

En los tres recorridos con Marco, Jenny y Pascale, los interrogué sobre qué prácticas barriales, si las hay, les evocan los espacios por los que transitamos. Los tres vecinos hablan de las prácticas barriales o sobre un sentimiento de barrio con cierta nostalgia, narrándome cómo antes se desarrollaban con mayor frecuencia y énfasis festividades y actividades colectivas dentro del espacio público del barrio. Así Jenny cuenta “En algún momento si se vivió la idea de barrio, por ejemplo en las fiestas de Quito, mi mami, los vecinos, hicieron canelazos¹³, bailaban, de eso hace mucho, cuando yo estaba en el colegio, pero la última reunión que hicieron en la calle fue hace seis años, y en esa época se sentía más el sentido de barrio” (Jenny, 2013). Según los testimonios, el imaginario de inseguridad afectó considerablemente la interacción barrial, sin embargo

¹³Bebida popular ecuatoriana preparada con una infusión de agua y frutas como la mora o naranjilla con un poco de destilado de caña.

parece que algunas tradiciones permanecen como la performada en la avenida Florida como un punto estratégico en donde los habitantes del barrio, realizan ciertos ritos locales, como al final de cada año, las llamadas viudas, y la quema de los años viejos¹⁴. En las cuales participan no sólo habitantes quiteños, sino en el caso de la quema del año viejo habitantes colombianos del sector participan del rito, cabe mencionar que esta tradición es compartida por Ecuador y Colombia (Pascale, 2013), y en el caso de las viudas hace dos años que algunos cubanos se han involucrado con esta festividad (Marco, 2013), siendo nueva dentro de sus prácticas culturales. Lo cual resulta significativo como un proceso de asimilación por parte de la migración cubana, que si bien Marco aclara que seguramente participaron por diversión, implica una apertura a nuevas formas de celebración y de consumo en el espacio público.

Otro elemento importante dentro de las prácticas barriales es el deporte. El desarrollo de las ligas de fútbol y basquetbol. Al centro del barrio se ubica el parque de la Florida que tiene una cancha de fútbol rápido y canastas para basquetbol y ahí es donde se realizan los partidos inter-barriales. El imaginario del barrio desde las entrevistas a Jenny y Pascale y preguntas a usuarios del parque es que los cubanos no hacen uso del espacio del parque sin embargo, era necesario entrevistar a alguien más enterado en las actividades de este espacio, de tal forma Marco explica que “Los cubanos juegan basquetbol en el parque Inglés o en el parque de La Florida” (Marco 2013), esto rompe con la idea de una especie de segregación espacial de los cubanos de convivir únicamente en los espacios comerciales donde laboran o consumen productos de índole cubana. Marco añade como este espacio ha sido utilizado desde hace varias décadas para organizar las festividades barriales, Jenny confirma esto, al contar cómo se “armaban las borracheras en el hueco de la cancha” (Jenny, 2013) y Marco relata que “el domingo [30 de junio de 2013] hubo un evento, ecuatorianos y cubanos estaban ahí y veías a todos unidos, vino Damiano¹⁵ a cantar, era un evento de beneficencia para adultos mayores” (Marco, 2013). Esta interacción que se observa en el paisaje barrial entre quiteños y cubanos resalta como procesos explícitos de asimilación de la migración al espacio de La Florida.

¹⁴Las viudas es un tradición quiteña en la cual hombres se disfrazan de mujeres y salen a las calles a pedir dinero a los transeúntes y automovilistas, en cambio la quema del año viejo es un acto simbólico de los sucesos acontecidos durante todo el año materializado en un muñeco de cartón que puede personificar diferentes ámbitos, como un político, un actor, un anciano, etc.

¹⁵Damiano es un cantante ecuatoriano que interpreta las canciones de la selección de fútbol.



Fuente: Jenny, Quito, 2013. Parque “La Florida” fotografiada por Jenny, vista desde su costado sur..

2.4.3.2 El cuerpo llamativo de los cubanos sobre el paisaje

Una de las conclusiones de la tesis de María Fernanda Sáenz es que “la configuración de la identidad se produce a través del cuerpo donde están impresas significaciones sociales, culturales e históricas” (Sáenz, 2012: 76). Hans Belting explica cómo se desconfía de la antropología cuando estudia las imágenes, sin embargo ésta piensa a las imágenes más allá de una visión estética o metafórica, y propone cómo la imagen representa al mundo, por lo que si la imagen cambia es porque algo se ha movilizó en la experiencia del cuerpo y el espacio, entonces las imágenes pueden funcionar como una “historia cultural del cuerpo” (Belting, 2002: 30) En los recorridos por el barrio, Jenny, Marco y Pascale, sin que yo se los solicitara que lo hicieran, fueron identificando y caracterizando a lo que ellos asignaron como transeúntes cubanos que caminaban por las calles de La Florida. De hecho Jenny, con emoción exclama y toma una fotografía “Ahí van dos cubanos, son guapísimos, les reconoces de una. Los distingo por el cuerpo, porque los quiteños no tienen ese cuerpo. Las cubanas, podrían camuflarse en la costa, aunque las quiteñas no tienen ese cuerpo ni esa cara, se notan son más delicadas, como gallegas, se nota la mezcla de español” (Jenny, 2013).



Fuente: Jenny, Quito, 2013. Fotografías tomadas por Jenny durante el recorrido en las cuales quería mostrarme que las parejas que se muestran eran cubanos caminando por el barrio.

Entonces, con este testimonio me pregunto ¿cómo influye la mirada frente a estos cuerpos que afectan el espacio del barrio, que para los quiteños es radicalmente notorio y distinto al suyo? Arianni Batista y María del Carmen Muñoz, en su ensayo *Imaginarios y (auto) representaciones: cubanos en Quito*, explican:

El cuerpo del inmigrante es por excelencia el espacio físico-emotivo sobre el cual se inscriben las transformaciones sensoriales y visuales más notorias, que propicia el nuevo mapa socio-cultural y económico en que se inserta dicho cuerpo. La imagen de la urbe es el desplazamiento, hormigas que se mueven de un sitio a otro, cuerpos que se pierden en el anonimato de la rapidez citadina. El cuerpo del inmigrante se desplaza ahora por estas calles que le son ajenas y necesita reconocer (se) en ellas (Batista y Muñoz, 2011: 1).

Cabe exponer el origen de cada una de las ensayistas, pues es pertinente explicitar cuál es la voz de este estudio: Arianni, es historiadora del arte cubana de la región de Holguín y María, afrodescendiente, es antropóloga de la ciudad de Cali, Colombia. Su condición de migrantes y de provenir de dos de los países más estigmatizados entre los imaginarios de los ecuatorianos hacían mucho más cercana la experiencia de discriminación étnica y racial, que desglosan en su estudio. Más adelante ahondaremos en sus percepciones para vincularlas a la experiencia de mis informantes.

En los recorridos por el barrio Jenny menciona “Siempre que subía ya sentías la presencia de ellos [cubanos]” (Jenny, 2013). Las corporeidades quiteñas de clase media no sólo del barrio La Florida se han establecido bajo las marcas identitarias de un proceso de construcción de nación, en la que se establecen a través de los años, los *habitus*, y se naturalizan comportamientos y representaciones, en este caso corporales. Este sentido de identidad plasmado en el cuerpo resulta el parámetro para la distinción

con el otro “La presencia de la comunidad cubana ha hecho reproducir el sentido regionalista de otredad, del extraño interno ahora asociada en “cubanos y cubanas” (Sáenz, 2012: 76).

En el barrio “La Florida, el andar apresurado y la cadencia de los cuerpos al desplazarse y la gesticulación amplia y elocuente entre otros, eran *grosso* modo su criterio de reconocimiento, en correspondencia con un imaginario local que sobre el cubano se ha construido” (Batista y Muñoz, 2011: 1). Esto lo confirma la imagen que Jenny ha construido sobre diferentes formas de “ser cubano” y me explica cómo ella realizó un viaje a Cuba para asistir a un curso de arte en La Habana, su estancia no muy larga pero hizo amistades y, desde su percepción, conoció más allá de Cuba para turistas. Esta experiencia hacía que Jenny hiciera una distinción entre los cubanos habaneros y los de provincia y se mostrara en ese sentido una paradoja, pues para ella “Los cubanos que vienen acá son más de pueblo” (Jenny, 2013) y esta diferenciación la basa en la siguiente descripción:

Se nota en su educación, a pesar de que en Cuba todos tienen acceso a la educación, pero se nota en su forma de vestir, de comportarse, que no es un cubano de La Habana, [hace la aclaración] bueno yo también fui a lugares intelectuales de artistas y eso es otra onda, pero creo que viene mucha gente de provincia. Cuando estuve allá la gente era super abierta para abordarte lo que no hacemos los quiteños, los cubanos son super abiertos a interesarse a un diálogo, abierta al mundo (Jenny, 2013).

Esta experiencia e imaginario resultaba paradójico para Jenny cuando me explicaba que ella no ha desarrollado ninguna amistad o relación con los vecinos cubanos que habitan cerca de su casa. De hecho me explica que son la pareja de jóvenes cubanos que residen en la casa de un costado pasan cortas temporadas ahí, lo cual impide aun más el contacto, además de que al parecer en el transcurso de los 5 años de mayor afluencia de esta migración al barrio, según palabras de la madre de Jenny “nunca saludan” (madre de Jenny, 2013). Elemento sutil, pero muy significativo para la comunidad que considera esta ausencia de “buenos modales” frenan la posibilidad de mayor interacción.

Se pueden reconocer dos ejes de autoreconocimiento. La primera es la categorización de cómo es el cubano y el quiteño en relación a sus diferencias. En este sentido el cubano posee una identidad unitaria. La segunda en el sentido de las prácticas

culturales o comportamientos. Entonces no sólo se construye una idea sobre la visualidad de la migración cubana en Quito “con muchos colores, aunque mayormente tanto hombres como mujeres usan mucha ropa blanca” (Batista y Muñoz, 2011: 1) “siempre tunean sus carros, si tunean sus jeans, te vas a Pelileo que es la capital del jeans y te juro que no hay esos jeans, acá en Ecuador no existen, esos jeans, los traen de Cuba, para la gente de Cuba” (Marco, 2013). En este último testimonio, Marco hace explícita la negación de poder verse como el otro, pues le resulta imposible concebir que la moda que porta el cubano cliché la porte un ecuatoriano, cuando se sabe que muchos cubanos adquieren ropa para su propio uso y para vender en el mercado de Ipiiales al centro de Quito:

En los Mercados de Ipiiales, o en los mercados de la Bahía de Guayaquil, pueden encontrarse a los cubanos llevando grandes bolsos a cuestras, generalmente en pequeños grupos de más de dos, tanto hombres como mujeres, procedentes de varias regiones del país, *chopingtankeando*, o sea, comprando mercaderías en grandes cantidades y renegociando mejores precios (Correa, 2013: 127).

George Simmel plantea como los cambios en la moda se establecen de acuerdo a un proceso mimético de un estilo por las clases bajas y la respectiva necesidad de distinguirse de las altas al abandonar dicho estilo, es decir, la moda permite plantear las fronteras de clase entre grupos sociales (Simmel, 1999: 39). Aquí cabe ligar esta delimitación con los establecimientos de esencialismos culturales, pues si bien Simmel es muy reductivo en su planteamiento, para este caso podemos aplicar su postura. De tal forma que a pesar de que teóricamente dichos esencialismos han sido profundamente cuestionados, en la configuración del paisaje se establecen criterios unitarios sobre la identidad cubana y la ecuatoriana, de hecho, esa es la función de los estereotipos, uniformar escenarios múltiples, que si bien, son necesarios para ciertas comprensiones generales, es necesario entender su impacto dentro de la representación y cómo éstos se convierten en *habitus*. Stuart Hall explica:

En realidad las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no “quiénes somos” o “de dónde venimos” sino en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos. Las identidades, en consecuencia, se constituyen dentro de la representación y no fuera de ella (Hall, 2003:17-18).

Las tensiones ocasionadas, entonces en la negociación entre las representaciones visuales y los comportamiento negociación, parece ser inherente en la constante configuración de identidades, más aún cuando éstas se enfrentan a otras diferenciadas, como es el caso de los migrantes cubanos al llegar al Ecuador. Ha sido imposible en ese sentido encontrar una estrategia o formulación de los cubanos frente a este proceso, puesto que existen los que afirman que no han cambiado su forma de vestir entre Cuba y Ecuador (Bernardo, 2011), donde el ceder es sinónimo de renunciar a esa identidad construida en la distancia y a la que se hace necesario aferrarse como sentido de pertenencia a un espacio ausente. O bien los cubanos que cambian su estilo de vestir y de comportarse según el espacio donde tengan que performar (Eric, 2011), que puede ser entendido como estrategias de asimilación con el nuevo contexto de residencia, para obtener mejores oportunidades de inserción social y laboral. En todo caso, parece ser que siempre hay un cruce entre ambas y permite en cierta medida una deconstrucción de cómo se articula la representación y autorepresentación tanto de las identidades cubanas como ecuatorianas. Finalmente son las tensiones que se tejen con la fronterización entre unos y otros y los canales de distinción que se dan entre ellos.

2.4.4 Los imaginarios

Los imaginarios sobre el barrio de la Florida los he podido identificar desde dos posiciones, una externa y la otra desde el interior del barrio. La primera, la más fuerte, es el imaginario construido desde la gente que no habita el barrio, tanto cubanos como ecuatorianos, y es como relaté en el primer capítulo una de las puntas del iceberg que hicieron me interesara por este sector para la investigación de la migración cubana. Estos imaginarios desde afuera, los he podido identificar en medios masivos de comunicación, como diarios El Comercio, Hoy, etc., con entrevistas a ecuatorianos y cubanos que no viven ni hacen un uso frecuente de este espacio de la ciudad. En cambio existen otros imaginarios desde los propios usuarios del espacio de La Florida, desde sus habitantes hasta las personas que no habitan ahí, pero si laboran en este espacio diariamente. Entonces trataremos de entrecruzar estos dos flancos, que no siempre se contradicen, pero que sin embargo nos ofrecen un panorama más amplio sobre cómo se articula la experiencia del barrio en tanto espacio para algunos migrantes cubanos.

2.4.4.1 La supuesta peligrosidad del barrio

Uno de los ejes discursivos que atraviesa los imaginarios, tanto desde afuera como desde adentro, es el de la peligrosidad que trae consigo la migración cubana a la ciudad de Quito. Alex Valle como parte de sus conclusiones en su tesis sobre la migración cubana explica:

Las representaciones sociales se han transmitido en acciones concretas que han reforzado los imaginarios sobre la población cubana. Temas como la supuesta peligrosidad se han traducido en acciones institucionales como: operativos policiales, deportaciones, exclusiones; por otra parte, las acciones de la sociedad ecuatoriana sobre la población cubana se refleja en actos como: negación de empleos, negación de acceso a la vivienda, negación de créditos, entre otros (Valle, 2012:103).

Este es un tema que ha penetrado como un imaginario en la sociedad ecuatoriana, tanto así que el presidente Rafael Correa dedicó parte de su informe semanal a aclarar la implicación el aumento de delitos en el país con el flujo migratorio de extranjeros al Ecuador. En su enlace ciudadano número 267, del 14 de abril de 2012 desde la ciudad de Cutuglagua, expresó:

He pedido un estudio interinstitucional, estadístico, y aquí están los resultados, compañeros, veo ahora los resultados la estadística no refuerza, no verifica la hipótesis de que aquí [Ecuador] no hay mayor criminalidad por parte de los extranjeros desde que tenemos la política de puertas abiertas, aquí señores la verdad. A derribar los mitos urbanos (...) En el 2011 la cantidad de presos extranjeros era menor que en el 2006 así que no puede ser la política de eliminación de visas lo que originó el problema, sino más bien fue cierta laxitud en aplicar penas graves que incitó a una mayor cantidad de delitos en total en la población y en particular en la población extranjera en el país (Correa, R., 2012).

Entonces es posible observar la penetración de los imaginarios sobre el fenómeno de la inseguridad y la migración. Jenny me relataba como en numerosas ocasiones al tomar taxis hacia su casa, los conductores le hablaban de lo inseguro que es el sector (Jenny, 2013). Sobre estos discursos externos de peligrosidad sobre el barrio, Ahmed Correa explica “La existencia de estas percepciones y actitudes, están limitando las posibilidades de integración entre migrantes y sociedad de acogida. Evidentemente la complejidad de este escenario no puede ser entendida en los términos binarios de la relación víctima/victimario” (Correa, A., 2013: 65). Al parecer estos imaginarios han penetrado de tal forma que incluso algunos casos de nuevos migrantes cubanos que

llegan al Ecuador, coinciden con una idea negativa con respecto a sus antecesores (Valle, 2012:103). Sin embargo existen otras percepciones más allá de las estigmatizadas sobre este tema que permiten contrastar estos discursos y los cuales son los que me interesa resaltar. Los cambios que, por lo menos en el espacio de la Florida, se han generado con la llegada de los cubanos, no siempre son vistos como negativos y como detonadores de la delincuencia. Por ejemplo, Marco asegura que gracias a la presencia de la migración al barrio, éste ha aumentado su sensación de seguridad, puesto que el número y movimiento de transeúntes en las calles es mayor, existen lazos entre los cubanos, lo que hace que todos se conozcan, lo cual genera una percepción opuesta a un espacio desolado óptimo para algún ataque “sobre asaltos nunca ha pasado nada con cubanos, más bien el barrio se ha relajado, ahora hay vida nocturna y callejera y por eso ha disminuido la inseguridad” (Marco, 2013). Esto resulta un hallazgo que permite heterogeneizar los imaginarios que existen de la migración cubana y que son construidos desde el interior del barrio, desde vecinos, como Marco quien vive en el sector más poblado de cubanos del Barrio y donde se encuentra la mayor densidad de locales comerciales de cubanos, entre la calle Paz y Miño y la calle del Supermaxi de la Florida.

2.4.4.2 Los migrantes cubanos desde afuera del barrio

Ahora bien, la migración cubana y su impacto en el paisaje del barrio me trajo a esta investigación y a lo largo de más de un año de trabajo de campo pude percatarme que se configura una distinción de miradas sobre este fenómeno. ¿A qué me refiero? Existen dos maneras de ver a la migración cubana del barrio: la primera por los propios habitantes del barrio, tanto cubanos como ecuatorianos y la segunda por los cubanos y ecuatorianos que viven fuera de él. Me pareció relevante hacer esta distinción porque ayuda a conocer los propios estereotipos y estigmas de los migrantes cubanos entre sí, y poder ver los matices que se dan desde la mirada del adentro del barrio y del afuera.

Para el trabajo de campo me entrevisté con varios cubanos que no son vecinos del barrio ni trabajan en él. Realicé entrevistas con Bernardo y Eric, quienes en 2011 migraron a los Estados Unidos por no poder legalizarse en Ecuador; Daniel, que se ha insertado en el mundo de la ingeniería en Quito; Dannel, hermano de Daniel, que trabaja como mesero en la cafetería de FLACSO; y mantuve conversaciones informales con Lili, Maiquel y Romina, ellos tres compañeros estudiantes del programa de posgrado de

FLACSO-Ecuador. Durante estas conversaciones resaltaron algunos imaginarios sobre el tipo de migrante cubano que vive en La Florida. Todos ellos, conocían la existencia del barrio, sólo tres lo habían frecuentado, dos Bernardo y Dannel para enviar paquetes a Cuba, y Maiquel para consumir comida cubana en el restaurante Aché de la Flaka. Bernardo me cuenta explícitamente que evitó ir a vivir a la Florida por temor a ser detenido por la policía, en conocimiento de la redadas que se realizaron, especialmente en el año 2010 (Bernardo, 2011). Los demás residen en otros sectores, por la cercanía a sus centros de estudio o laboral. Todos ellos compartían un imaginario sobre las características del cubano del barrio de La Florida, coinciden con que éstos no cuentan con una formación educativa profesional, y por tanto, busca sus oportunidades de trabajo en el comercio y bajo el apoyo de redes sociales entre cubanos, y esto resulta en menores oportunidades de trabajo e inserción social en el país de acogida, pues limita sus posibilidades de obtener una visa 12-ix, y con ello acceder a otro tipo de trabajo mejor remunerado y fuera del ámbito comercial. Estos testimonios con frecuencia reiteran discursos políticamente correctos frente a sus congéneres, sin embargo en algunas ocasiones, frente al nuevo escenario migratorio que se anunciaba en enero de 2013 por los cambios de legislación migratoria en Cuba, que habría mayores posibilidades legales para los cubanos a salir de su país, al respecto Romina señalaba que con estas nuevas políticas “la escoria” de Cuba saldría del país, para conservar así los elementos de más alto nivel educativo para desarrollar el programa del gobierno cubano (observación participante, 2013). En otra ocasión, en el marco de una inauguración de pintura en julio de 2013, Lilí, expresaría, sin conocer el barrio de la Florida, que los cubanos que van para allá, son los “poco capacitados”, “los que venden ropa”. De hecho Ahmed Correa, compañero cubano de sociología que realizó su tesis sobre la situación laboral de los migrantes cubanos en Ecuador, explicaba cómo su hermano realiza frecuentes viajes de Cuba a Quito para comprar ropa y computadoras y venderlas en la isla. Y que sobre esto su hermano prefería decir que el “vendía computadoras”, pues existe un estigma acerca de quién vende únicamente ropa, en un sentido peyorativo. Por lo que el objeto, la ropa, funciona como un reflejo identitario, sobre cómo se construye el imaginario de ser un cierto tipo de cubano. Esto hace evidente que la distinción entre tipos de migrantes cubanos no sólo es dada por condiciones legales e instituciones, sino por la propia comunidad y su capital cultural, y

que incluso estos grupos más altamente calificados no se relaciona con los migrantes que se ubican en el barrio de la Florida, donde encontramos que los cubanos llegados en la segunda y tercera ola migratoria que laboran en los locales de la calle Paz Miño, algunos sí cuentan con estudios de enfermería, como en el caso de Sonia; estudios universitarios en turismo de Luisa; estudios en relaciones internacionales aduanales de Pipo; y claro existen otros que como Luis que viene de la milicia como alternativa para capacitarse en instrumentos de percusión. Es decir, la población cubana del barrio, es mucha más heterogénea de lo que marca el imaginario y esta brecha a mi modo de ver, reduce las posibilidades de convivencia entre diversos sectores de la migración instalada en la ciudad de Quito. Pues si bien, se conoce que hay un sector donde se reúnen los cubanos en La Florida, no representa para algunos cubanos un espacio de encuentro identitario, por diferencias de capital cultural y de clase.

2.5 A manera de conclusión

Para cerrar este capítulo me gustaría recalcar ciertas ideas en relación a la construcción de identidad cubana y quiteña hilada al espacio del barrio de La Florida. Para ello hay que considerar las nociones de clase en la articulación de la mirada desde los vecinos ecuatorianos del barrio. Las cuales atraviesan un deseo de superación en cómo se representa el barrio, es decir, con el traslado del aeropuerto a las afueras de la ciudad, la promesa de progreso se desvaneció, dejando un hueco en el cual me parece juega un papel fundamental la presencia de la migración cubana. La mirada en cómo se ve al otro se articula desde la clase. Esta forma de mirar hacia afuera, constituye condiciones para la distinción del otro, en donde se categorizan los cuerpos, los edificios, el espacio a transitar. De tal forma se establecen fronteras que señalen quien es quien en el barrio. Entonces éstas sostienen circunstancias denigrantes para los “otros”, los cubanos, pues bajo esta aspiración construida desde una visión nacionalista moderna, la discriminación y abuso respecto a las condiciones de vivienda de los cubanos, o bien hacia en un señalamiento de un “otro” desconocido.

Por lo que podríamos pensar que el barrio constituye un paisaje estático anclado en la promesa de modernidad, el cual muta internamente desde un fenómeno económico basado en la clandestinidad, donde existe un beneficio monetario gracias a la presencia de la migración cubana dentro del barrio, pero que si embargo, no permea aún el discurso narrativo de quiénes son vecinos y cómo se articulan las prácticas barriales

entre ambos grupos. Es decir, a pesar de que algunos habitantes cubanos del barrio tienen más de dos años en el sector y participan de la cotidianeidad del barrio (año nuevo, juegos de basquetbol, asistencia en actividades recreativas) aún el imaginario sobre una identidad estereotipada acerca del cubano prevalece. En este caso, el paisaje funge como una evidencia de los acercamientos entre los cubanos y ecuatorianos, que si bien se traslucen bajo una pantalla de no asimilación, comienza a existir fracturas en las fronteras tanto físicas (como el uso del parque por parte de la comunidad cubana) como simbólicas, como el hecho de que las nuevas generaciones de quiteños que viven en el sector inician una relación menos prejuiciada, por lo que dichas experiencias resultan un puente de procesos de asimilación dentro del barrio.

CAPÍTULO III

LAS HUELLAS DE LA MIGRACIÓN CUBANA

EN EL PAISAJE URBANO DEL BARRIO DE LA FLORIDA

En este capítulo, a través del concepto de paisaje y de huellas visuales sobre el espacio, se cuestiona una supuesta denominación del barrio de la Florida como el “barrio cubano” de la ciudad de Quito. En ello, se discute sobre cómo se representa la “cubaneidad” sobre el paisaje y bajo qué condiciones particulares se manifiesta y las dinámicas sociales en torno a ellas, siempre en una correlación espacio-tiempo. La representación visual será el detonante de cuestionamiento alrededor de un arraigo de los migrantes cubanos al espacio del barrio y cómo éstos se configuran en el paisaje. Marcela Pinilla en su trabajo titulado “Las representaciones gráficas de niños como metodología de investigación en un contexto rural de violencia armada en Colombia” (Pinilla, 2006) utiliza el dibujo como herramienta metodológica, su interés es cómo la representación funciona como un “código icónico el cual está internamente dotado de un patrón que se inscribe en un universo mayor que también posee un patrón, es decir la cultura o alguna parte de ella” (Pinilla, 2006: 145). El dibujo, así como la fotografía y el video están incorporados dentro de un universo cultural que dota de significado, y así mismo su contenido posee información sobre la cultura que lo contiene. Es decir, de qué manera las representaciones visuales nos ofrecen elementos distintos ante la palabra escrita o hablada “si bien el lenguaje verbal es el artificio semiótico más potente que el hombre conoce, existen otros artificios capaces de abarcar porciones del espacio semántico general que la lengua hablada no siempre consigue tocar” (Garavaglia citado en Pinilla, 2006: 144). Esto es fundamental frente a este grupo de estudio que se encuentra inmerso en situaciones de ilegalidad o bien enfrentándose a procesos de asimilación en el Ecuador, puesto que al cuestionar a varios de mis informantes sobre las tensiones y las fronteras que existen en el barrio bajo su condición de migrantes cubanos, las respuestas suelen ser de evasión. Esto contradujo la hipótesis de que al ser mi voz igualmente extranjera y migrante (mexicana) los informantes accederían con mayor facilidad a ser entrevistados frente a una grabadora. Puesto que yo era una persona nueva en el barrio, y a pesar de ser bien recibida, siempre existió cautela de parte de algunos de los cubanos frente a temas de migración, pues sabían que yo me encontraba estudiando la situación barrial, y mostraban desconfianza, pues notaba cómo

en muchos casos se apartaban para hablar de negocios o trámites legales. Finalmente yo era una desconocida y no era cubana. Ante tal situación, las herramientas visuales posibilitaron otros vehículos para poder investigar su situación en el espacio barrial. En ese sentido, en este capítulo la metodología planteada no sólo incluyó la investigación etnográfica tradicional de entrevistas y observación participante, sino que se apoya en tres herramientas adicionales: el video: en un formato de *time lapse* y un formato de anuncio-testimonio; la fotografía panorámica y el mapeo de huellas visuales de una supuesta “cubaneidad”. Todos sustentados como medios de representación visual, los cuales se plantean como una metodología alternativa a los métodos tradicionales de investigación en las ciencias sociales. Tanto el mapeo, como la fotografía y el video, asignadas como imágenes etnográficas servirán para poder identificar “lo cubano” en el espacio del paisaje del barrio de la Florida. Éstas aparecen en muchos casos en forma de estereotipos, con ello me interesa poder dibujar las fronteras alrededor de la representación de un paisaje barrial.

3.1 Mapeo de la “cubanitud” en el barrio

Entre el año 2008 y 2011 los medios de comunicación asignaron al Barrio de la Florida como “La pequeña Habana” (*el país.com*, 2010) “Cuba andina” (*El telégrafo.com*, 2011); la revista Vistazo que refiere “Como nunca antes hay una entrada masiva de cubanos al Ecuador. Por una paradoja, quienes se afincan en Quito escogieron el barrio La Florida, al noroccidente del aeropuerto como su nueva residencia” (Vistazo, 2009); o bien el artículo del Telégrafo del 21 de mayo de 2011 al expresar “el barrio La Florida se ha convertido en un nuevo hogar para miles de inmigrantes cubanos. La evocación de la principal comunidad cubana en el exterior se hace inevitable” (Telégrafo 2011). Actualmente, en el año 2013, en el barrio de la Florida aún habitan y trabajan migrantes cubanos, en condiciones legales e ilegales¹⁶. Debido a esta irregularidad este barrio ha sido escenario de diversas “redadas” policiales (Correa, A., 2013: 8). Esto ha impactado en el número de cubanos que habitan el barrio así como su tiempo de residencia en éste, pues para algunos recién llegados los rumores sobre el riesgo hacia la captura y

¹⁶No hay cifras oficiales que sumen el número de cubanos en condiciones legales e ilegales en la ciudad de Quito, sin embargo sabemos que según el Censo de 2010, del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos la población cubana representa la quinta población inmigrante en Ecuador, con una total de 6 717 habitantes censados.

consecuentemente su deportación, provoca evitar la residencia en este sector (Daniel, 2013). Por lo que ha disminuido la cantidad de cubanos que tras su ingreso a la ciudad se alojan en La Florida (Bernardo, 2012a). Pese a que la visibilidad de esta comunidad prevalece sólo en algunas zonas comerciales del barrio. Los imaginarios urbanos mantienen la relación de este sector como un barrio cubano, como mencionó en entrevista Jenny habitante de La Florida, al relatar cómo los taxistas refieren continuamente a esta vinculación sectorial (Jenny, 2013).

Este panorama dio pie a cuestionar la denominación de “barrio cubano” al sector de La Florida, utilizando una metodología visual para poder observar la materialización de la presencia de migrantes cubanos en el paisaje del barrio, de tal forma indagar si esta denominación “barrio cubano” se ha convertido en un estigma o lo es en relación a sus habitantes, sus experiencias y sus prácticas. Al respecto Ahmed Correa afirma que:

Su reconocimiento como barrio cubano, y por tanto, la acentuación simbólica de sus fronteras, es el resultado de las dinámicas de inserción/exclusión, donde la identidad constituye un recurso en la confrontación. Evidenciando el carácter performativo, dinámico y estratégico de la identidad, esta es acentuada y utilizada como parte de la disputa por la inserción social; expresada no solo en el cuerpo, sino también haciéndola visible en el espacio (Correa, A., 2013:18).

Estas fronteras son reconocibles en el espacio, sin embargo se cuestiona ¿De qué manera se manifiestan las fronteras entre la comunidad cubana y la quiteña en el barrio? Ante el cuestionamiento registré fotográficamente huellas visibles explícitas de la migración cubana en el barrio de La Florida, es decir, estas marcas se observaron desde lo que el paisaje puede ofrecer a la mirada del caminante del barrio desde donde se visibilizan peluquerías, tiendas de ropa y calzado y salones de juegos en manos de propietarios cubanos así como restaurantes de comida cubana. Ante este proceder es necesario que plantee qué es una huella visual y su implicación como metodología en este capítulo de la investigación.

3.2 La huella visual

Ante las preocupaciones de considerar a la imagen como certidumbre de la realidad, se propone utilizar a la huella no como elemento de veracidad, sino como una impronta que resguarda en su registro elementos que no podrían ser elucidados a simple vista. Así

plantear a la huella visual como una imagen etnográfica la cual ofrece la textualización que ocurre al representar al “otro”. En la teoría semiológica que Charles Peirce (1986) propone, el índice en contraste con el signo, que es una semejanza o imitación del objeto que representa, se distingue por tener un vínculo real de lo que hace referencia, es decir, indica algo sobre el objeto al cual se refiere y siempre hay una conexión física con éste. La huella es tal vez el ejemplo más claro de un signo indexical y se explica “como operador existencial que interrelaciona la imagen, la historia y la memoria” (Wahlberg, 2000: 251). La huella justamente por estas cualidades ha sido utilizada como un disparador de narrativas pues apunta a mostrar las posibilidades sociales y significativas del trazo, la evidencia sobre el espacio. De alguna manera podría uno ir coleccionando arqueológicamente estas huellas sobre un espacio específico de la ciudad para reconstruir todo lo que queda invisible tras la marca de algo que fue visible, tal como pretendo identificar en el paisaje del barrio de La Florida, la cual desde hace cinco años ha registrado huellas que plantean la memoria del paso de la migración cubana en él.

La fenomenología francesa que se caracteriza por un enfoque sobre la percepción, la memoria y la imaginación, a través de autores como Jean Paul Sartre (2006), Emmanuel Levinas (2000), Paul Ricoeur (1999) y Roland Barthes (2009) se interesarían por el término de la huella (*la trace*) para incluir la relación entre materialidad y experiencia en el ámbito semiótico. Levinas, por ejemplo, en su texto *La huella del otro*, usaría la figura de la huella como metáfora intersubjetiva para vincular la experiencia del pasado y las del presente. Esta perspectiva plantearía a la huella como “un objeto intencional cuyo modo de ser es equivalente a su función como inscripción del pasado en el presente” (Wahlberg, 2000: 254).

La fenomenología y la huella tienen uno de sus ecos más importantes en la fotografía. No sólo porque mecánicamente implica la huella de la luz sobre un papel fotosensible sino también implica un dispositivo que traza un momento del tiempo pasado. Roland Barthes en su texto dedicado a la fotografía *La cámara lúcida* de 1980, plantearía a este medio como huella de la realidad (Barthes, 2009). Levinas explica cómo desde el pensamiento Griego la visión se relacionó con el saber. Por lo tanto todo lo iluminado y por lo tanto visible podía ser aprehendido. Por el contrario la sombra, la traza de aquello por conocer, impedía su conocimiento. A esto se le denominó la

metáfora heliológica, haciendo relación al sol como fuente de luz para el saber (Sartre, 2006). Levinas cuestionará este paradigma y planteará a la huella, a través de la sombra, de lo que no es la presencia original, sino su marca la posibilidad de ver lo invisible y privilegiar esta condición para la comprensión del pasado y la experiencia. Por lo tanto acerca la idea de la huella con la idea del otro. Como otro que la presencia. Y en esa materialidad de lo invisible radica lo siniestro:

El signo no logra apresarla, la huella escapa al significado y por lo tanto pertenece al orden de lo siniestro, lo familiar que aparece inesperadamente-. La -siniestra- huella perturba inexorablemente el orden del mundo, porque escapa a la presencia y es el eco de una ausencia: significa sin hacer aparecer (Ravinovich citado en Levinas, 2000: 23).

Entonces la huella permite el encuentro del otro “un extranjero que me ha revelado mi extranjería al abrirme a mí mismo, huella del Otro en el rostro del otro que significa lo extraordinario” (Ravinovich, 2000: 28). De tal forma la fenomenología nos abre un campo para la investigación a partir del vestigio. Walter Benjamin sería pionero en la recuperación arqueológica de huellas sobre la ciudad. David Frisby sobre la imagen del *flâneur*, planteado por Benjamin, encuentra un tipo de ciudadano espacial que rescata dentro de la nueva definición del hombre urbano, la posibilidad de desarrollar habilidades críticas frente a su propia condición (Benjamin, 1989). Frisby argumenta que “el flâneur como observador no puede ser reducido al espectador pasivo (...) la actividad de la observación vigilante en la metrópoli moderna es un método multifacético para aprehender y leer los complejos e innumerables significantes del laberinto de la modernidad.” (Frisby, 2007: 52). En el cine, la narración fílmica, las imágenes de archivo, las fotografías, la grabación sonora pueden evocar la presencia de la huella desde los actos testimoniales y las posibilidades fílmicas de cartografiar marcas y cicatrices en los cuerpos y en los paisajes para no sólo representar a la huella, al significado del rastro sino conducirnos a la memoria y el pasado. Paul Ricoeur propone estas huellas como una alternativa para contar la historia, en las que las experiencias del pasado encuentran otra posibilidad a la historicista para introducir microperspectivas (Ricoeur, 1999). Justamente por la cualidad de la huella para mostrar “los conflictos invisibles y las relaciones complejas que siempre se esconden bajo la apariencia coherente” (Wahlberg, 2000: 261).

Y es a lo que Barthes apuntaba con su noción de *punctum* en *La cámara lúcida* donde propone a la fotografía como una huella reveladora de un pasado que permite ver más de lo que la propia imagen representa, es decir, la luz y la sombra (Barthes, 2009). Por lo tanto la huella en este caso podría verse como la indicación de algo que ha sido mientras que el significado de ese “ha sido” no está dado del todo. Implica para empezar que no hay dos personas que perciban de forma precisamente visual la misma realidad ni dos grupos sociales que hagan exactamente la misma valoración de su medio (Tuan, 2007). A partir de la huella se abre el pasado histórico y los significados que se han modificado según su la actitud que se presente frente a ella. Sartre en ese sentido explicaría en *La imaginación* como los significados se transforman continuamente (Sartre, 2006) por lo tanto lo que importa es el proceso que convierte la huella en signo. Esto es pasar de un trazo aparentemente imperceptible en el tiempo a uno sujeto a un contexto y temporalidad específica, es una negociación constante entre la huella (sea fotografía, audio, cine, dibujo) y el significado y éste da énfasis a los procesos pragmáticos por los cuales la imagen se convierte en memoria. En la investigación *Entre el ir y venir de los objetos: objetos que nos hablan de la migración* Karla Ballesteros antropóloga visual explica cómo sobre los objetos de los migrantes se impregnan las huellas de los sujetos a través de su materialidad se presenta la ausencia (Ballesteros, 2012). Es decir, la huella genera un aura de lo ausente (Huysen, 2001), y estas huellas se alojan en el paisaje, no sólo como escenario de contemplación sino como un campo de acción. Horacio Capel, geógrafo español, explica como “el paisaje es una especie de palimpsesto como un manuscrito que conserva huellas de una escritura anterior, hay en él partes que se borran y se reescriben o reutilizan” (Capel, 2002: 20). Por ello, el uso de huellas visuales para construir una lectura sobre el barrio de La Florida, como se planeta más adelante, nos ofrece comprender cómo se amalgaman los imaginarios y estereotipos en el interés de comprender el paisaje.

3.3 Las huellas visuales y el paisaje

Es necesario distinguir la cualidad que nos ofrece el uso del concepto de paisaje frente a las metodologías visuales (como la fotografía o el video en tanto vehículo de registro de huellas visuales) aisladas de una representación del espacio de inserción social en el que se ubican. En ese sentido el paisaje construye una red, tal como se planteó en el

Coloquio de *Urban History Group*, celebrado en 1966, en el que el medievalista G. H. Martin, dibuja al paisaje como una trama y urdimbre (Capel, 2002: 58). Además hay que considerar este tejido unido a una experiencia de temporalidad. El tiempo es vertebral para poder establecer una representación paisajística. El paisaje nunca es estático. En *Mil mesetas* Gilles Deleuze y Félix Guattari, en su ensayo “1837: Del Ritornelo” (2002), asumen al ritmo como la estrategia para ordenar el caos del espacio que nos circunda. Describen varios ejemplos de cómo la presencia de ritmo en ciertas acciones en el espacio, otorga un orden y concede a éste la categoría de territorio. Es decir, un ama de casa canturrea una canción frente a las incontables actividades cotidianas que debe realizar, etc. Ambos autores explican la configuración de un paisaje, a través de una negociación entre el medio y el ritmo. Para ellos la noción del medio nunca es unitaria, se da entre espacios interiores, exteriores e intermedios y en su conjunción se genera un bloque de espacio –tiempo (Deleuze, G y F. Guattari, 2002). Y en ese sentido el ritmo es la amalgama entre estos espacios. Incluso aseveran como esta indicación rítmica tiene una función territorial, como por ejemplo cuando un pájaro canta su trino para designar territorialmente su entorno. En este sentido la idea de ritmo para configurar un espacio cultural, es decir un paisaje urbano determinado, resulta una metáfora para analizar las huellas visuales halladas en el paisaje del barrio de La Florida. Tal como sucede con la presencia de locales comerciales con propaganda que muestra imágenes de Cuba de forma intermitente a los largo de varias calles del barrio, las cuales rompen un “silencio paisajístico” pues irrumpen el paisaje de un barrio quiteño. Para este estudio las huellas de la migración cubana en el paisaje del barrio de la Florida permiten no sólo obtener un registro fotográfico de estas marcas, como vestigios visuales de lo que fue, sino también como un dominio imaginario en el que el tiempo histórico es evocado como experiencia. Dentro de la cual la respuesta afectiva o no afectiva del observador, del que vuelve a experimentar la huella es fundamental. Por lo que es importante distinguir dos momentos y espacios uno de la inscripción de la huella y el momento de la experimentación e interpretación. Por lo tanto, el paisaje es útil como depositario de las huellas de los habitantes del barrio como de sus transeúntes, pero también, como resultado de ciertas condiciones históricas, geográficas y sociales. Tal como lo explica David Harvey, espacio de la ciudad entendido como la relación dialéctica entre “procesos sociales” y las “formas espaciales” (Harvey, 2007).

3.4 Las huellas visuales del barrio La Florida

Las huellas visuales de lo cubano, se distinguieron de muchas otras que se perciben en un paisaje heterogéneo, a través de un proceso de discriminación basado en un campo semántico vinculado a Cuba, es decir, algunas huellas se identificaron al tener inscritas las palabras: Cuba, isla, Habana, Fidel, cubanos, “aché”, etc. O bien al mostrar imágenes de mapas de Cuba, la bandera de Cuba. Hay que tomar en cuenta el contexto del espacio barrial el cual tiene un uso por parte de los migrantes residencial y comercial, por lo que esta selección de huellas se encuentra permeada por dichas condiciones de acción sobre el paisaje. A continuación se muestran seis ejemplos de las treinta y dos huellas que se hallaron como “imágenes de cubaneidad”.



Estética *Kategoría may* con la mención “estilistas internacionales” donde laboran cuatro mujeres cubanas ubicada en la avenida Florida.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Tienda de ropa "Cubanito con estilo" ubicado en la calle Jaime Chiriboga



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Avisos para llamar por teléfono a Cuba ubicado en la calle Paz y Miño



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Letrero que ofrece viajes a La Habana y a Nicaragua adherido a un poste ubicado en la esquina de Av. Florida y Rafael Cuervo.

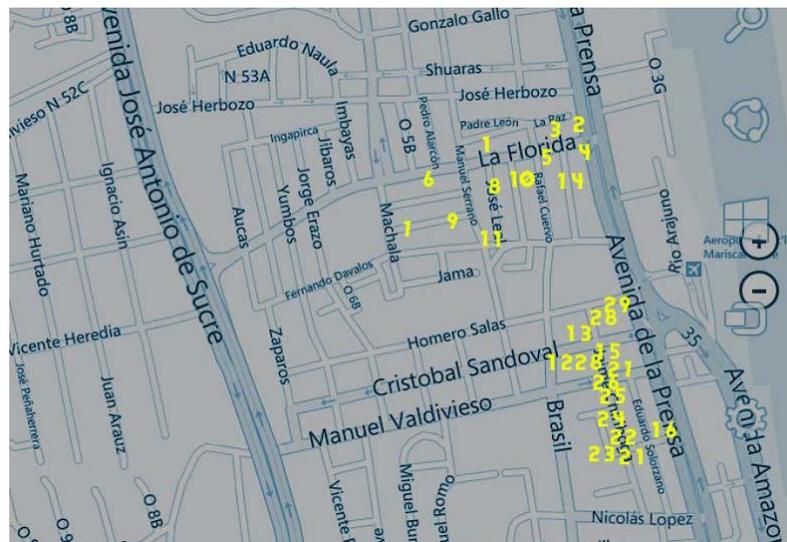


Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Tienda de ropa *Mi Havana* ubicada en la calle Jaime Chiriboga.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Letrero en agencia de viajes “viajes a Cuba” ubicada en la calle Fernando Dávalos

Las “huellas visuales de la cubaneidad” se trazaron en un mapa del barrio, para poder conocer la densidad de éstas marcas. En el mapa que a continuación aparece se presenta la concentración de estas huellas en el trazado del barrio, en el que resaltan dos zonas. Esta imagen permite visibilizar el ritmo, del que Deleuze y Guattari plantean como ordenador del espacio caótico, en que se delimitan espacios, cómo se evidencian para relacionarlos entre sí, de tal forma encontrar significados y funciones en común.



Fuente: Mapa de autora. Mapa con huellas visuales de la migración cubana en el barrio de la Florida, Quito 19 de enero 2013. Los números que aparecen enumeran las huellas que fui encontrando en ese sector del barrio hasta el número 30.

En el mapa se identifican dos sectores densificados por las huellas fotografiadas, una ubicada en la Avenida La Florida y la otra alrededor de la calle Paz y Miño. Al analizar cada una de estas huellas, cuál era su función dentro del espacio, encontramos que de 32 imágenes: dos se referían a avisos de prestación de servicios; tres representaban grafitis con posturas a favor de Fidel Castro o bien discriminando la llegada de cubanos al Ecuador; y las 27 restantes estaban vinculadas al ámbito comercial. Lefebvre explica que el proceso de apropiación del espacio como valor de uso, supone una reconfiguración que puede expresarse de diferentes formas (Lefebvre, 1978).

Estas imágenes se pensaron en primera instancia como huellas indexicales. Sin embargo, en las fotografías tomadas en el barrio de La Florida, al analizarlas se observó que más que huellas indexicales, conformaban imágenes icónicas, es decir, que representan directamente o explícitamente lo que muestran. Su presencia no nos hablaba de una ausencia, sino que al contrario nos hablan de “Cubaneidad” de forma evidente, de la presencia explícita de lo cubano. Y cómo nos advierte Derrida (1987), frente a su postura crítica sobre la visión semiológica, estas huellas podrían ser más bien una serie de máscaras. Al respecto el antropólogo visual Jay Ruby aclara la posición analítica frente a la imagen:

Los antropólogos visuales han contribuido en este movimiento con sus análisis de la práctica fotográfica histórica como un comportamiento cultural (Ruby, 1988; Edwards, 1992) y con los estudios etnográficos de prácticas locales, como fotografías instantáneas (Musello, 1980). Estos estudios tienen una mirada acerca de las condiciones de producción y consumo, por lo tanto el significado de las imágenes puede comprenderse como algo negociado más que fijo (Ruby, 1996: 157).

Jordi Grau ha manifestado la preocupación frente al uso metodológico del audiovisual como medio de registro de algún evento significativo, bajo el riesgo de convertir este dato etnográfico en un “*souvenir* de campo” (Grau, 2005) que lo único que logra es folklorizar al campo generando un efecto contrario: en vez de profundizar frente a los datos etnográficos se realiza una lectura frívola, Grau llama a esto “la postal etnográfica” (Grau, 2005) pues las fotografías o video, en este caso de estudio pueden sólo reflejar los estereotipos que caracterizan la cultura cubana y no mostrar más allá. Por lo tanto hay que considerar que la huella podría verse como la indicación de algo que ha sido mientras que el significado de ese “ha sido” no está dado del todo. Horacio

Sabarots en su estudio *La construcción de estereotipos en base a inmigrantes "legales" e "ilegales" en Argentina* explica en relación a la construcción de estereotipos:

Los estereotipos sociales se refieren a las imágenes simplificadas y generalizadoras que se construyen alrededor de determinados colectivos y se generan mediante la dinámica de los prejuicios, en tanto "...sistemas de valores, juicios totalizadores más o menos coherentes que tienden a dar sentido a la acción humana de una manera simple y generalizadora, favoreciendo la creación de estereotipos sociales. Están relacionados con la esfera afectiva de los individuos, siendo más materia de fe, de creencia, que una evaluación objetiva del entorno" (Mazetelle y Sabarots, 1994:360).

Tal descripción de las imágenes estereotipadas coincide con los elementos fotografiados, de tal forma se vincula a Cuba “el sabor cubano”, una idea sobre la cultura cubana que responde a una exotización de la comida y a una manera de performar de los mismos cubanos. Desde su alimentación hasta la forma de vestir. Las dos imágenes siguientes reflejan esa simplificación acerca de una identidad cubana, en ambos casos se distingue lo cubano, ya sea por su sabor en el ámbito gastronómico como en la forma de vestir de los cubanos.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012.
Letrero “El rico sabor cubano” a en la calle
Fernando Dávalos



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012.
Letrero “Cubanito con estilo, ropa para
Cuba”

Cabe aclarar que los estereotipos pueden ser positivos o negativos. Cuando éstos están envueltos de una valoración negativa se les denomina también estigma (Goffman, 2006). Se articulan por un conjunto de características que denigran a quien lo porta o representa, es cuando se justifica un trato diferenciado frente ellos desde otros grupos (Guber, 2001).

El enfoque que propone Saborots, que permite no enfocarse únicamente al análisis de la conformación de las identidades étnicas, sino que plantea un acercamiento teórico desde las visiones de autores como Bastide (1973), Wiewiorka (1992) o Wacquant (2001), en las que el estereotipo está vinculado a lo microsocioal, a la forma en que se articulan los mecanismos constructores de estereotipos; permite pensar que el análisis visual de estos íconos cubanos presentes desde la fotografía en el paisaje nos develan ciertas estrategias de los propietarios por atraer a un público o consumidor empático con los elementos de discriminación positiva sobre Cuba, como la comida cubana. Esta estrategia no es desarrollada únicamente por los cubanos en el barrio, sino que colombianos y chinos en el mismo sector, también con elementos estereotípicos de su lugar de origen atraen clientes a sus restaurantes, como el uso escenográfico en las fachadas de las llamadas “chifas” restaurantes de comida china en Ecuador, en el que visualmente se aprovechan características visuales de la arquitectura religiosa China de una pagoda. Ante este panorama, sin querer negar estos rasgos visuales de “cubaneidad” nos preguntamos si estos íconos son suficientes para poder adjudicar que el barrio de La Florida, es un “barrio de cubanos” como se ha instaurado en el imaginario. En seguida presento con mayor detalle qué función social muestran estas huellas visuales en las dos zonas más concentradas del barrio según el mapeo antes presentado.

3.5 El paisaje comercial del barrio

Ahmed Correa afirma que La Florida, constituye un testimonio espacial de las tensiones y limitaciones en el proceso de inserción de migrantes cubanos en la ciudad de Quito (Correa, A., 2013). Como el mapa de las imágenes tomadas nos lo demuestra, las imágenes de cubaneidad están estrechamente relacionadas al comercio. Por lo que se observa la potencialidad de articulación social que tiene esta actividad en este barrio en relación a los migrantes cubanos. El arquitecto italiano Luca Galofaro, plantea una analogía entre el proceso de territorialización y el de intervención en el paisaje, “Cuando se intervienen los ritmos y los medios del paisaje se propone evidenciar o anular límites (...) no hacen más que intentar territorializar un lugar determinado” (Galofardo, 2003: 60). Desde el ritmo que marca esta visualidad de lo cubano en el paisaje del barrio, se establece una estrecha relación entre lo comercial y lo espacial.

Antes de tomar las fotografías de lo “cubano” en las fachadas de algunos locales de barrio, solicité autorización a los dueños o empleados de los establecimientos, lo cual me permitió conocer si en ellos laboraban cubanos o ecuatorianos o bien era un personal mixto. De los 27 registros, sólo un caso refería a un local atendido por personal ecuatoriano, RTC (envíos de dinero y paquetería). En los demás negocios, por lo menos un cubano trabajaba, en algunos casos pude constatar que los dueños del establecimiento eran igualmente originarios de Cuba, cuando algún tendero los llamaba o hacía referencia de ello, como en la agencia de viajes Vuela Libre; la tiendas de ropa Mi Havana; los restaurantes de comida cubana La Yabo, Aché de la Flaka, El rico sabor cubano; y la peluquería Elisa.

Gracias quince meses de observación participante se constataron los continuos flujos de personal que laboran en estos establecimientos. Algunos empleados han permanecido en sus puestos durante este lapso de tiempo, como el caso de Luisa y Pipo, sin embargo otros rotan prematuramente debido a su pronta migración hacia los Estados Unidos (otros se quedan más de los 11 meses y 29 días que les permite el gobierno Ecuatoriano y algunos más no esperan y parten en cuanto consiguen los contactos y el dinero para poder establecer los circuitos de migración hacia el norte (Bernardo, 2012a), como el caso de Karen y Daysi, dos jóvenes cubanas que trabajaron menos de dos meses en el restaurante de comida cubana Aché de la Flaka de la calle Cristóbal Sandoval. O bien, el caso de René, de alrededor 45 años, que trabajaba como payaso en los buses de la avenida de la Prensa que permaneció solamente cuatro meses en el Ecuador. En este contexto es necesario plantear al barrio de La Florida como lo propone el modelo de Ernest Burgess como una “zona de transición” (Burgess, 2008). Este esquema se basa en divisiones espaciales concéntricas de la ciudad que demarca jerarquías en relación con la cercanía o distancia en relación el centro de la urbe, de tal forma distingue una zona de lujo o central, una zona de transición, una zona de vivienda obrera y por último una zona residencial. Hoy en día la esta configuración espacial de las ciudades ha cambiado y no obedece estrictamente a esta organización radial, por el contrario el geógrafo político, Edward Soja considera que el espacio es más bien rizomático y construido de un mosaico (Soja, 2008). Sin embargo, la denominación espacial “zona de transición” resulta útil, en tanto que es móvil y dependiente de los círculos de integración o dispersión de los migrantes con el espacio como con los

habitantes, en nuestro caso, entre los quiteños y sus prácticas culturales. Esto puede a su vez explicar en parte por qué Appadurai en *La producción de lo local* (2001), plantea a lo local inmerso en procesos transnacionales, es decir, por un lado que los vínculos sociales pueden prescindir de un emplazamiento físico y por el otro el mundo de hoy en constante negociación cultural y social por la convivencia de diversas nacionalidades, ambas resultado de los procesos de la globalización y Soja diría que sería resultado del cambio de paradigma económico neoliberal (Soja, 2008). Appadurai en su definición de lo local explica:

Entiendo lo local como algo primariamente relacional y contextual, en vez de algo espacial o una mera cuestión de escala. Lo entiendo como una cualidad fenomenológica compleja, constituida por una serie de relaciones entre un sentido de la inmediatez social, las tecnologías de la interacción social y la relatividad de los contextos (Appadurai, 2001:187).

Y agregaría que lo local se situaría dentro de la realidad espacial en forma de “vecindarios” dentro del espacio físico o virtual (Appadurai, 2001). En ese sentido después de tomar las fotografías de las evidencias físicas de la migración cubana en el barrio, se observaron otro tipo de relaciones: las redes sociales acotadas alrededor de las propias huellas halladas.

3.5.1 La calle Paz y Miño

En diversos estudios sobre vecindarios en Latinoamérica con Oscar Lewis (1961) y Larissa Lomnitz (1975), se establecerían ciertos paradigmas de análisis relacionados a grupos migratorios, marginalidad y pobreza. Lomnitz en 1975 realiza su estudio *Cómo sobreviven los marginados*, una década después de que Oscar Lewis presentara su libro sobre la pobreza en cinco estudios de caso en diversas familias mexicanas. Lomnitz al analizar la condición de marginalidad de vecindades, en Chile y México, cuestiona los planteamientos del antropólogo acerca de una cultura sobre la pobreza basada en su materialidad y en el sistema de valores de las familias estudiadas al explicar la deficiencia en el análisis de los procesos de organización y estructuración económica. Que en su caso, traería como conclusión la observación de la configuración de redes sociales particulares en los grupos marginales.

A pesar de muchas críticas, ambos estudios mantienen una gran estrechez por su afinamiento en las microhistorias. Rompiendo con la aplicación de modelos generalistas sobre la población urbana y sus migrantes, son resultado de largos periodos etnográficos que implicaron generar propias redes entre los investigadores y los informantes. Lo cual justamente es lo que Lomnitz aprovecha para identificar minuciosamente las redes sociales, modelo de análisis venido del pensamiento británico. La definición estructural de la marginalidad que da la autora refiere “por la ausencia de un rol económico articulado con el sistema de producción industrial (Lomnitz, 1975: 17). Dentro del cual se generarían estrategias de transacciones para el intercambio de bienes y servicios a través de tres niveles: el intercambio de mercado, la redistribución de bienes y la reciprocidad. Todos ellos articulados en redes de parentesco o vínculos con vecinos anclados en diferentes niveles de confianza entre ellos. Con ello Lomnitz mostraría la separación entre la condición marginal y la de pobreza, que en todo caso no son dependientes la una de la otra, y cambiaría la percepción sobre los modos de vida de los grupos marginales de pensarlos como sobrevivencia a pensarlos como sobrevivencia.

Explica la autora que la subsistencia implica en un intercambio precario de mano de obra contra dinero y la sobrevivencia se basa en los intersticios y posibilidades para obtener bienes y servicios. El caso de Lomnitz es necesario para entender cómo se establecen las fronteras a partir de ciertos rangos de marginalidad y segregación social. De ahí poder observar los elementos desarrollados por los propios migrantes con las zonas comerciales del barrio de la Florida, en este caso el ubicado en la calle Paz y Miño. Y podemos aplicar algunas de las condiciones que para Lomnitz identifican al marginado, con ciertas condiciones del migrante cubano hoy en día en el Ecuador, éstas se establecen por:

(...) la falta de seguridad social y económica. Tanto los trabajadores no calificados como los calificados, trabajan a trato o por jornada; no se encuentran adscritos a organizaciones públicas o privadas de ninguna índole. Como, por otra parte, su rol como consumidores es limitado por su bajo nivel de ingresos, y sobre todo por la inestabilidad de sus fuentes de entradas, puede decirse que participan en forma marginal, en la economía industrial dominante (Lomnitz, 1975: 16).

Ahora bien, no todos los migrantes cubanos se encuentran en esta condición marginal, pero si un número que frecuenta o habita la zona de la Paz y Miño. Y establecen “modalidades económicas diferentes para subsistir y para sobrevivir” (Lomnitz, 1975: 11). Éstas son visibles a través del trabajo etnográfico que nos devela las redes sociales que han construido y cómo se articulan con un flujo constante de migrantes. En esta investigación se ha podido observar la generación de estrategias de transacciones para el intercambio de bienes y servicios a través de tres niveles: el intercambio de mercado, la redistribución de bienes y la reciprocidad. Por ejemplo, Daniel es un migrante cubano que llegó al Ecuador en noviembre del 2012, a siete meses de su estadía en la ciudad de Quito, a pesar de no vivir en el barrio de la Florida si ha visitado el barrio “a recoger un encargo” (Daniel, 2013). Si el Estado no ofrece los elementos de bienestar social, la propia comunidad los provee a través de la reciprocidad de favores y la restitución. Todos ellos articulados en redes de parentesco o vínculos con vecinos migrantes cubanos también anclados en diferentes niveles de confianza entre ellos. Y justamente estas prácticas se convierten en cotidianas, desde la perspectiva de Michel De Certeau, pues hace un parte aguas con el término cotidiano alejándolo de su concepción de rutinario para plantearlo como las prácticas permanentes que hacen a lo importante accionarse (De Certeau, 1996). Tal y como sucede en esta calle, especialmente los sábados, existe una afluencia de cubanos notoria. Algunos llegan en automóviles propios, otros por medio del trolebús. Los cubanos no sólo llegan y hacen alguna compra rápida. Al contrario, saludan de local en local, para después consumir algo de comida en alguno de los restaurantes, algunos compran malanga, otros adquieren chorizo especial que fabrican en la carnicería de dueños cubanos y la mayoría consume el típico azucarado café cubano. Entre una y dos horas es el tiempo promedio que permanecen en este sector. Lo que demuestra que no sólo es un espacio de consumo.

3.5.1.1 Panorámica de la calle Paz y Miño

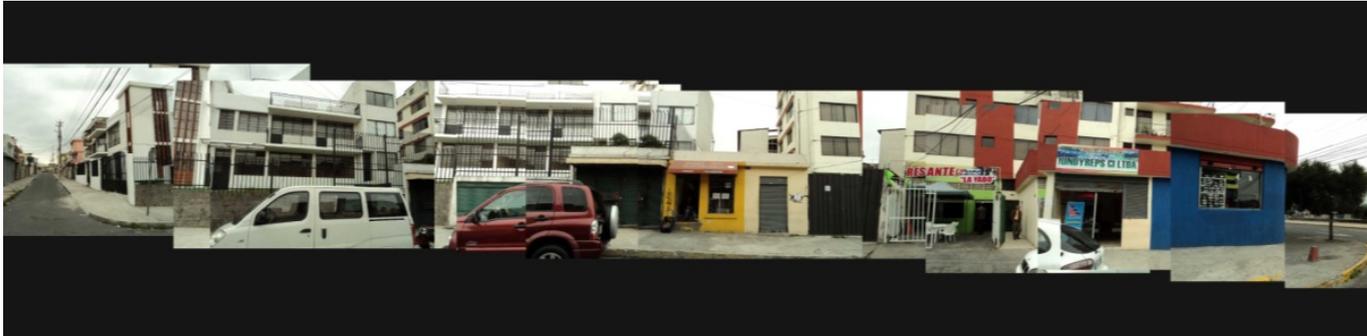
Durante más de un año recorrí esta corta calle, la Paz y Miño. La visité tres veces por semana durante el trabajo de campo. Era una zona con comercios. La primera vez que lo visité seis de ellos abrían de lunes a sábado: una carnicería, un sitio de internet, tres restaurantes de comida cubana, los cuales eran atendidos y visitados por cubanos; y en la esquina occidental hay un restaurante de comida ecuatoriana, que no era atendido ni visitado por cubanos. Uno de los restaurantes cubanos cerró a los tres meses y después

de mantenerse así durante dos meses, abrió nuevamente sus puertas para vender un tubérculo típico de la gastronomía cubana, la malanga, la cual al parecer se cultiva y trae desde Santo Domingo, Ecuador. Después de la primera semana de trabajo de campo decidí comenzar con la primera entrevista, así que elegí a Ricardo, el cuidador de coches de esta vía. Él es un adulto entre los 50 y 55 años de edad, es muy amable. Pensé que al laborar en la vía podría comprender las dinámicas de este espacio y quienes habitaban en él. Entonces, le pedí ayuda para mi investigación. Solicité su autorización para hacerle una entrevista y grabarla en audio mientras paseábamos por esta calle comercial. Así mientras yo fotografiaba panorámicamente el recorrido, él tomó la grabadora de audio mientras conversábamos. La imagen resultante de esta caminata originó una panorámica, que se construyó gracias a la suma continua de fotografías de las fachadas de las casas y comercios de la calle Paz y Miño, recorriéndola a lo largo de toda su longitud. Por lo que en la imagen podemos observar tanto su costado sur a la izquierda de la imagen como su lado norte a la derecha. Al principio pensé que Ricardo era cubano pues el acento que tenía al hablar era bastante parecido, sin embargo durante la caminata Ricardo me relató que su origen es colombiano, que tiene 55 años de edad, y que había llegado a trabajar a esta calle hacía siete meses. Durante este tiempo Ricardo ha llegado a conocer quiénes habitan y trabajan en este sector. Así que su testimonio resultó muy útil para entender, cómo se configuraba este pequeño paisaje.

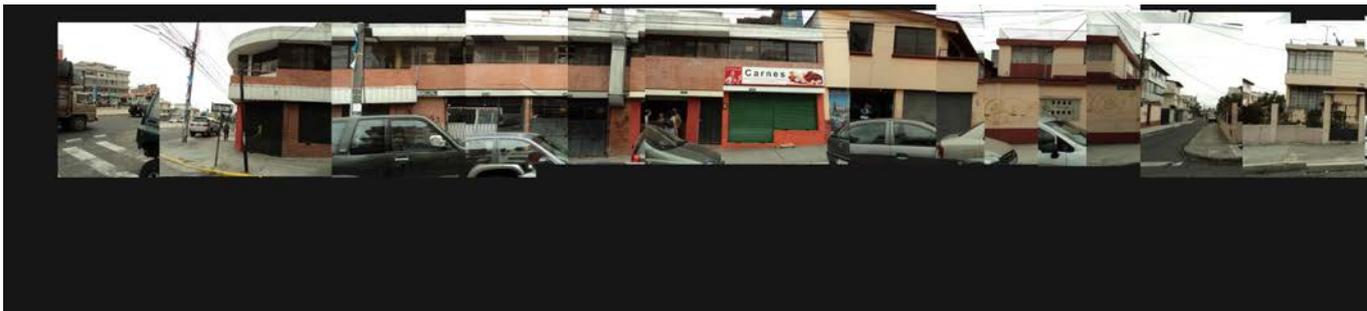
La imagen panorámica que se presenta a continuación se empleó como una estrategia que permite desdoblarse el espacio hacia una linealidad narrativa acompañada del testimonio, para poder identificar elementos que no son perceptibles con la mirada, sino únicamente a través del recorrido. Este tipo de dispositivo visual permite, desde el Renacimiento, ampliar la visión de los límites de la capacidad física de percibir con el fin de construir una representación, característica el paisaje, acumulativa de la realidad (Jervaise, 2003). La panorámica construye una relación espacio-temporal-secuencial. Es decir, esta imagen permite comprender el espacio no sólo sucesivamente como en un recorrido sino simultáneamente, pues en una sola imagen se compacta toda la longitud de la calle y sus fachadas. Lo cual permitió acceder a un conocimiento entre la configuración física-arquitectónica del sector como también a saber quiénes habitan dentro de ella.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Panorámica de la calle Paz y Miño



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Detalle 1 de la panorámica de la calle Paz y Miño costado norte.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Detalle 2 de la panorámica de la calle Paz y Miño costado sur.

Gracias al registro continuo de todas las construcciones que conforman el paisaje de la calle, Ricardo fue narrándome de quien eran los locales y quienes residían en las viviendas que aparecían en las imágenes. Ahí se pudo constatar que no sólo viven ecuatorianos y cubanos, sino personas de otras nacionalidades: un árabe, un estadounidense y unos chinos (Ricardo, 2012). Por lo que la migración es más amplia de lo que el imaginario plantea sobre este sector. Los negocios salvo dos, que son de dueños de ecuatorianos, pertenecen a cubanos. Appadurai nos dice que lo local se viste de paisajes étnicos “en la medida en que suponen los proyectos étnicos de los Otros” (Appadurai, 2001: 192). Y este fenómeno lo enmarca en condiciones específicas de finales del siglo XX:

La idea del paisaje étnico podría ser particularmente relevante en esta última parte del siglo XX, cuando el movimiento humano, la volatilidad de las imágenes y las actividades de los Estados-nación vinculadas a la producción consciente de las identidades inyectan en la vida social un carácter fundamentalmente inestable y dependiente del lugar desde donde se mira (Appadurai, 2001: 192).

Ante este panorama, Edward Soja replantea este paisaje étnico, o en sus propias palabras esta nueva geografía de la etnicidad en las que las dicotomías clásicas de raza/ género/ clase con las que se ha estudiado la desigualdad urbana, deben ampliarse e hibridarse para plantearnos un panorama mucho más complejo e integrado, en forma de “mosaico étnico” (Soja, 2008: 378). Explica la profunda conexión entre la globalización, la inmigración, las tecnologías digitales y los procesos de desindustrialización de las postciudades y cómo en ellas, según algunos casos en Los Ángeles y Nueva York se han dado procesos de integración étnicos dentro de los vecindarios a través de estrategias de comercio o bien de los matrimonios interétnicos. Es interesante, notar el contraste entre el resultado de la variedad étnica que confluye en esta pequeña calle y su apariencia material. Si únicamente observáramos la panorámica encontraríamos un barrio quiteño, que salvo tres letreros que evidencian la presencia de migración cubana, no explicita este múltiple paisaje étnico. Por ejemplo la arquitectura, no contiene influencias estéticas de otros estilos diferentes a los establecidos en el barrio. Incluso el día en que se tomó las fotografías había muy poca afluencia de cubanos en las veredas, por lo que el paisaje muestra un muy calmado ambiente. Esta

panorámica formalmente invisibiliza la variedad étnica de las personas que habitan en ella, por lo que es fundamental comprender cómo el paisaje del barrio oculta y muestra elementos de acuerdo al discurso plasmado en él. Es decir, Ricardo me habló como migrante de las personas con las que él se desenvuelve y conoce como cuidador de coches en esta calle, sin embargo, el no me narró las tensiones barriales que se suceden ante los vecinos, me decía: “todo es muy tranquilo aquí” (Ricardo, 2012). Considero que Ricardo protegía su trabajo y prefería ser muy neutral en sus comentarios. Siempre lo fue, durante los siguientes meses del trabajo de campo seguimos en contacto, y se mantuvo prudente y gentil con todos sus comentarios. A continuación presento a dos de mis informantes cubanos principales Pipo y Luisa, los cuales ayudan a conocer más sobre las dinámicas sociales que se suceden en esta calle el barrio de La Florida.

3.5.1.2 Pipo y Luisa

Uno de los locales de la calle Paz y Miño del barrio no tiene letrero ni aviso. Ahí se venden productos cubanos: cigarros, ron, trapos de limpieza y un pequeño menú de comida cubana entre lo que se encuentran las “torticas” o “la masa real” que son postres al estilo de la cocina cubana. Este es un negocio familiar donde laboran Pipo, el padre; su hija Marisa, cocinando en casa los productos a vender como pequeñas porciones de espagueti, y su esposo Migue. Además atiende el local Luisa, que ha ayudado a venir al Ecuador a su primo y a su ahijado Alan. En este establecimiento, además de vender y consumir los productos del propio local, se efectúan transacciones de comercio más pequeñas independientes de las inherentes al negocio formal, como la venta de pantalones, maquillaje, además de ser el lugar de canje para realizar los intercambios establecidos entre ellos. Un ejemplo es Mary, una cubana que vende tamales cubanos y transita los locales del barrio de La Florida, quien permanece entre dos y tres horas en este local pues ahí la esperan para hacer sus pedidos y entregar la mercancía. Este es un lugar de negociación. Es un lugar muy pequeño de escasos doce metros cuadrados que tiene una barra al frente con cinco bancas altas; al fondo dos refrigeradores, uno para refrescos y otro para comida queso, jamón, ingredientes para elaborar pizzas y sánduches. Una pintura descuidada, ningún adorno particular describen esta habitación.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Local de comida y venta de productos cubanos sin letrero, ubicado en la calle Paz y Miño

Pipo y Luisa trabajaban en este local. Al final de la investigación Pipo se mudó a laborar a un restaurante de almuerzos a unos 20 metros. Mientras trabajaban juntos se coordinaban para preparar los alimentos y el café estilo cubano, muy fuerte y con mucha azúcar. Pipo es un hombre mayor alrededor de 62 años de edad, trabajó en asuntos aduanales en Cuba, lo cual le permitió viajar y conocer otros países incluido México, de donde vengo yo. Esto daba pie a largas conversaciones sobre la historia de México, la cultura y el puerto de Veracruz. Pipo es una persona con un bagaje cultural amplio, conoce de literatura, de historia, de música y se ha convertido en una de las personas más respetadas en este pequeño ámbito. Luisa, por su parte, es una mujer de 30-35 años, muy amable, de hábil palabra, por lo que todos la conocen, trabajó en hotelería y turismo, y al igual que Pipo pudo viajar a México cuando era adolescente siendo parte de un equipo de voleibol, viaje en el cual muchas de sus compañeras escaparon del hotel para no volver a Cuba. Ella si volvió. Y después de muchos años decidió salir y aprovechar las condiciones legales de Ecuador para migrar.

Ambos ayudan a otros cubanos guardando mercancía en el local, obsequiando de vez en cuando algún café, y siempre conversando sobre quién de los amigos o familiares ya migró y con cualquier persona que va a tomarse algo en este local. Así pasó conmigo, Pipo y Luisa comenzaron una charla y fácilmente construimos cierta

familiaridad. De tal forma que siempre que visitaba La Florida hacía una parada en su local, comía y tomaba algo y así permanecía de tres a cuatro horas conversando o escuchando las conversaciones de otros visitantes. Pipo y Luisa siempre me presentaban como la mexicana que estudiaba en Ecuador. Luisa hacía hincapié en que yo sería quien la acogería cuando ella decidiera migrar hacia México.

En este reducido espacio vienen cubanos con diversos estatus legales, algunos presumiendo su cédula ecuatoriana, otros hablando de sus trámites legales, algunos más a punto de migrar a los Estados Unidos. Donde la mayoría de los clientes que ingresa permanece más tiempo de lo que implicaría comerse un flan o tomar un café cubano, es decir, pasan más de una hora conversando y cambiando de interlocutores constantemente. Es un espacio además afectivo de intercambio para dar noticias de viajeros que han comenzado el viaje a los Estados Unidos, para pedir favores sobre el préstamo de aparatos electrodomésticos, el arreglo de un coche, para acompañar a alguien a alguna zona lejana, etc. Se articulan entonces grupos de sujetos locales como los llamaría Appadurai “En una primera instancia, una gran parte de lo que denominamos ritos de pasaje tiene que ver con la producción de lo que llamamos los sujetos locales, es decir, actores sociales que pertenecen a una comunidad situada de parientes, vecinos, amigos y enemigos(Appadurai, 2001: 188). En las dinámicas que hemos podido observar comienzan a develarse estrategias de segregación y auto segregación, la presencia de ecuatorianos es casi nula en estos ritos de pasaje. Y desde estos se observa una corriente anticastrista muy drástica que clausura y discrimina quien alabe el sistema de gobierno cubano o bien relate alguna oportunidad perdida de salir de la isla.

Tal vez resulte obvio, que dentro de una comunidad de migrantes se establezcan estas redes sociales que construyan representación, identidad y diferencia. Sin embargo resultan indispensables para comprender no sólo la visualidad de los espacios en que performan los cubanos sino qué tipos de relaciones se estructuran, sus experiencias para generar códigos traídos del entorno de Cuba y reproducir dinámicas a la manera de Cuba. Un joven cubano, Luis, que trabaja en una agencia de viajes de la calle Fernando Dávalos fue quien me hizo encontrar la zona comercial cubana de la calle Paz y Miño, me dijo “quieres escuchar cubano, ve a la Paz y Miño”. De tal forma, las huellas

indexicales a través de estas redes sociales y visuales nos indican las fronteras tejidas en el espacio, pues éste no se articula de manera lineal.

En este local, Luisa, Pipo más Orlando y Ramyen, cubanos también, accedieron, con cierta renuencia, a ser grabados en audio mientras entablaban una conversación sobre el barrio de La Florida. Ellos me explicaban que no sentían que La Florida fuese un “barrio cubano”, en palabras de Pipo:

Realmente este no es un barrio cubano, es un barrio donde hay muchos negocios cubanos y entonces los cubanos fluyen aquí a conversar ¿me entendiste? Puede ser un barrio de con mucha afluencia de cubanos, aunque realmente no vivimos aquí, vivimos en muchos lados. Coincidimos por los negocios que hay, hay un restaurant cubano, una cafetería, un puesto de vender ropa (Pipo, 2013).

Este testimonio pone en tensión, lo que los imaginarios han construido sobre el espacio de La Florida, e incluso cómo este espacio tiene funciones sociales específicas desde el punto de vista de sus empleados. Sin embargo, a pesar de que Pipo afirma que éste no es un barrio Cubano, sí se oye Cuba, como sugirió Luis. Incluso existe un acto de territorialización en un sentido multilocal, esto puede entenderse mejor con el siguiente caso. Mario, amigo de Pipo y Luisa, colombiano de treinta años, se dedica a distribuir insumos a diferentes locales de la ciudad, en especial vende productos lácteos como yogurt y queso. Mario, vive ya un par de años en Ecuador, pero su círculo de amigos más cercano se encuentra en el local de Pipo. Mario les ayuda a atender a la gente y Pipo y Luisa le permiten vender sus películas piratas en una caja de cartón que coloca sobre uno de los bancos del local. En alguna ocasión en la que fui a visitarlos me acompañaba una amiga reportera quiteña que quería conocer esta zona “cubana”. Ella preguntó por los productos y se interesó por los cigarrillos cubanos. Pidió una recomendación hacia cual de las tres marcas que ofrece el establecimiento debía inclinarse. Ante ello Mario exclamó: “Los Populares para la extranjera, que son ligeros”. Mi acompañante con sorpresa explicó que ella no era extranjera, era de la ciudad de Quito, y Mario contestó que justamente por eso era clasificada como extranjera: “Mija (sic), esto es Cuba” (Mario, 2012). Los cubanos que estaban ahí, afirmaron la expresión. Curiosamente el imaginario sobre la construcción de un espacio cubano había incluso permeado la percepción del compañero Colombiano. Es decir, el

paisaje del barrio se expresa de tal forma que es importante no olvidar que el término contemporáneo de paisaje se enmarca en el terreno ideológico. Tilley lo plantearía como una imagen cultural, una forma gráfica de representar, estructurar o simbolizar entorno (Tilley, 1994). De tal forma, un colombiano afirma que ese espacio es Cuba en la ciudad de Quito. Es decir, este ejemplo activa la idea de construcción de paisaje a través de procesos multilocales, donde el espacio físico original es translocalizado a otra región. De tal manera que, no todo el barrio de La Florida, sino este sector donde Mario se desenvuelve se territorializa como cubano, por otro migrante extranjero. Un proceso sin duda transnacional. Frente a esto surge la cuestión acerca de cómo se construye pues este paisaje en el marco del proceso de integración de la migración cubana en el Ecuador. En el propio barrio de la Florida, vemos cómo los comercios de la avenida Florida y algunas otras calles como la Cristóbal Sandoval resultan espacios de intercambio entre ecuatorianos y cubanos. Es decir, la definición de paisaje para este espacio local se convierte en una red de fenómenos particulares dentro de los cuales tocará profundizar más para poder encontrar el paisaje de este vecindario efervescente. Pues justo ahora con el cierre del aeropuerto Mariscal Sucre el 19 de febrero de 2013 los migrantes cubanos sospechan que los negocios de cubanos tendrán que migrar, algunos como Pipo cree que hacia el nuevo aeropuerto (Pipo, 2013) o bien Luis cree que se mudarán hacia la plaza Ipiales en el centro histórico debido a la cercanía con los negocios de ropa que son frecuentes entre cubanos (Luis, 2013). Parece ser entonces que así como en un principio La Florida fue elegida por los migrantes cubanos como refugio a su llegada al Ecuador, el propio aeropuerto provocará una nueva transformación.

3.5.1.3 Sentido político de la Paz y Miño

Como mencioné en los dos apartados anteriores, esta calle convoca a gran parte de la comunidad cubana que habita o visita el barrio de La Florida. Y justamente en este espacio se sucede un fenómeno particular que llamó mi atención. Por un lado la manifestación de una postura política frente a la situación en Cuba es clara, mientras hacía observación participante y escuchaba las conversaciones que se daban en el local de Pipo y Luisa una constante resaltaba: existía una rotunda oposición a hablar positivamente del gobierno de Fidel Castro, claro, esta postura era en muchas ocasiones

contradictoria, pues con frecuencia resaltan las condiciones educativas de de salud pública de alta calidad que los cubanos viven estando en la isla. Sin embargo, parece que había un trato implícito entre los cubanos que yo escuchaba en el que nadie podía hablar bien de Fidel, María Fernanda Sáenz explica al respecto:

La comunidad cubana que llega al Ecuador ha experimentado procesos distintos con los que se mantenía la revolución cubana. La apertura de fronteras, la posibilidad de abrir negocios, han configurado identidades que reproducen muchos imaginarios y prácticas de orden más occidentalizado con prácticas de consumo, de poder de adquisición y también de rechazo a muchas de los símbolos que representan la revolución cubana (Sáenz, 2012:81).

Esto de alguna manera cobra sentido en un paisaje que funciona bajo un orden comercial, en el que el consumo es ahora uno de los componentes de unión comunitaria. Puesto que debemos tomar en cuenta que los migrantes cubanos que han llegado a Ecuador estos últimos años, corresponden a la tercera generación después de la revolución cubana, de la cual existe un distanciamiento ideológico con el socialismo, de tal forma que estos habitantes cubanos conocen y buscan valores y necesidades económicas, las cuales fomenten materializar a su salida de la isla. Lo cual es evidente al existir un énfasis en lo comercial dentro de su vida como migrantes en Quito.

3.5.2 Restaurante Aché de la Flaka

Al sur de la avenida Florida de manera paralela se ubica una calle, la Cristóbal Sandoval. A lo largo de esta calle se encuentra en su mayoría casas- habitación, un par de bodegas y un restaurante justo a la mitad de la cuadra. Un restaurante adaptado a la arquitectura de una vivienda, con un pequeño jardín al frente. Se llama Aché de la Flaka. Este local es uno de los más viejos negocios en la zona (dos años y medio) sus dueños son un matrimonio ecuatoriano-cubano, Richard y Dainesys. Durante los primeros meses de etnografía frecuenté este lugar en cada una de mis visitas semanales al barrio. Pude confirmar que este local siempre tenía gente esperando ser atendida a la hora del almuerzo, por lo que era difícil encontrar mesa. Sus clientes eran cubanos y ecuatorianos. Por lo que decidí indagar sobre las estrategias que permitieron construir este público mixto y les diera una estable permanencia en el barrio. Para comprender la implicación en el paisaje de este local se recurrió a dos estrategias visuales. Por ello se

desarrolló un video *time lapse* y un video promocional del restaurante en colaboración con los dueños. A continuación se da cuenta de estos procesos y sus resultados.

3.5.2.1 Desde afuera: *time lapse*

Para comenzar se optó por hacer una observación no participante de la fachada del restaurante para registrar la circulación de peatones y vehículos en la calle, para así comprender si la presencia del local había afectado en el flujo de personas que frecuenta esta calle, y por lo tanto sus dinámicas cotidianas. Se decidió usar la técnica del *time lapse*, la cual como lo indica su nombre en inglés refiere a un lapso de tiempo definido, el cual se basa en el registro en video o fotográfico de pequeños intervalos en un periodo de tiempo largo, estos registros se agrupan en una línea de tiempo y un condensan varias horas en unos cuantos minutos. El *time lapse* como una manipulación del registro del tiempo permite hacer aprehensibles procesos que serían imperceptibles en tiempo real para el ojo humano. Entonces se fotografió este proceso el día sábado, día de mayor afluencia al restaurante, (se filmó el día 24 de noviembre de 2012, entre las 11:00 y las 16:00 horas en intervalos de 5 minutos con tomas de 25 segundos, al adelantar el conjunto de tomas realizadas se obtuvo un video de 2'30 '' en total). En una par de horas de filmación el video resaltó que un alto porcentaje de transeúntes pasaban por esa calle con la finalidad de ingresar al restaurant, algunos llegaban a pie o en automóvil para pedir varios paquetes de almuerzos para llevar, lo cual parece una estrategia recientemente implementada por el restaurante que ha tenido muy buenos resultados, pues ha aumentado las ventas, y que el número de personas que pueden ingresar al local no supera 60 personas. Esta marcada afluencia de personas circulando por la calle para entrar al restaurante evidencia los cambios generados por la transformación funcional del espacio en esa calle.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Fotograma min. 1'38'' del *time lapse* restaurante Aché de la Flaka, en el barrio de La Florida

Rosalind Krauss en su ensayo *La escultura en el campo expandido* refiere a la forma en que el signo se territorializa en el espacio público y afecta las reacciones de los transeúntes mostrando al mismo tiempo la tentativa de controlarlas a través de un paisaje compuesto por una sucesión de momentos que se desarrollan en un tiempo y espacio (Krauss, 2008). Por lo que parece ser que la permanencia del local durante más de dos años, ha modificado el paisaje y a su vez la forma en que se transita y significa la calle Cristóbal Sandoval y supone una evidencia visual del impacto de la migración cubana sobre el espacio barrial y sus prácticas cotidianas de flujo.

Cuando mostré el video a los dueños del restaurante expresaron mucho entusiasmo por este “éxito” reflejado en el flujo de comensales, tanto así que me propusieron transmitirlo continuamente en la pantalla de televisión que tienen dentro del local, yo les ofrecí el material indicándoles que había sido registrado con fines documentales, y no contaba con una estética particular ni intencionada (pues al ser un *time lapse*, las condiciones lumínicas cambian constantemente lo que dificulta un control estable de balance cromático como del contraste, así que a imagen contiene muchos defectos visuales), sin embargo dejé a su criterio la posibilidad de transmisión. Al final, decidieron no exhibirlo porque no tenía audio y una de las funciones de la televisión en su local es dotar de un fondo musical al ambiente.

3.5.2.2 Desde adentro: historia del restaurante

Entrevisté a Dainesys, dueña y cocinera del restaurant, una mujer cubana de 33 años. Ella salió de Cuba cuando tenía 18 años, es decir, no forma parte de la nueva ola migratoria de los últimos años en el Ecuador, sino de la primera ola conformada por médicos y profesores. Ella está casada con un ecuatoriano, ambos son educadores de profesión. Sin embargo, Dainesys decidió iniciar un negocio para poder mejorar sus finanzas y cambiar de proyecto de vida y se asoció con un par de amigos cubanos que vivían en La Florida, e instalaron una cafetería, por incompreensión del dueño del local tuvieron que dejar el negocio “los señores de ahí me pidieron el local, por un cuento chino que me inventaron” (Dainesys, 2012). Debido a esto ella decidió independizarse y abrir un restaurante con su esposo, un par de casas más arriba, donde, al parecer el dueño no puso ningún inconveniente. Este restaurant respondía al deseo de Dainesys por:

Yo quería hacer un plato que representara a mi país, que me identificara, que así la gente conociera la comida de mi país, entonces decidí hacer un plato que cuando la gente lo conociera dijeran wow (sic) (Dainesys, 2012).

De tal forma que cambiaron el menú, por uno que caracterizara la típica comida cubana: arroz congrí, ropavieja, chuleta, etc. Dainesys plantea ciertas estrategias en las que se basó para la conformación de este menú. Por un lado, la nostalgia del cubano migrante hacia su comida; un híbrido de ingredientes que había por temporada en Cuba, para construir una ensalada completa, pues cómo ella misma explica “pues en cuba no es como aquí que hay las cuatro temporadas al mismo tiempo en el año, puede ser con aguacate , o lechuga, o pepino, entonces varía en eso” (Dainesys, 2012); la credibilidad de ingredientes que emplea, pues al parecer al introducir un platillo de pescado , éste no fue bien acogido por su clientela cubana, pues desconfiaban de la frescura y origen del ingrediente; y una representabilidad de su identidad a través de los platillos cubanos.



Fuente: Foto de autora. Quito, 2012. Restaurante de comida cubana Aché de la Flaka ubicado en la calle Cristóbal Sandoval.

Cabe mencionar que al principio su clientela estaba conformada por cubanos y los comensales ecuatorianos fueron introduciéndose después de un año y medio, gracias a las recomendaciones y la propia introducción de sus clientes cubanos en diversos ámbitos de la vida social ecuatoriana. Al respecto del menú Dainesys entra en ciertas contradicciones y dice que el éxito de su restaurante en relación a otros dedicados a comida cubana se basa en que lo suyo no es comida típica cubana, sin embargo después desarrolla un argumento contrario diciendo que:

Ellos [la competencia] se basaron en lo cubano. Yo no. Yo hice una comida para todo el mundo. Ellos solo se enfocaron en comida para cubanos, en sólo comida de sopitas, para hacer almuerzos. Yo quise hacer un plato para que conocieran la comida de mi país, esa fue la diferencia, yo no hacía sopas, ni jugos, pero al final han tomado [sus clientes] mi idea para cuando han querido venir a comer (Dainesys, 2012).

Es decir, podemos leer cierta conveniencia en hablar de lo cubano como una bandera identitaria. Pues evidentemente, su menú quiere distinguirse de las prácticas alrededor de la comida en Ecuador, para resultar atractivas, sin embargo por el otro apela a una estrategia de unión cultural entre ambas naciones a partir de la comida. Sin embargo, la comida no es la única estrategia de inserción en el barrio de La Florida, la apropiación espacial del paisaje también ha implicado cambios en el espacio. Dainesys explica cómo comenzó el paisaje que rodeaba su restaurante:

Esta calle en realidad cuando yo puse el local no era transitada, no pasaba nadie, y las personas me decían que la zona buena era La Prensa, y yo pensaba que cuando la comida es buena van hasta debajo de un hueco. Si mi comida es buena, y la gente le gusta se van a meter en un hueco. Y así mismo fue. Resulta que no pasó ni un año, y ya esta calle fue *sumamente cubana* (Dainesys, 2012).

Según lo que ella nos cuenta, esta calle se transformó radicalmente a partir de la construcción de una clientela fiel a su restaurante, pues como se puede leer en la cita anterior, esa calle que era habitada por algunos cubanos comenzó a ser transitada de manera mucho más frecuente, cambiando la vida social y las propias insignias materiales que construyen el paisaje, de hecho no sólo es visible esta presencia, sino que es olfativa, pues al transitar cerca del local uno percibe aromas distintos que evidencian otro tipo de sabores, que ayudan a distinguirse de los almuerzos más comunes de alrededor. Ahora bien, para Dainesys este barrio es característicamente cubano, pues expresa cómo las prácticas culturales de sus clientes se desenvuelven en propio barrio y con otros cubanos:

Sí, porque este ha sido un lugar que los cubanos recomiendan a su amigos, cuando llegan nuevos cubanos los traen para acá, y sí aquí pasan mucho tiempo, que conversan que pasan su tiempo, celebran su cumpleaños, hacen muchas cosas. Y para mí es chévere, yo ya vivo 12 años acá. Y este éxodo de cubanos tiene apenas 3 años acá, entonces en aquella época no había tantos (Dainesys, 2012).

Además especifica que esta “cubaneidad” del barrio es remota, hace apenas un par de años, y nos cuenta la razón por la cual ella cree este barrio fue elegido como refugio para los nuevos migrantes:

La Florida es muy nombrada por los cubanos, porque los primeros cubanos se asentaron en la Florida, porque es lo más cercano al aeropuerto, si tienes que huir... como no conocían, por aquí hay arriendos y la gente les rentaban, y entonces empezaron a llegar y llegar (Dainesys, 2012).

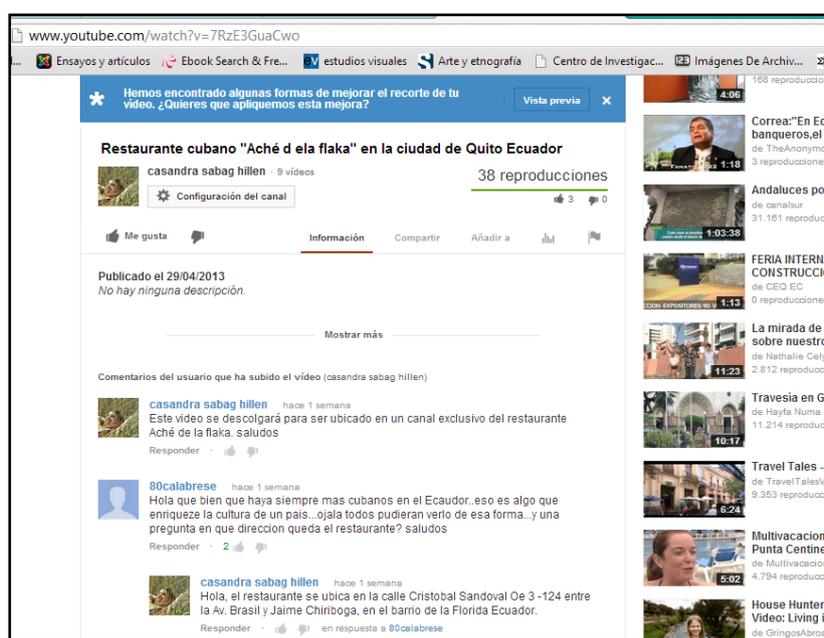
De tal forma, para Dainesys, la cubaneidad del barrio de la Florida se debe a una incontinencia en su situación del migrante cubano, y por las facilidades de arriendo que los propios ecuatorianos ofrecieron en un principio, condición que ha cambiado, según la propia Dainesys, al preguntarle ¿qué tanto había cambiado el barrio desde la llegada de grandes grupos de migrantes cubanos? Ella contestó: “Mucho, de hecho la gente está

vendiendo sus casas porque no soporta a los cubanos” (Dainesys, 2012). Es decir, este relato de Dainesys, da cuenta de los giros sociales y espaciales que en muy pocos años se ha materializado en el barrio de La Florida, claro está, que si bien ella plantea este rechazo, por otro lado su restaurante funciona excepcionalmente, en las más de veinte ocasiones que he podido estar ahí, he permanecido varias horas percatándome de la alta afluencia de clientela, cubana como ecuatoriana, y de la aceptación que tiene en ese respecto, del desarrollo de su negocio dentro de un barrio que aparentemente los rechaza. Es decir, podemos observar dos discursos de aceptación y rechazo que se da en el barrio y la cual se encuentra siendo negociada día con día. Por lo tanto, el paisaje como representación del espacio, como el espacio en sí mismo, constituyen un medio interrelacional en las prácticas sociales, las cuales no pueden ser comprendidas, sino se conoce la historia de la representación, que se da, en este caso un ejemplo de identidad cubana reflejada en un restaurante de comida cubana, así como de sus usos sociales dados en los cambios de función de la calle donde se ubica el local, así como se la convivencia entre los clientes cubanos y ecuatorianos.

3.5.2.3 Hacia afuera: video promocional

Como un intercambio por su colaboración en esta investigación se ofreció a Dainesys y su esposo, Richard, dueños del Aché de la Flaka, un video testimonial para difundir por *Youtube* y redes sociales una breve historia del restaurante. A partir de un deseo de parte de ellos por tener algún registro audiovisual del restaurante para que “los cubanos que ya se fueron puedan acordarse de nosotros” (Dainesys, 2012). Filmé con ayuda de dos compañeros de la maestría York y Orisel, durante tres sesiones a los consumidores y a los propios dueños del lugar en un día normal de trabajo. Mientras tanto, entrevistamos a varios comensales sobre cómo habían conocido el restaurante, ante el cuestionamiento todos coincidieron que fue por una recomendación. Además se les preguntaba si vivían en el barrio de La Florida o cerca de este sector e igualmente todos contestaron que se trasladaban de alguna zona apartada para venir con cierta frecuencia (una vez al mes por lo menos) para consumir en el local. Lo que nos hablaba de una estrategia de difusión del restaurante de voz a voz entre sus clientes y que habían conseguido un nivel de fidelidad de parte de ellos.

Para la narración de la historia del restaurante pedí a Dainesys grabar en forma de testimonio el proceso de construcción y consolidación del local y así como del menú. Este se empleó en forma de voz en *off* para el video promocional. Un video preliminar fue colgado al *Youtube* para ser mostrado a Dainesys y Richard y conocer su opinión y sugerencias, ya una vez aprobado por ello exhibirlo desde un canal específico del restaurante esta es la dirección electrónica definitiva donde se puede ver el video http://www.youtube.com/watch?v=iBvu5C_srx. Al primer día de subir el video a la red un comentario fue publicado:



Fuente: Foto de autora, 2013. Foto de la pantalla que muestra el comentario publicado al video “Restaurante cubano Aché de la Flaka en la ciudad de Quito Ecuador”, el día 3 de mayo de 2013.

El comentario indica: “Hola que bien que haya siempre mas (sic) cubanos en el Ecaudor. (sic) eso es algo que enriqueze (sic) la cultura de un país...ojala todos pudieran verlo de esa forma...y una pregunta en que (sic) dirección queda el restaurante? Saludos” (comentario de 80calabrese, 2013). Es una primera reacción, cabe aclarar que en esta investigación no nos interesa dar un seguimiento minucioso del video del restaurante, sin embargo será importante visitar el canal de *youtube* y las respuestas del público para dar pie a las percepciones e imaginarios de los usuarios del internet frente a este documento audio visual. A nueve meses de su publicación en la WEB, el video tiene 865 visitas, seis comentarios y quince “me gusta”. Dos de los comentarios es

los dueños del restaurante, los cuales se han apropiado de este dispositivo visual para promocionar su local expresando “Para todos los que nos visitan el local trabaja de lunes a sábados de 10.30 am a 7:30 pm. Los domingos es nuestro día de descanso, gustosos estamos de atenderles LA FLAKA” (Menc59, 2013). El empleo de nuevas tecnologías y el hecho de hacer uso de una virtual libertad de expresión se comprende porque “las reproducciones de sus prácticas están ligadas sobre todo en una identidad fortalecida en los derechos y en verlos como accesibles para todos más allá de sus condiciones” (Sáenz, 2012:80). De tal forma, resulta un pequeño pero novedoso escaparate para las dinámicas de inserción de la comunidad cubana dentro del imaginario del consumidor en la ciudad de Quito. Al mismo tiempo resulta importante para mí como investigadora poder contribuir con dos de mis informantes en algo que ellos necesitan dentro de su cotidianeidad. Donde busqué no imponer qué es lo que daría recíprocamente por su ayuda, sino que ellos al explicarles que en la maestría que estudiaba hacíamos video y documental se entusiasmaron con la idea de tener un video comercial del restaurante, algo con lo que no contaban hasta entonces. El hecho de que hoy en día el video sea visto por más gente y comience a ser utilizado por ellos, da cuenta de la buena elección de este intercambio.

3.6 A manera de conclusiones

Al inicio de este capítulo planteo cuestionar si el barrio de La Florida era un barrio cubano o no. Para concluir me gustaría utilizar una categoría de análisis que considero pertinente según los resultados obtenidos en este capítulo: lo multilocal. Para la década de 1980 y en adelante, los estudios sobre la migración internacional se basaron en la segmentación del mercado de trabajo, en la teoría de redes y en la articulación de modos de producción (Malgesini y Giménez, 2000). A partir de entonces comenzaría a articularse la teoría sobre transnacionalismo, basada en la conceptualización de la globalización y sus efectos, ejemplo de esto son los estudios de migrantes de República Dominicana en Estados Unidos de la socióloga Sherri Grasmuck y la antropóloga Patricia Pessar (1991). Con ellos iniciaría metodológicamente un cambio al pasar de la etnografía de un lugar o la etnografía de destino y origen hasta la nombrada etnografía multisituada que propondría George Marcus (2001). El antropólogo distingue diversas técnicas de la etnografía multisituada y citamos el *Diccionario de relaciones*

interculturales, diversidad y globalización: “Seguir a la gente”, “a las cosas”, “a la metáfora”, “a la historia o alegoría” y “a la vida o la biografía”- a las que suma la etnografía estratégicamente situada” (Barañano, 2007).

La antropóloga Margaret Rodman alrededor del concepto multilocal explica tres implicaciones de esta categoría, en primer lugar: “implica practicar un análisis descentrado, que busca la comprensión del lugar desde múltiples perspectivas (...) mirar los lugares desde el punto de vista del los “Otros” (Rodman, 1992: 646). Después plantea que puede basarse en un estudio comparativo para analizar una red tejida entre los diversos lugares en que se desenvuelven los migrantes. Y por último plantea lo multilocal desde la visión del lugar reflexivamente, de tal forma que cuando un lugar comienza a cambiar sus habitantes pueden compararlo con algo desconocido (Rodman, 1992).

Bajo el planteamiento de lo multilocal, y observando la concentración espacial y social de la comunidad cubana dentro del sector podemos afirmar dos cuestiones: Por un lado que el barrio de La Florida no es estrictamente un barrio cubano, en tanto que se encuentra sectorizado a dos pequeñas zonas donde la comunidad cubana a territorializado bajo prácticas cotidianas desde el consumo, como las charlas en las veredas, un espacio de interacción con la comunidad de Cuba, la cual no podemos afirmar forme parte de las dinámicas barriales generales de La Florida. Por otro lado, planteo que existe una pugna por el espacio público evidenciada por las huellas visuales de “cubaneitud” sobre el paisaje y por el despliegue de interacción social que se da en estos dos sectores. Donde el movimiento de los sujetos se encuentra íntimamente ligado al espacio físico donde éste se da pero también a su espacio evocativo. Entonces el paisaje de un espacio refiere a la manifestación de espacios físicos y simbólicos resultado de la plasticidad de los modos de vida de los sujetos, tal como es el paisaje de la migración cubana en estas dos zonas el barrio. Es decir el paisaje no está dado por su cualidad material, sino que como construcción dinámica puede resultar una analogía con lo multilocal, pues al paisaje no lo configura un sujeto o una sola cualidad material, sino que responde a múltiples factores, y para poder estudiarlo es necesario observar quiénes lo perciben y quiénes desde dónde lo construyen, donde los transeúntes siguen siendo clave, tal como lo reflejó el video de *time lapse* que da cuenta del flujo de gente que transita por la calle y quiénes son los atraídos por el restaurante.

Por lo tanto el conocimiento que los sujetos tienen sobre el espacio del que viven o transitan es una combinación de percepciones físicas y simbólicas. Las cuales construyen límites o fronteras, de cómo puede ser aprehendida esta espacialidad. Para este capítulo la manifestación del paisaje visual en un barrio de la ciudad de Quito a través del registro fotográfico, resultó el detonador para la comprensión de las fronteras estructuradas desde el uso comercial del barrio por parte de la migración cubana, en la que, como se vio, se configura dejando trazas de clase que cumplen una función de distinción frente al otro, el otro el vecino ecuatoriano, que al mismo tiempo reafirma esta separación y plantea territorios específicos y un proceso de asimilación unilateral por ambos casos, en los que cada grupo se adapta a la espacialidad más sin embargo aún no es posible ver dentro del paisaje procesos de hibridación cultural, debido probablemente a la prematura inserción social de la migración cubana y al rápido establecimiento de fronteras simbólicas.

Si hilamos las precarias condiciones habitacionales que describimos en el capítulo anterior con la presencia visual de cierta “cubaneidad” tanto en los letreros de los comercios, como desde su corporeidad, podemos encontrar cómo se imprimen estrategias identitarias para construir, desde el estereotipo cubano, una identidad icónica que permite ser mercantilizada y de esta forma obtener beneficios económicos, al mismo tiempo de generar espacios dedicados a la interacción social entre migrantes cubanos en el barrio. Donde esto resulta en marcas de territorialización para establecer un microespacio cubano dentro del barrio de La Florida, en el cual lo fundamental es el intercambio intersubjetivo de los migrantes y los lazos de apoyo que se construyen ahí. De tal forma establecerse dentro de los principios de un Estado capitalista, regido por relaciones de consumo, en un barrio de clase media que ofrece los imaginarios de clase, que permiten paradójicamente, por un lado asimilarse dentro de esta coyuntura económica y social y a su vez marcar distinción a través de prácticas culturales performadas desde el paisaje del barrio. Por lo que se da un doble juego de proceso transnacional, en que los cubanos acceden a las dinámicas que desenvuelve el barrio e importan elementos de la cotideaneidad cubana.

CAPÍTULO IV EL PAISAJE SONORO

El sonido que se escapa, es el *soundscape*. Este término inglés que designa al paisaje sonoro nos describe como el paisaje siempre se nos va de la vista, pero también se nos escapa del oído, todo el tiempo escuchamos múltiples sonidos que se fugan y el término paisaje sonoro guarda este significado de la fuga, el sonido que se escapa. El sonido de un paisaje va y viene como el zumbido de un mosquito que se acerca y se aleja y a pesar de su movilidad el paisaje sonoro nos ata al espacio, por lo que es importante plantear lo sonoro como una posibilidad teórica y metodológica, “escuchando tal vez podamos percibir las relaciones entre los sujetos y objetos, de lo público y lo privado de una manera completamente diferente” (Bull y Back, 2003:5). Para este capítulo busco hilar los sonidos que se producen en el paisaje del barrio de la Florida, con un antecedente fundamental: el estigma sobre la comunidad cubana de ser bulliciosos. Esta marca resulta un detonador de dispositivos de distinción y fronteras entre habitantes del barrio, que con ayuda del registro del paisaje sonoro y los testimonios sobre los discursos sobre la sonoridad de quiteños y cubanos busco analizar su impacto sobre los procesos de discriminación en el barrio.

4.1 El paisaje sonoro

En Canadá a partir de 1965 en la *Simón Fraser University* se creó el *New Soundscape Project* (Proyecto del nuevo paisaje sonoro), donde un grupo de músicos compositores los cuales lideraba Murray Schafer construyeron el marco conceptual y experimental para el desarrollo de conceptos como paisaje sonoro y ecología acústica¹⁷. Schafer junto con compositores como John Cage, reconfiguraron la manera de entender lo que significa ruido, música, silencio. Por ejemplo ambos consideraron una nueva definición de música como “sonidos y no sólo los que se escuchan en una sala de concierto sino los que están afuera” (Schafer, 1969: 21). O bien Cage experimentaría con cámaras herméticas de sonido la escucha de ciertos sonidos, con lo cual argumentaba que el silencio no existe y por lo tanto siempre se produce sonido (Cage, 2002). Por lo que debía repensarse analíticamente lo que es considerado todo lo que es escuchado.

¹⁷La ecología acústica refiere a los estudios científicos que vinculan a los seres vivos y los sonidos del entorno.

Schafer haría diversos experimentos con sus alumnos, y encontrarían las sutilezas y las paradojas de estudiar los sonidos del entorno. Por ejemplo, una de sus discípulas quiso hacer la anotación musical de las pisadas de dos personas diferentes, lo cual devino en toda una reflexión sobre cómo es asignado un sonido particular para el caminar de una u otra persona. Este ejemplo tan sencillo permite entender cómo la percepción sonora siempre es subjetiva, y aunque existen sistemas de medición que ofrecen datos en decibeles sobre el volumen e intensidad de los sonidos, la lectura social que se da de esas cifras pasa siempre por criterios culturales. A partir de la mitad de la década de 1990 en adelante diversos estudios enfatizaron la intersección de las prácticas culturales con elementos auditivos. Es así que encontramos la compilación que realizan Michael Bull y Les Back, de diversos ensayos dedicados a reconsiderar la ciudad, el ruido, la musicalidad y los nuevos medios tecnológicos del sonido. Hay grupos de estudios antropológicos dedicados a lo sonoro como la *Orquesta del Caos* que piensa que es aún prematuro nombrar una subdisciplina como “antropología sonora” (Gari, 2005), y tal vez sea el motivo por el que la antropología visual, académicamente hablando se ha ocupado de sus preocupaciones, sin embargo ambas coinciden en la necesidad de conocimientos desde diversas disciplinas, las cuales coinciden en poder entender a los prácticas culturales imprescindibles de su entorno. Para el antropólogo Steven Feld:

Los paisajes sonoros no son sólo exteriores físicos, rodeando espacialmente parte de las actividades humanas, son percibidos e interpretados por actores humanos que les prestan atención como una manera de construir su lugar en y a través del mundo, son investidos de significados por aquellos cuerpos y vidas que resuenan con ellos en los tiempos y espacios sociales. Como el resto de paisajes, son tan físicos como cualquier fenómeno físico, y tanto construcciones culturales como materiales (Feld, 2003: 226).

4.2 La Florida y su sonoridad

¿Qué se escucha en el barrio de La Florida? El paisaje sonoro nos ayuda a responder esta pregunta, puesto que el paisaje recorre y se amolda a cada uno de los escuchas y el espacio donde se sitúan, ya que si yo camino por la avenida principal La Florida a las siete de la noche la variedad de sonidos se hace más evidente, suben de volumen, y éstos cambian los usos que performan en cada espacio. El barrio de La Florida ha resultado ser uno de los sectores con mayor densidad poblacional cubana en la ciudad

de Quito. Pascale una de sus vecinas explica cómo se han distinguido los migrantes de Cuba al habitar este sector bajo una perspectiva de la diferencia. “Al ser sus prácticas culturales otras, hablan más fuerte, ponen música más alto, es una migración que se hace notar” (Pascale, 2013). A lo largo de un año de trabajo de campo, los discursos acerca de la particularidad sonora bulliciosa de la migración cubana fueron constantes. Incluso estos discursos no sólo se establecen dentro del barrio sino desde la percepción externa en del mismo sector, donde estos estereotipos son manifestados por los propios migrantes cubanos que no viven en La Florida: “Fundamentalmente por lo gritones que somos que no sabemos hablar bajito y aquí hablan muy bajito” (Mario, entrevista, en Batista, 2011). Incluso por la prensa nacional con descripciones menos drásticas “Hablan en voz alta” (El comercio, 2012). Es importante recalcar la interpenetración que tiene lo simbólico con lo material, que en este caso se da en una estrecha relación entre lo sonoro y el cuerpo que produce este tipo de sonidos. Al respecto Feld menciona: “El sonido tanto emana de, como penetra los cuerpos (...) escuchar y producir sonidos son competencias corporalizadas que sitúan a los actores sociales y a su agencia en mundos históricos particulares” (Feld, 2003: 226). Esta reciprocidad de reflexión y absorción es proyectada hacia afuera y resignificada constantemente por quienes escuchan, miran y perciben otros cuerpos. Le Breton sobre esta configuración simbólica explica:

El *valor*, es decir, la interiorización que el sujeto hace del juicio social respecto de los atributos físicos que lo caracterizan (lindo/feo, joven/viejo, alto/bajo, flaco/gordo, etc.). De acuerdo con la historia personal y con la clase social en la que estructura su relación con el mundo, el sujeto se apropia de un juicio que marca con su impronta la imagen que se hace del cuerpo y de su autoestima (Le Breton, 2002:146).

Lo anterior sitúa la representación que de su propio cuerpo construye el migrante en una dimensión ampliada. A partir de la comparación de sus características físicas incluyendo las de producir una sonoridad específica respecto a los integrantes del medio que los rodea, se reconocen como diferentes y elaboran un juicio de su identidad como sujetos, que llevan la carga implícita de un valor. De tal forma el paisaje sonoro se articula en muchos casos desde una perspectiva visual que amalgama de manera arbitraria y

subjetiva estos atributos físicos, tan es así que cuando se ve cubanos en el espacio del barrio, se escucha “cubano”, en una inferencia discursiva. “Cuando los ves, sabes que son ellos, los escuchas” (Marco, 2013).

Entonces, es posible vincular los discursos de los vecinos con respecto a la sonoridad de la migración cubana y cómo esto tiene implicaciones en las relaciones sociales entre quiteños y cubanos del barrio y las fronteras que los constriñen. Estos límites sonoros se construyen desde muchos elementos y uno de ellos es desde la memoria sensorial auditiva. Así Jenny, vecina de la sección occidental del barrio, confirma cómo existe esta remembranza sonora del barrio, y explica su articulación en dos secciones sonoramente hablando. La primera marcada por los sonidos de las calles principales llenas de comercio, como la avenida Florida y la segunda, como la sonoridad de una zona residencial, callada y tranquila. Entre ambas hay un contraste fuerte entre la bulla y el silencio respectivamente. Sobre la zona de casas-habitación narra con cierto tono nostálgico que junto a su casa había terrenos aún sin edificar, ella dice “antes escuchabas sapos, pájaros y ahora que están construyendo ya no escuchas nada” (Jenny, 2013). Claro está que ese pasado permeado de un aire bucólico, es cuestionado por Marco, al comparar la sonoridad del barrio cuando el antiguo aeropuerto, ubicado a dos calles de su casa, estaba en funcionamiento y ahora que ha sido desmantelado:

Ahora que el aeropuerto se acabó, ha cambiado, porque vez menos gente, menos tráfico, ya no se sienten las horas pico, y me preguntaba ¿cómo va a ser dejar de oír el sonido del avión?... y no se escucha nada, ni pajaritos, ni nada, no fue sustituido con nada. (Marco, 2013).

Si hacemos una reflexión entre ambas experiencias, la idea del barrio se encuentra permeada por un ideal de armonía sonora, construida de elementos de la naturaleza como pájaros o sapos. Lo cual nos hace pensar que aún en un ambiente urbano moderno, el discurso sobre lo que tendría que ser óptimo a la escucha refiere a esta nostalgia de pasado rural del espacio del barrio de La Florida, pues si bien es cierto, hace más de treinta años, era un sector rodeado de bosque (Jenny, 2013). Este discurso bucólico refiere a un espacio más silencioso, más ordenado. La relación entre una temporalidad y espacialidad específica para asignar significados, Feld explica al plantear como “los estudios sonoros (...) son investidos de significados por aquellos

cuyos cuerpos resuenan con ellos en los tiempos y espacios sociales. Como el resto de paisajes son tan físicos como cualquier fenómeno físico y tanto construcciones culturales como materiales.” (Feld, 2003:226). Por lo que la memoria sonora, como discurso social de un barrio también debe ser contemplada como un elemento material para entender al paisaje sonoro, es decir, los sonidos dejan huella tanto como las imágenes y los cuerpos sobre el espacio, y por tanto construyen una historia sonora cultural y material de un espacio particular.

Esta memoria sonora aunada a la experiencia cotidiana de los vecinos construye una constante sobre el tipo de sonoridad que el barrio tiene, cómo éste se ejecuta y por quiénes. Con la llegada de la migración cubana al barrio, este paisaje sonoro es traslocado, Marco habla de su experiencia justo en el momento en el que según él, se condensó la población cubana en el sector, entre el 2008 y el 2010, al respecto dice:

Hubo una época, donde todo era un griterío, en mis tres paredes de alrededor tenía cubanos, ahora solo tengo uno, cuando recién se pasaron, unos cinco años atrás que empezaron, y no estábamos acostumbrados a esos tonos de voz, y escuchábamos eso, y pensábamos de ley se están robando. Y te acostumbras a que andan en pandillas de ocho o nueve. Esos manes (sic) gritan. (Marco, 2013)

Esta descripción de Marco, resulta contundente al marcar una clara transformación entre el paisaje sonoro al que estaba acostumbrado y a un nuevo panorama auditivo. Marco admite haber relacionado toda esta bulla con inseguridad, aunque como bien dice, hubo una adaptación de su parte hacia este ambiente y hacer una nueva categorización sobre que identifica los sonidos de su barrio. Es decir, más adelante en la entrevista explica cómo, si bien el “ruido cubano” resultó molesto en un inicio al final generó otra percepción, por lo menos en él sobre esta sonoridad: “Pero todos han venido a poner su musicón (sic) y está bien porque si no este barrio está muerto” (Marco, 2013). Por lo que encuentra un elemento positivo de la transformación sonora barrial. Claro está Marco, al ser un joven desdeña la monotonía de las prácticas barriales, al contarme que nunca pasa tiempo en su barrio. A lo cual Jacques Ramírez, especialista en temas de migración en el Ecuador, sugiere en los procesos para la creación de pertenencia en la migración transnacional surgen transformaciones de las prácticas sociales en sus países de procedencia (Ramírez, 2013: 6). Sin embargo en el caso descrito de Marco, se puede ver cómo estos cambios se establecen de ida y vuelta, es decir, tanto en el impacto de la

migración cubana en Cuba, por el comercio y las redes familiares, como en el propio paisaje del barrio. Es decir, Marco asume que la producción de una sonoridad dispar a la que siempre estuvo acostumbrado provoca un impacto, que fluctúa entre valores negativos y positivos, pero que obligan a resignificar el espacio en el que conviven tanto quiteños como migrantes cubanos.

Sin embargo no me gustaría dejar de lado, la implicación de un imaginario de inseguridad respecto al ruido o bulla producida, no por cualquier sector de la sociedad, sino por una minoría migrante en Ecuador.

4.3 La bulla cubana

El ruido corresponde a un juicio cultural enmarcado a una comparación entre conjuntos de sonidos que se ubican en un paisaje sonoro específico, sin embargo, carga una reacción negativa, en la que explícitamente, ya sea por nivel de decibeles, o implícitamente, por la significación del tipo de sonoridad producida se construyen parámetros claros de qué es ruido y qué no lo es. Hegarty explica que el ruido es un “hecho objetivo, y ocurre en relación a la percepción, tanto directa como indirecta como acorde a presunciones hechas por individuos, por lo que el ruido es cultura” (Hegarty, 2007: 3). Al respecto Attali teoriza sobre el ruido una relación opuesta con la cultura “con el ruido nació el orden y su contrario el mundo” (Attali, 1985:15). El mundo y sus producciones como analogía de control y silencio, donde debe estar establecido qué rompe con ello y cómo controlarlo. Cristián Proaño, antropólogo visual ecuatoriano, estudió las implicaciones de la valoración del ruido en un barrio de clase alta de la ciudad de Quito, en él explica, “se ha relacionado al ruido con lo contrariante y peligroso, y socialmente se asigna, individualiza y responsabiliza a la persona causante de ese ruido” (Proaño, 2010:22). Esto implica considerar a la escucha como un mecanismo de subordinación frente a ciertos discursos hegemónicos que clasifican a grupos sociales con ciertas tipologías de sonoridades para así esquematizarlos. En el caso del barrio de La Florida, se identifica a la migración cubana, como mencionamos antes, con la bulla, tal como reitera Marco “se sabe de los cubanos pues ya de lejos se les oye”. Esta implicación adherida entre la sonoridad y un grupo de personas específica se configura desde la escucha del otro: “Algunos tipos de ruidos tienen que ver con los sonidos de “otras personas” y estos son los que están más relacionados con el poder y

los que dan pie a la regulación del ruido” (Hegarty, 2007: 4). Por lo que los parámetros para asignar a un sonido como ruido se han inscrito desde la construcción de un “otro”. Este proceso ha sido histórico y refiere al discurso modernista urbano que se implementó en la ciudad de Quito a mediados del siglo XIX, Eduardo Kingman lleva años estudiando este proceso de estructuración urbana, dado desde un programa de higienización y blanqueamiento de la ciudad, hacia sus individuos como hacia lo que producen, incluidos los sonidos. Entonces, estos “otros” fuera del ideal de ciudadano moderno son categorizados y valorizados según un ideal nacionalista dentro del paisaje urbano que lleva más de un siglo (Kingman, 2010). Stuart Hall relaciona el discurso con su ámbito material, al equiparar a la suciedad con peligro e higiene símbolos de la civilización moderna, y al jabón como uno de sus más elocuentes objetos (Hall, 2001). La limpieza reflejada en los sonidos, produce silencio y generan esta nación pulcra y controlada.

Los “otros” como grupos subalternos, los “sucios” los “bulliciosos” son el repositorio para la canalización de la simbolización de lo que genera ruido, en este caso, ruido sonoro que deviene en un ruido social. De tal forma este ruido se traduce en una violencia hacia la sociedad. “El Estado quiere mantener su monopolio no sólo en la canalización de la violencia sino sobre todo en la generación de ésta” (Proaño, 2010: 22). El discurso del orden se establece generando una contención para la no generación de su contrario, de ruido, en un proceso homogenizador de modos de actuar y producir. Así la generación de ruido es traducida como actos de desorden y “son generados por conflictos de desigualdades y diferencia impuestas estructuralmente” (Proaño, 2010:22). El ruido le inspira desconfianza al poder porque este “basa su legitimidad en el temor que inspira, en su capacidad para crear orden social y en su monopolio de violencia” (Attali, 1985:45). Finalmente la importancia de la percepción de ruido, no es el sonido en sí mismo sino la fuente de producción de éste y cómo afecta a aquel que escucha. Pues el ruido atenta contra el orden sonoro del “otro” incorporado desde las prácticas cotidianas que generan una sensación de estabilidad. Cabe aclarar que este choque es interrelacional, es decir, el ruido lo es porque ha sido ejecutado en el lugar no permitido para hacerlo, pues el Estado ha regulado los espacios adecuados para la producción y escucha de ruidos, como una sala de conciertos. Por tanto “las órdenes de silenciar y de

hacer silencio son conceptos basados en el lugar, situaciones y espacios arquitectónicos” (LaBelle, 2010: 47).

Todo lo anterior es reflejado en el establecimiento de fronteras dentro del barrio, cuando los vecinos quiteños deciden explícitamente no arrendar a cubanos con el argumento de no romper el silencio construido en su espacio privado, cuando se plantean límites sonoros en los espacios de las propias casa, como cuando uno cierra ventanas para limpiar de ruidos el paisaje sonoro “estamos separando, trazando fronteras, haciendo enunciados visibles sobre el hogar que intentamos crear a partir de la casa material” (Douglas, 2007:87). Entonces encontramos que por un lado la familia de Marco no arrienda habitaciones a cubanos, pero si espacio para estacionar sus motos, es decir, acceden a recibir un beneficio económico de parte de las necesidades de la migración cubana de encontrar espacios, pero no están dispuestos a romper las estructuras, en este caso sonoras, de sus espacios privados, por temor a la bulla.

En alguna ocasión en que Marco interpeló a uno de sus vecinos cubanos por el alto volumen en que tenía la música, la respuesta del migrante fue justificar el uso del espacio sonoro a partir de su condición legal en el país: “Yo que los he tenido de vecinos, por los tres muros, si ha sido necesario pedirles, “vea maestro bájele al volumen, no sea así” (Marco, 2013). Hecho que contrasta con otro caso en una casa vecina a Jenny, donde alquilan cuartos para cubanos, donde la manera de performar el sonido de parte de los cubanos es mucho más silenciosa, Jenny asume esto a su calidad de ilegales en el país, y por tanto a evitar problemas con los arrendatarios “En la casa de al lado, siempre han estado viviendo [migrantes cubanos], pero son medio imperceptibles, no les escuchas mucho” (Jenny, 2013). Por lo que parece que el proceso de asimilación de los migrantes que habitan el barrio en cuanto a su presencia en el paisaje urbano se relativiza según su condición legal, pues sin ésta se refleja la inseguridad de performar la sonoridad que les es atribuida por los propios vecinos del barrio.

4.4 Dos espacios de sonoridad cubana

Para poder registrar el paisaje sonoro del barrio, recorrí a pie dos espacios que fueron localizados por los vecinos cubanos y quiteños como lugares donde resaltaba sonoramente “la cubaneidad”: la calle Paz y Miño y el interior del supermercado Supermaxi, de La Florida. El método de registro para ambos casos lo realicé grabando

el sonido ambiental a manera de un *timelapse* sonoro, es decir con intervalos de 5:2, (cada cinco minutos se registraban dos minutos), mientras se recorría el lugar. Para obtener, finalmente, un audio de alrededor de 20 min. En el primer espacio se registró evidenciando la grabación, es decir, sin ocultar la grabadora, lo cual pude observar generaba un cierto nivel de intimidación frente a la gente que pasaba junto a mi, algunos seguramente por desconocer sobre el artefacto que portaba en las manos, y algunos otros por saberse escuchados tecnológicamente. Para registrar el paisaje sonoro dentro del supermercado, temiendo la no aprobación de parte de las autoridades del lugar a realizar el registro, decidí grabar los recorridos sonoramente con la grabadora sin solicitar permiso. La grabadora siempre estuvo visible, pero se mostraba discretamente entre mis manos. Lo cual resultó un beneficio, por la posibilidad de movilidad dentro del local, pero una dificultad, pues al escuchar posteriormente el resultado de la grabación, me percaté de la pobreza auditiva que contenía, pues al contrastarlo con mi recuerdo de los sonidos experimentados durante el recorrido. El énfasis que hizo mi escucha en ubicar lo cubano era notorio, en cambio el registro mecánico, evidentemente mostró lo que lo rodeaba sin jerarquizar sonidos. Por lo que decidí hacer uso de ambas metodologías, el registro mecánico de la grabadora como el registro etnográfico de mi propia experiencia al recorrer ambos lugares. Esta valoración del dato sonoro etnográfico la describe el antropólogo norteamericano Paul Bohannan en 1957. Él señala en el prefacio de una de sus obras que había decidido prescindir del uso de la grabadora, pues explica cómo este hecho impedía recopilar con naturalidad lo que ocurría alrededor, puesto que atraía la atención de la gente y finalmente alteraba lo que se producía en el espacio. Contrariado decide abandonar el registro mecánico del sonido, y desarrollar el trabajo de campo bajo el consejo de la intuición y el registro en su diario de campo de su experiencia (Bohannan y Van Der Elst, 1998). Entonces el objetivo de aprovechar estas dos formas de registro es poder articularlos con los discursos sobre esta “sonoridad cubana” que se ha materializado en el espacio barrial, desde la escucha de los vecinos quiteños, como los cubanos. Pues lo que me interesa es entender al paisaje sonoro como un mecanismo que articula discursos hegemónicos. Si bien:

Escuchar, censurar, registrar, vigilar, son armas de poder. La tecnología de la escucha, ordenación, almacenamiento y transmisión del ruido son parte esencial de este arsenal: la escucha y su memoria

permiten controlar la historia, manipular la cultura de un pueblo, canalizar su violencia y orientar su esperanza (Gari, 2005:4).

Cuando escribía sobre cómo los sonidos pueden evidenciar sus modos de producción pensaba en vincular la manera en que el antropólogo británico Tim Ingold, considera al paisaje sonoro, y éste lo hace más allá del *soundscape* y lo plantea como un *taskcape* (paisaje de tareas o actividades). Entonces el paisaje sonoro es resultado de continuas tareas que producen los sonidos que percibimos. Esto es fundamental porque esta sonoridad implica siempre una temporalidad y, por lo tanto, un vínculo preciso el espacio-tiempo (Ingold, 1994). Así, este paisaje delimita las fronteras entre lo que se asigna como público y privado, o ruidoso o silencioso, pues es imposible desarticular los significados que atribuimos a las acciones que producen sonidos (Ingold, 1997). Poder escuchar el paisaje sonoro puede dar cuenta de las acciones que se suceden pero también puede ayudar a comprender los discursos que alrededor de ellas se configuran, pues todas las acciones significan en un contexto histórico particular. Jacques Attali, economista francés, explica esta dependencia en su estudio *Bruits; essai sur l'économie politique de la musique*, como desde la economía política la música al igual que los sonidos han acompañado el desarrollo de la sociedad, de tal forma que la liturgia fue metáfora del sacrificio ritual, el trovador anunció al mundo feudal, el concierto se estableció de la mano del control desde la burguesía y la posibilidad de registrar mecánicamente los sonidos anunció la sociedad de consumo, así la sonoridad es trazada, hoy en día, como una nueva forma de capitalismo cultural (Attali, 2001).

4.4.1 La calle Paz y Miño

La segunda semana de julio de 2012 que inicié el trabajo de campo en el barrio de la Florida, me encontraba registrando fotográficamente huellas de la migración cubana, materializadas en carteles o anuncios en locales comerciales donde laboran personas de la isla. Como narré en el capítulo anterior pude localizar una zona identificada por migrantes cubanos del barrio como “muy cubana” pues al solicitar permiso para fotografiar una fachada de una agencia de viajes ubicada en la calle Fernando Dávalos, un joven cubano, Luis, tácitamente me dijo “¿Quieres escuchar cubano? Ve a la Paz y Miño”. Comentario que llamó mi atención por el uso del verbo “escuchar” cuando pudo haber sido ver, o estar. La posibilidad de saber a qué se refería con “escuchar cubano”

me hizo caminar a este sector y fue notable el contraste auditivo y cómo esto delimitaba el espacio del barrio. Este hecho fue uno de los detonantes para pensar al paisaje sonoro como herramienta en este momento de la investigación. Ahora bien a qué me refiero con ese contraste auditivo, yo tenía expectativas sobre los sonidos que se producirían en este espacio comercial: pensaba que escucharía música, por supuesto son cubano o alguna música tropical. Al contrario de mi expectación estereotipada, lo que percibí fue un espacio sin música, es decir, no existía un gran parlante dentro o fuera de locales o viviendas que permeara todo el espacio de este pequeño sector comercial. Lo cual resultó peculiar. Durante el año que he visitado estas calles, sólo localicé la presencia de musicalidad en tres circunstancias específicas: desde el interior de automóviles que se parquean mientras esperan la compra de algún producto de los locales del sector; la música desde teléfonos celulares, que no duraban mucho, sólo un par de segundos ya que por lo general son usados para hacer referencia a alguna canción o para demostrar los atributos tecnológicos del aparato; y el tercero, música cantada por cubanos que laboraban ahí o algunos consumidores, que igual que el caso anterior tenían poca duración y fungían como detonadores de nostalgia frente a los recuerdos de la isla.



Fuente: Foto de autora, Quito, 2013. Calle Paz y Miño del barrio de la Florida

El paisaje sonoro que registré en estas calles, fue un sábado a las 14:00 horas, había muchos cubanos en la calle, conversando, algunos entraban o salían de locales, así que

decidí recorrer por la vereda toda la calle Paz y Miño, comencé por su límite oriental, con la Av. La Prensa, para terminar en el mismo punto después e bordear la calle. La duración final es de 10'38'' de duración y este fue el resultado: Los autos acaparan gran parte del campo auditivo, van y vienen se oyen apresurados, al mismo tiempo se escuchan voces de personas cubanas charlando, no puedo identificar las palabras exactas, pero identifico el acento de la isla. Una reja de metal se cierra, y alguien llama "oye", en el fondo un televisor prendido de uno de los restaurantes cubanos pasa algún partido de fútbol, los coches siguen pasando por la avenida La Prensa. Un cubano le grita a otro para llamarlo, una mujer cubana ríe, otra más conversa con ella, un claxon por detrás, más charlas de cubanos tres o cuatro personas al mismo tiempo, un perro ladra a lo lejos, las charlas se mantienen al fondo del paisaje. Los coches continúan. Otra mujer cubana discute con alguien, se reconoce por el tono de voz aunque de nuevo no logro distinguir palabras precisas. Los autos cada vez se escuchan más lejanos, se prende el motor de uno que estaba parqueado, y un "oye" de nuevo aparece, el coche arranca y se aleja, acelerando por intervalos. Más perros se oyen ladrar, unos niños juegan y gritan distantes, otro coche llega y se estaciona, los niños siguen jugando. Alguien llama a un taxi, dice el cuidador de coches, "vente para acá que bien un carro", otros cubanos conversan, se escucha "oye ven...oye que cuelguen el teléfono bien" otro contesta "ya ya chao". Se escucha la voz masculina de un ecuatoriano "a ver...". Pisadas aparecen cercanas y poco a poco desaparecen, más autos se trasladan, otros cubanos se oyen a lo lejos, un avión pasa y nubla todo, se perciben voces que no puedo identificar como cubanas o ecuatorianos a los lejos. Llego al punto inicial.

Como puede verse en la descripción, la presencia de cubanos es notoria, existe un posicionamiento espacial sonoro por parte de los usuarios de esta calle, en el paisaje nunca hay silencios, siempre hay voces yuxtaponiéndose, creando un tejido entre el acento cubano y la trama urbana sonora. El estilo, el acento de hablar de los cubanos resulta un elemento fundamental para su identificación, que si bien, va de la mano del aspecto visual performado en el cuerpo, el acento cubano, es indiscutible, aunque a veces a mí, por ejemplo se me dificulte entender con claridad las palabras, de hecho, para comenzar a realizar las entrevistas, acudí a la semana de cine cubano de la Casa de Cultura Ecuatoriana, para familiarizarme con el acento, el cual en un principio me era ilegible. Así los acentos al hablar, no sólo el cubano, sino todos los que existen, son

vistos por Pierre Bourdieu como una desviación de la norma lingüística, porque los sujetos pueden distinguir entre diversas maneras de hablar y esto reclama a una situación de clase social (Bourdieu, 1991b), y es donde la distinción de la que habla el sociólogo francés muestra la jerarquía de los grupos sociales en el uso heterogéneo del lenguaje, finalmente el lenguaje define al espacio. Esta distinción se relaciona con el consumo, los sujetos consumen para distinguirse (Bourdieu, 1991b). Y es precisamente donde la forma de producir ese lenguaje adquiere un poder de identificación, para Judith Butler el lenguaje se vuelve un criterio de control sobre quién pertenece u quién no [a la nación]” (Butler, 2009: 84) De tal forma el hecho de que exista una ocupación auditiva por parte de los migrantes cubanos en esta calle, implica un acto de territorialización sobre no sólo el paisaje sonoro sino el paisaje físico, geográfico, por lo tanto se esgrime un límite simbólico sobre quienes habitan el espacio y quiénes no. Lo cual refleja un doble juego hegemónico. Los acentos en el lenguaje son considerados por Butler como la posibilidad de transformación de un discurso hegemónico, ella lo define así:

Con un cierto grado de libertad, sin legitimación legal, basada en la demanda de igualdad y libertad que está realizándose. Pero esto también significa una deformación del lenguaje dominante que reelabora el poder, puesto que los que cantan no tienen derecho de hacerlo. Esto no quiere decir que sus vidas no estén inmersas en el poder.... Esto significa que están alterando no sólo el lenguaje de la nación, sino también sus espacios públicos (Butler, 2009: 90).

En ese sentido el lenguaje ocupa el espacio público de las calles de La Florida como un dispositivo de territorialización, un dispositivo de distinción en el que se pueden acentuar los estigmas sobre ellos en el que hay un provecho que resulta en el espacio comercial, donde no funcionaría una calle como la Paz y Miño, atiborrada de locales de cubanos, sin la carga imagógica y sonora del estereotipo de cubanidad. De tal forma se teje un sistema paisaje- sonoridad- territorio como una marca identitaria, performada no desde dispositivos electrónicos, como radios o bocinas, sino desde su propio cuerpo. El cual establece los límites sobre el espacio e incluso qué usos se deben establecer en él.

4.4.2 El Supermaxi

El supermercado llamado Supermaxi, ubicado en el centro comercial Aeropuerto, en la avenida de La Prensa, límite del barrio, es el segundo lugar elegido para realizar el paisaje sonoro, esto debido a un testimonio de Jenny que reforzó lo que yo misma había

percibido etnográficamente al visitar este local. “En el Supermaxi los comenzabas a escuchar, los manes (sic) eran super auditivos, siempre están hablando mucho en voz alta. Esa es su nota”. (Jenny, 2013). Sin embargo, después de hacer el registro existieron diferencias entre lo que afirma Jenny y el paisaje sonoro. Realicé una grabación sonora en cubierta por dos motivos: uno resultado de la advertencia a no fotografiar el local por dentro con una cámara, a lo cual asumí n s eme permitiría realizar un registro sonoro; y segundo por la necesidad de pasar desapercibida dentro del Supermaxi, para alterar en la menor medida el paisaje sonoro que buscaba registrar. La grabación se realizó la tarde del 13 de julio de 2013, entre las 16:00 y 17:00 horas. Elegí este horario por ser uno de mayor afluencia en la clientela de este comercio. Así recorrí los pasillos del local, con cierta lentitud con la grabadora envuelta parcialmente en una bufanda, resultó complicado el registro debido a que yo debía emitir pocos sonidos en mis traslados puesto que al ser el sujeto más cercano a la grabadora, ésta registraría con mayor nitidez mis propios sonidos. Así que en medida de lo posible traté de ser cauta con mis movimientos sin resultar extraña en mi comportamiento. Al final obtuve un registro de 18’32’’.

Durante el trabajo de campo visité en numerosas ocasiones este local comercial, me acostumbré a hacer mis propias compras ahí para poder observar con mayor naturalidad la presencia de la migración cubana al consumir. En todas las ocasiones a las que acudí había cubanos recorriendo la tienda, la proporción en relación a los clientes quiteños es muy relativa, pues mi objetivo no era hacer una estadística de afluencia, pero reitero que siempre encontré cubanos. El Supermaxi, como uno de los supermercados más grandes de Ecuador, es un almacén estándar, grande y ordenado por categorías en sus productos. Resulta interesante cómo para la migración cubana es un espacio particular. Daniel, migrante cubano desde hace 5 meses en Quito, me relató cómo este almacén fue el primer lugar al que su hermano Dannel, igualmente cubano que lleva más de dos años en la ciudad. Daniel me cuenta el choque que vivió al ingresar a este espacio, al observar la cantidad de productos y su variedad, su reacción fue tal que pidió a su hermano salir del local. Me explica: “Yo me deprimí, sácame [pidió a su hermano], porque en Cuba es todo por estación, vi tomates, repollo y aguacates al mismo tiempo y me mareé, aquí hay comida para todo Holguín [ciudad natal de Daniel], sácame de aquí. Hasta que tu no lo vives no te das cuenta” (Daniel,

2013). De tal forma, que el supermercado, resulta uno de los elementos más contrastantes entre la vida que llevaban en Cuba y con la que se confrontan ahora en Quito. Durante mis observaciones etnográficas encuentro que existe un comportamiento de fascinación, si pudiera llamarlo así por la experiencia de compra, que aunque nunca encontré carritos del supermercado llenos de parte de cubanos, es decir, generalmente hacían compras pequeñas de cinco a siete productos, dedicaban mucho tiempo a la lección y comparación de éstos.



Fuente: Foto de autora, Quito, 2013. Fachada de Supermaxi, vista desde la Avenida La Prensa

Brandon LaBelle, filósofo y artista sonoro británico con su texto *Acoustic Territories. Sound Culture and Everyday Life* realiza una intersección entre espacios cotidianos y los sistemas de producción de lo sonoro. Esencialmente, LaBelle defiende que el sonido no es algo meramente que ocupa el espacio, sino más bien es una de las principales formas en que el espacio se constituye y, al mismo tiempo a sus ocupantes (LaBelle, 2010). Con un concepto de “topografía auditiva” desglosa a través de seis “territorios acústicos”: el *underground*, el espacio privado del hogar, las aceras y las calles, los centros comerciales y el cielo. Cada uno de ellos aparece identificado con una figura sonora. De tal forma vincula con cada uno de estos una característica sonora, de tal forma que el *underground* se estrecha con el eco; el espacio privado con los dispositivos para silenciar: las aceras con el ritmo; las calles y los automóviles con la vibración, el

cielo, vinculado con la transmisión y por último los centros comerciales con el llamado efecto de *feedback*. En cada uno de estos casos, “la audible ocupa un espacio materialmente y se configura influyendo en los ámbitos políticos donde se produce” (Labelle, 2010: p. 47). En relación a su estudio sobre la sonoridad de centros comerciales, este *feedback*, es planteado como un proceso de retroalimentación basado en dos elementos: el primero, mantener la estabilidad de cualquier tipo de relación y el segundo que busca una pérdida del equilibrio. Es decir esto se traduce en la interrelación que existe entre la reunión del cuerpo individual y un sistema plenamente pautado. De tal forma que esta dialéctica niega que el espacio del centro comercial se mantenga banalizado. Si bien, es según Labelle, un espacio que facilita “pasar el tiempo” (LaBelle, 2010: 192) resulta un repositorio de una yuxtaposición de relaciones sociales. Tan es así, que a pesar de que es un lugar creado para el consumo, el tejido social que hila dentro de él resulta envolvente, en el caso de la migración cubana, resaltó que durante el registro del paisaje sonoro, observé que los grupos de cubanos que se encontraban en el local, habían hecho contacto. Se acercaban, mencionando “Yo a ti te visto en algún lugar” (Observación participante, 2013). Y así comenzaban conversaciones, las cuales giraban hacia el proceso de migración: trámites, fechas de arribo al Ecuador. Estos eran conjuntos conformados por dos o tres personas cubanas, que realizaban sus compras, y a pesar de que entablaban relación con otros cubanos no lo hacían con ecuatorianos ni viceversa.

Describo el paisaje sonoro que se obtuvo de este local comercial. Se escuchan los sonidos del carrito metálico del supermercado: mientras varias pisadas se mezclan con la canción de fondo *She’sa manic* de la película *Flashdance*. Unos segundos después se escucha un promocional con voz femenina. Voces de niños se oyen lejanas, una en particular diciendo “mami ésta está rota, mira”. Después entre una conversación de personas cubanas, una voz de mujer cubana nombrando a “Melisa”, resulta difícil descifrar las palabras con claridad sin embargo es perceptible el acento cubano. Unas risas de una familia ecuatoriana se cuelan y ahora suena Cindy Lauper. Los ruidos de la fricción entre los plásticos de los empaques, más niños, uno llama a su hermano “ñaño ven”. El zumbido de las refrigeradoras se hace evidente, un celular llama con un tono de la séptima sinfonía de Beethoven con estilo de sintetizador. Ahora La Isla Bonita de Madonna, entre la voz de un cubano diciendo “con el tiempo...” y niños llamando a su

mamá, los chasquidos de los carritos de supermercado se mantienen seguidos de dos cubanos discutiendo la compra de un vino. Los niños siguen llamando a su mamá y el promocional de voz femenina reaparece, con claridad se escucha Supermaxi, el placer de comprar, mientras una niña señala “yo quiero este”, un cubano se escucha diciendo ¿y ahora? Mientras una voz de mujer cubana dice “3.73”. Vocean a un vendedor del almacén por las bocinas, se escuchan los sensores de las cajas registradoras, y mucho más barullo, en las filas de espera. La cajera anuncia a una pareja cubana: “disculpe no se pueden vender bebidas alcohólicas, ni si quiera vino”, éstos simplemente aceptan la explicación, y no llevan ninguna compra. Se oye una voz con acento guayaquileño hablando con alguien más. Los niños se escuchan, y el barullo aumenta más, la superposición de voces es mayor. Una cubana le pregunta a otra “¿Dónde está el dinero?... Dame tu yogurt y dame tu cartera, la cajera dice “2.23 por favor, esta es su tarjeta” se oye la caja registradora abriéndose, el choque de monedas. Se percibe una conversación entre un hombre cubano y dos mujeres cubanas “tu sabes dónde yo te conocí” y le contestan “ah en la oficina” se entremezclan las voces no es posible comprender más la conversación, el barullo aumenta con sonidos de bolsas plásticas y salgo del local.

En este paisaje sonoro, me gustaría resaltar dos puntos: la red social tejida dentro de este espacio y la adaptación a las reglas auditivas del espacio comercial del Supermaxi. Al escuchar el paisaje sonoro una y otra vez, me percaté que no existe un contraste notorio entre el nivel de volumen en que hablan los cubanos de los demás clientes del local. Esto en referencia al supuesto de que los cubanos siempre hablan en voz muy alta. Así que por un lado, planteo que existe un proceso de asimilación expreso por parte de la migración a adaptarse a reglas estandarizadas que se establecen en lugares como los supermercados, esto no quiere decir que lo haga en todos los lugares. Mi director de tesis, al respecto me había relatado una ocasión en el cine donde cubanos conversaban álgidamente durante la proyección de la película sin ningún reparo en relación a guardar silencio. Sin embargo en este espacio, la experiencia de compra se realizaba de manera discreta, incluso cuando conversaban en grupos de tres o cuatro personas, hecho que contrasta mucho con el primer espacio que registré donde la presencia sonora de las charlas es territorializante.

En ese sentido es notorio, por un lado el impacto normalizador que tiene el espacio del supermercado que pauta un tipo de comportamiento y de cómo se reproduce el lenguaje sonoramente. Es un espacio que desde el paisaje sonoro devela un sonido homegenizador, que se refleja en las canciones que acompañan la compra, y del hecho de que es un espacio vigilado y controlado, un espacio privado, en el cual si quieres acceder a la posibilidad de consumo en él, debes a su vez admitir las reglas de comportamiento que impone. Este sistema estandarizado y que estandariza simultáneamente también se refleja en el trato de los empleados hacia los ecuatorianos o cubanos, él cual está basado en un protocolo, por lo que se puede percibir que esto es algo que otorga seguridad a los cubanos pues son tratados “por igual” a la hora de llegar a una caja registradora.

Por otro lado, resalta la construcción de redes sociales dentro del local. El antropólogo inglés Michael Bull, es un investigador dedicado a medios y tecnologías que ha desarrollado temas en relación al sonido y la cultura urbana como el uso del aparato walkman. Él junto con Les Back, dedicado igualmente a los estudios urbanos, editaron en el año 2003 un compendio *The Auditory Culture Reader*, donde se integran diversos estudios entre la cultura y su relación con lo auditivo. En él se incluye el estudio de la antropóloga estadounidense Jo Taachi, donde plantea al sonido desde su materialidad con el concepto de “textura” para enfatizar su carácter táctil y material pero también considera a las categorías sociales de la mano de discursos musicales como armonía, disonancia. Este sentido esta textura funciona también para evitar o compensar la falta de interacción social (Taachi, 2003). En un local como el Supermaxi, como ya mencioné antes existe un control sobre el comportamiento que deben asumir sus usuarios, sin embargo resulta un espacio activo, en el sentido que se vuelve en un lugar alternativo para los cubanos de encuentro, si bien, el contacto nos es muy largo, si permite una interacción que va más allá del acto de consumo, lo incluye y lo transforma. Es decir, para la migración cubana uno de los ejes fundamentales para construir un proceso de asimilación en el barrio está sostenido por las redes sociales de apoyo, las cuales se han construido algunas desde Cuba, y muchas otras en estos espacios comunes del barrio.

4.5 A manera de conclusiones

Para finalizar quiero plantear cómo los dos casos de paisaje sonoro, anteriormente descritos y analizados, dan cuenta de una configuración hegemónica erigida desde el orden y el silencio, en donde la bulla puede jugar de doble manera, según las necesidades de los migrantes. Dicho de otro modo, la posibilidad de utilizar como un acto de territorialización la sonoridad sobre el paisaje desde el volumen alto, tal como sucede en la calle Paz y Miño, o viceversa de buscar la mimesis sonora frente al otro al adoptar el volumen de voz “correcto” para hacer compras dentro del Supermaxi, sugiere que los sonidos son un capital identitario utilizado para generar agencia en el migrante cubano sobre el espacio del barrio. La conciencia que los migrantes cubanos tienen de la distinción sonora entre ellos y los ecuatorianos es notoria. Tal como expresa Mario: “Fundamentalmente por lo gritones que somos que no sabemos hablar bajito y aquí hablan muy bajito (...). Ese es el rasgo característico. El metal de voz del cubano y además caminamos distinto. Caminamos más fuerte, pisamos más fuerte, los pasos son más largos” (Mario citado en Batista, 2011), así ofrecen una noción de lo que los hace verse a sí mismos como cubanos dentro de este paisaje social, y sus propias estrategias de delimitación frente al otro. A partir de la comparación del uso de su sonoridad y cómo ésta es coherente con un despliegue en su corporalidad, respecto a los integrantes del medio que los rodea, se reconocen como diferentes y elaboran un juicio de su identidad como sujeto. Por supuesto no podemos generalizar que esta sea una estrategia común de todos los migrantes cubanos, más sin embargo en el espacio de la Calle Paz y Miño, existe un campo de acción mucho más abierto para desenvolverse sin la preocupación de ser juzgados por el otro. Por tanto esto posibilita manipular las fronteras simbólicas que los rodean, claro que esta que esta es leída por su contraparte, por el “otro” vecino, generando discursos igualmente de distinción en relación a sus propias prácticas sonoras.

CONCLUSIONES

¿Me reconoces, aire, tú que estás lleno
de lugares que antaño fueron míos?

Rainer Maria Rilke (2001)

Parece ser que como anuncia Rilke, enraizarse al espacio es cada vez más volátil. En esta investigación sobre la migración cubana y el paisaje urbano en el barrio de La Florida a través de la antropología visual propuse estudiar las fronteras y la representación de espacio en el paisaje barrial. A continuación recapitulo brevemente las conclusiones particulares de cada uno de los objetivos de esta investigación, para después plantear ideas conclusivas generales del trabajo.

1. El paisaje de La Florida evidencia fronteras entre un tipo de espacio arraigado a la tradición nacionalista anclada en la promesa de la modernidad y un espacio emergente que interpela al primero al estar establecido bajo condiciones de discriminación en el tipo de alojamiento y bajo un imaginario esencialista acerca de la identidad cultural cubana.
2. Las huellas visuales de la migración cubana irrumpen en el paisaje del barrio de La Florida marcando su mayor densidad en dos sectores articulados desde el comercio. Estos espacios evidencian estrategias de territorialización por parte de los habitantes, trabajadores y consumidores cubanos de los locales ubicados ahí. Lugar donde se desarrolla una pugna por el uso del espacio público desde un sentido físico (presencia de letreros) hasta simbólico (el espacio de los cubanos). Y desde donde se articulan fronteras que desde un sentido económico delimitan quienes se establecen e interaccionan en el espacio. A pesar de la presencia de “cubaneidad” cuestionamos la denominación de este sector como barrio cubano, por un lado por los prematuros procesos de asimilación así como por las fronteras que delimitan a un espacio muy pequeño y localizado de establecimiento e interacción de la migración cubana. Además de mostrar muy pocos indicios entre la relación cubano- ecuatoriana explícita en las estructuras y prácticas que de manera espontánea y desinstitucionalizada articulan la vida de un barrio.
3. El paisaje sonoro registrado en el barrio de La Florida permite indagar sobre la adjudicación de un estigma o prejuicio a cierto tipo de sonoridad producida por parte de la migración cubana que convive en este sector. De tal forma que se evidencia cómo desde lo sonoro se ejecutan la discriminación y los sistemas de control, así como de homogenización, basados en un programa modernista que estandariza los usos del espacio. Sin embargo el sonido en el espacio público de la zona donde confluye la mayoría de los migrantes cubanos del barrio, desde la postura etnográfica, resulta un dispositivo de territorialización espacial. En

contraste, con el paisaje sonoro del supermercado que normativiza en no sólo los sonidos sino todos los comportamientos en el proceso de consumo, el cual puede ser leído como un espacio nivelador de las pugnas sonoras que se establecen afuera, en las calles del barrio, que estandariza las prácticas culturales. Por tanto se identifican dos estrategias: una de asimilación por parte de la migración cubana al adaptar sus modos de reproducción sonora a los estándares de los espacios establecidos e institucionales; la otra una de pugna frente a la interpelación del espacio desde la sonoridad para marcar fronteras entre los cubanos y los quiteños en el barrio.

A partir de estas ideas presento algunas conclusiones y reflexiones generales sobre la investigación así como del trabajo de campo realizado en el barrio de La Florida.

El paisaje y el cuerpo *embodied*

Pipo desde su pequeño local de almuerzos se queja continuamente que le han cortado el servicio del agua. Ofendido, me cuenta, que acudió a las oficinas con los recibos de pagos, donde le explican que ha existido un error y en las próximas horas se reanudará el servicio. Desde entonces pasaron ya más de seis horas, Pipo, no ha podido preparar la comida para ofrecer almuerzos ese mismo día. Casualmente dos días antes a mí también me habían cortado el agua. Al encontrarme con Pipo lo hallo sentado a la orilla del restaurante, lo saludo y me narra lo sucedido, comenzamos a conversar de sus pérdidas económicas por el inconveniente. Nos quejamos mutuamente, y descubro que después de muchos meses de hacer trabajo de campo en el barrio con Pipo y otros informantes cubanos, esta vez hablamos de un problema común, alejado de Cuba, de los problemas de migración, del viajar, de la disyuntiva de irse o quedarse. La conversación, en vez de ello ha girado a un problema de cualquier barrio, que te corten el agua. Observo durante dos horas que Pipo intercambió esta experiencia a tres cubanos que pasaron por la vereda, conocidos de él, sin embargo a ningún vecino o transeúnte quiteño. Este ejemplo de Pipo, lo uso como pretexto para desarrollar dos elementos claves conclusivos de la investigación. Por un lado que existen fronteras simbólicas y físicas, expresadas desde lo simbólico y material que delimitan cuáles son los territorios donde conviven los cubanos en el barrio y accionan o inhabilitan prácticas cotidianas de cruce entre ambas comunidades. Y por el otro lado, el indicio de un proceso de asimilación por parte de la migración cubana reflejado desde el paisaje del barrio que refleja un arraigo sobre el espacio y lo que se ejecuta en él. De tal forma que el barrio de La Florida para los migrantes cubanos que conviven dentro él, ha manifestado una

transformación pues ya no es considerado como un espacio de tránsito sino un lugar más definitivo en la mudanza migratoria.

El suceso que expuse sobre Pipo, parece nimio ante las preocupaciones de discriminación e ilegalidad en la que viven diversos cubanos en el Ecuador. Sin embargo, resulta fundamental, pues refleja cómo Pipo, después de dos años de haber llegado a Quito, resuelve hablar de sus problemáticas cotidianas sin atravesarlas con temas de migración. Este acto permite articular no solo intencionalidades de un individuo sino toda la experiencia espacial que implica no poder laborar un día por falta de agua. Es decir, el hecho de que Pipo en vez de cerrar el local y devolverse a su casa, decide usar el espacio del barrio para poder, corporalmente, verbalmente y desde el paisaje expresar que ha pasado algo inusual que rompió su rutina diaria de hace tres meses: preparar almuerzos. El paisaje refleja y comunica que algo ha pasado y acciona discursivamente un cambio. En este caso utilizo el concepto de *embodied*, desde su aplicación en la geografía cultural, para destacar la corporización de los ámbitos sociales, políticos y culturales en el espacio, de modo tal que el paisaje, “por esa corporización de relaciones sociales— participa activamente en la reproducción social” (Winchester, Kong y Duna, 2003:9). En tanto que representación, el paisaje, permite estructurar y por tanto significar al espacio tanto para los que lo experimentan como para quien lo está accionando. Es así que cuerpo, discurso y mirada se tejen en el paisaje. El geógrafo inglés Cosgrove, explica como es justamente desde la descorporización del espacio que se logra desterrar y distinguir (Cosgrove, 2003). Entonces el paisaje en este acto que realiza Pipo, el cual leo desde mi experiencia como un gesto de territorialización de un migrante cubano en el barrio, representa un modo de ver al espacio circundante, el cual incide en una mirada hegemónica de orden y control. Pipo ha cambiado esa mirada, desde su cuerpo y su discurso al corporizar el paisaje donde trabaja. Si bien este es un pequeño ejemplo, representa metonímicamente cómo se ha generado agencia desde el paisaje en el barrio de La Florida, a partir de las imágenes, los sonidos y los cuerpos en él. En un proceso de construcción de un paisaje transnacional, donde se fusionan prácticas cotidianas paradójicamente contrarias, como conversar horas y horas sin tener que mantener este acto desde el consumo, o como en el paisaje sonoro donde ya existe una yuxtaposición de sonidos de ambas naciones.

Al mismo tiempo este vínculo entre el cuerpo y el espacio, plasmado en la representación del paisaje, muestra cómo desde ambos dispositivos, se han generado estrategias de distinción y discriminación dentro del barrio, como lo es la clara delimitación sobre cómo el sujeto cubano experimenta el espacio, esto sustentado desde discursos que estigmatizan a la comunidad cubana de ser bulliciosos, llamativos, coquetos, etc. Esta performatividad corporal señalada por los vecinos quiteños, marca los límites de las fronteras entre los territorios cubanos y los no cubanos, los cuales son materializados a partir de las huellas visuales y sonoras dentro del paisaje.

Las condiciones de apertura y oportunidades de ingreso laboral y social para el migrante cubano en Ecuador son muy irregulares y dependen en muchos casos de su nivel de estudios, pero también de su experticia para poder sortear las innumerables trabas legales y de discriminación. Esto toca profundamente la investigación pues construye la coyuntura en la que mis informantes viven el día a día y aunque estos dilemas legales y morales no fueron desarrollados en estas páginas considero importante una reflexión al respecto. Tomando en cuenta que ya existen varios estudios recientes sobre la migración cubana en Ecuador con los cuales se podrían construir políticas públicas mucho más incluyentes para esta comunidad, durante el trabajo de campo pude recoger intenciones importantes por parte de personas ecuatorianas abiertas y entusiastas a acceder y permearse de las prácticas culturales de estos nuevos migrantes, a las cuales faltan instancias organizativas, privadas o públicas que potencialicen dichos impulsos.

A pesar de este contexto, los migrantes cubanos que habitan el barrio de la Florida, han constituido un proceso de asimilación complejo, que intenta incluir una adaptación de sus prácticas cotidianas a un mundo de consumo – capitalista, y, al mismo tiempo, no perder la experiencia espacial que mantenían en Cuba, como es apropiarse del espacio público en las charlas cotidianas. Esta combinación genera una adaptación particular hacia el paisaje, que si bien aún no ha logrado adentrarse a hilar profundos vínculos con las prácticas culturales de los vecinos quiteños, si demuestra una creativa asimilación del espacio y su reconfiguración. Pues han establecido desde la representación, dígase sonora o visual, formas de narrar su propio paisaje. Después de cinco años de constantes arribos de migrantes cubanos a La Florida, éstos han permitido una reestructuración de las fronteras establecidas anteriormente ahí, enriqueciendo al

barrio, y permeándolo de nuevas maneras de vivir la cotidianeidad. Lo cual ha devenido en una mayor variedad de matices en la percepción que planteaba como una amenaza a este grupo, frente a un proyecto de progreso modernista en esta localidad. Planteo que el hecho de que el aeropuerto haya cambiado de espacio físico, resultó una pieza clave en la transformación de esta postura, pues permitió develar otros procesos del barrio, desde el empoderamiento del espacio, a partir de la migración cubana y sus comercios, como elementos que generan ingresos económicos, pues muchas personas conocen el barrio y consumen en él gracias a este imaginario de cubaneidad el cual es explotado no solo por cubanos sino por quiteños. Al mismo tiempo, la adaptación espacial que ha permeado la “zona cubana” hacia el barrio marca una continuidad histórica comercial, pues décadas atrás este sector había funcionado igualmente como zona de comercios, la cual fungía como un motor, como un espacio de movimiento dentro del espacio barrial, el cual resultó recuperado por la migración cubana y ha traído por lo menos en el último año un imaginario discreto, pero latente de mayor seguridad y vida a la comunidad.

La diversidad de migrantes cubanos que trabajan, viven o frecuentan el barrio de la Florida, rompe estereotipos sobre su falta de capacitación educativa o sobre su capital cultural. En las conversaciones que mantuve durante un año en los pequeños locales de la calle Paz y Miño, las cuales en su mayoría tornaban en temas políticos, problemáticas migratorias y preocupaciones acerca de la fragilidad de su situación como migrantes, se evidencia una falta de puesta en negociación sobre las políticas migratorias o estrategias organizativas de apoyo entre ellos para transformar esta situación de forma explícita, si bien existen en Ecuador organizaciones de cubanos que lucha por una legislación y un trato social más justo en el Ecuador (Cubanos en el Ecuador, Cubanos discriminados en Ecuador). Los informantes con los que trabajé no conocían de su existencia, ni tampoco formaban parte de algún grupo activo en estos ámbitos. Sin embargo en el barrio de La Florida las redes de apoyo intermigrantes se da a partir de otras estrategias, como la clandestinidad, el comercio, el apoyo interfamiliar. Y aquí añado una más que es el uso del espacio del barrio, el cual como expliqué antes considero resulta un acto político de visibilización de parte de los migrantes cubanos dentro del paisaje. Aunque hay que aclarar que este paisaje debe analizarse de manera crítica puesto que por sí mismo no convierte a los sujetos en agentes, sino más bien la estructuras hegemónicas dan pie a que el paisaje ejecute discursos específicos, tal como se ve en La Florida, pues el paisaje

visual de la mayoría de sus calles invisibiliza las problemáticas de clase, legales, de inserción laboral y social en Ecuador de los cubanos, pues no muestra explícitamente salvo en el caso de algunos grafitis (“Fuera cubanos del Ecuador”, borrado alrededor de agosto de 2012) las tensiones. Para poder entender un paisaje hay que comprenderlo desde sus entrañas, desde los discursos y estructuras hegemónicas de tal forma se pueden visibilizar los casos de las construcciones adaptadas para el arriendo hacia la migración en condiciones deplorables, o bien el uso ex profeso de estereotipos icónicos sobre Cuba para beneficiar el comercio de cubanos en el sector. Es decir para poder comprender un paisaje en su dimensión social es necesario ahondar en el tejido social: simbólico y material. El paisaje incorporado a los discursos de quien lo experimenta, resulta un elemento paradójico, pues por un lado evidencia la presencia de la migración cubana, y muestra los límites que desde estrategias de territorialización esta comunidad se ha arraigado al espacio. Y por el otro invisibiliza condiciones discriminatorias que vive este grupo. Las fronteras se muestran aún más frágiles que como al inicio las pensé encontrar en este estudio.

Procesos de asimilación y fronteras

Las estructuras institucionales plantean una igualdad en la ciudadanía dentro de un modelo de ciudad, lo cual toca un campo de abstracción legal el cual no se refleja en la vida cotidiana de los migrantes cubanos. De tal forma esta supuesta igualdad es irregular y por el contrario produce profundos procesos de segregación. Esto es accionado con directrices de orden, higiene, silencio desde los sujetos que habitan el espacio, y en dirección contraria, desde el propio espacio, en base a su estructuración y configuración material para la determinación de sus usos sociales estandarizados. En consecuencia las fronteras se marcan bajo la institucionalización de las identidades, donde los rasgos identitarios son “naturalizados”, y para este caso el migrante cubano debe performar eso que se espera de él reforzando los estereotipos y estigmas sociales, tal como se mencionó en los capítulos anteriores cuando se relaciona a los migrantes cubanos con bulla, una vestimenta llamativa, etc. Esto afecta directamente al espacio y dificulta la cimentación de nuevas formas de vivir el espacio, pues la distinción de clase, étnica y cultural genera sentimientos de desigualdad, y delimita al paisaje, de ambos

lados de la frontera, tanto de quiteños como cubanos. Es por ello que se manifiesta la brevedad del contacto entre sí.

Esta fractura es resultado de la ausencia constante de un proyecto de integración entre ambas comunidades, lo que acentúa prácticas identitarias que se refuerzan desde sus extremos, lo que construye una distinción colectiva, que refuerza imágenes construidas desde una visión nacionalista alejada de una visión más cosmopolita e incluyente. Me gustaría apuntalar cómo esta última ola migratoria cubana, pensada desde el barrio de La Florida implicó una transformación en el uso del espacio. Ante la ausencia de un panorama de protección legal y social continuo e incluyente, la exaltación de prácticas cotidianas traídas desde Cuba, así como de símbolos visuales y sonoros presenten en el paisaje resultan un acto simbólico y material de territorialización para recuperar simbólicamente sus derechos. En los que en vez de buscar la mimetización con el otro, buscan subrayar las diferencias.

Sin embargo creo que un hallazgo de esta investigación fueron los encuentros. Si bien, se evidenciaron las fronteras al plantear espacios sectorizados para unos y para otros, así como prácticas culturales asignadas igualmente para ciertos grupos, el paisaje funge como una evidencia de los acercamientos entre los cubanos y ecuatorianos del barrio de La Florida, que si bien se traslucen bajo una pantalla de no asimilación, comienza a existir puntos de encuentro en las fronteras tanto físicas, como el uso del parque por parte de la comunidad cubana; como simbólicas, como el hecho de que las nuevas generaciones de quiteños que viven en el sector inician una relación menos prejuiciada, por lo que dichas experiencias resultan un puente de procesos de asimilación dentro del barrio.

A pesar de no poder plantear un proceso de asimilación integral, es posible plantear que la comunidad cubana que ha decidido residir en este barrio del norte de Quito y no volver a migrar al norte del continente, ha comenzado a captar formas de las prácticas cotidianas ecuatorianas y ha logrado amalgamar rasgos de la vida diaria de Cuba, como las charlas callejeras, aun tipo de sociabilidad en el barrio de La Florida. Es necesario aclarar que los migrantes no son sujetos los cuales deban adecuar su vida a las del nuevo espacio habitado, por el contrario los migrantes son sujetos que viajan junto con sus identidades, por lo que no pueden despojarse de ellas y adoptar unas nuevas. Por lo que a mi parecer el paisaje representa un campo de negociación simbólico y

físico donde se discuten las prácticas cotidianas hacia la asimilación con el espacio, al igual que un catalizador pues es el punto de encuentro y un medio plástico para la adaptación y creación de nuevas formas de vivir un barrio ajeno al país de origen. Tal como sucede con lo multilocal, donde lazos fraternales generan arraigos, más allá de la dicotomía Ecuador-Cuba, donde interlocutores de otros orígenes, diversifican los discursos y construyen un espacio, mucho más simbólico, basado en las redes de apoyo y amistad.

Además es posible observar que Ecuador comienza a ser considerado más como un lugar de destino que de tránsito por los cubanos que colaboraron en esta investigación, puesto que varios de sus familiares llegan paulatinamente a residir en Quito, tal como sucedió con el caso de Pipo, que fue su yerno el primero en emigrar de Cuba hacia Ecuador, trayendo consigo poco a poco a integrantes de la familia, los cuales como el nieto de Pipo de 16 años, hoy en día asiste a una escuela pública en Quito. Así es que la implicación de las nuevas generaciones en el proceso de asimilación de la migración cubana del barrio será fundamental, tanto de parte de los jóvenes y niños cubanos como quiteños, para la conformación de nuevas formas de experimentar el espacio barrial. Para lo cual sería interesante plantear nuevas investigaciones que sigan el desarrollo de este proceso, desde las miradas de los más jóvenes.

Paisaje cultural

En el primer Encuentro de Expertos sobre Paisajes Culturales realizado en la ciudad de Cuenca, Ecuador el año pasado, se presentan una serie de ensayos relacionados a plasmar resultados de estudios patrimoniales vinculados al concepto de paisajes culturales. En él se plantea la siguiente definición constitucional de Ecuador:

El paisaje cultural se halla amparado en el artículo 379 de la Constitución del Ecuador, que considera como parte de su patrimonio cultural a los paisajes que constituyan referentes e identidad para los pueblos o que tengan valor histórico, artístico, arqueológico etnográfico o paleontológico (Constitución del Ecuador, art. 379 citado en Rohn, 2012).

Frente a esta caracterización me pregunto las implicaciones que tienen las políticas públicas para favorecer o desfavorecer un tipo de “paisaje cultural”. Y cómo los imaginarios se edifican en relación a proyectos institucionales. Hago esta reflexión

recordando un comentario de Jenny, al sorprenderse por un proyecto que según ella se llevará a cabo en la avenida de La Florida donde ampliarán la calle para mejorar el circuito vehicular, en vez de, planteaba ella, diseñar un “pabellón cubano” que impulsara la divulgación de prácticas culturales de la migración cubana del sector, así como estimular los contactos con la población ecuatoriana vía el comercio y la cultura (Jenny, 2013). Quedan preguntas al aire, sobre la ausencia de iniciativas organizativas institucionales que impulsen los procesos de asimilación y que construyan desde el propio espacio del barrio, un paisaje más equitativo en torno a derechos humanos que desmitifiquen aquellos paisajes nacionalistas que fronterizan quienes son unos y otros, para pensar un paisaje transnacional menos rígido acorde con la movilidad del mundo.

Reflexividad: Problemas de traducción y representación

¿Qué pasa cuando uno observa una pintura de paisaje? Se reconoce una autoría, un encuadre, una composición, que plantean una discursividad acotada a un soporte bidimensional ¿Qué sucede, en el caso del paisaje social, que no tiene claros límites materiales? ¿Quién es el autor? Si bien el concepto de paisaje social ofrece una posibilidad interdisciplinaria integral, desde la historia, la antropología, la geografía y demás ramos del conocimiento, con lleva la misma problemática que el paisaje pictórico. Es ambos casos la representación es de quien las atraviesa pues el paisaje no puede escapar a su propia configuración: narrativa y contemplativa, siempre en relación a quien desde la distancia interpreta. Entonces considero que el problema de la autoría para el paisaje social, aunque se manifiesta heterogéneo, sigue constreñido al que mira, escucha, habita. En este caso no solo el investigador funge como autor sino también el vecino, el migrante, son quienes delimitan y configuran de qué manera se dan estos paisajes según los discursos hegemónicos que ellos mismos performan. Lo cual relativiza y subjetiviza la delimitación espacial del espacio a través del paisaje barrial. Para el paisaje de esta investigación mis informantes y yo fuimos quienes elegimos el inicio y el final de este espacio, le otorgamos un marco.

Esta delimitación se dio a través de diversas estrategias venidas desde la antropología visual, que como vehículo académico permitió estudiar el paisaje desde diversos ámbitos epistemológicos, y diversificar los medios de representación de un mismo paisaje desde estrategias visuales, sonoras y performáticas. Las cuales considero,

logran conjuntar las múltiples y necesarias maneras de escudriñar un paisaje cultural pues si bien éste es “la relación, que a partir de los sentidos, establece la población con el territorio” (Eljuri, 2012). Resulta imprescindible no considerar estas implicaciones sensoriales frente a los estereotipos y discursos sobre los usos sociales del espacio. Siempre en un constante juego de representación frente a nuestra configuración identitaria, que no deja de moverse, pero siempre nos reconoce.

Cabe aclarar y poner de manifiesto mi postura ética frente a la confidencialidad con la que trabajé con mis informantes y el criterio con el que utilicé la información testimonial. Como mencioné antes existieron muchas dificultades para obtener autorización de grabar conversaciones o entrevistas a mis informantes cubanos. Decidí citar para este trabajo solo los testimonios que tienen un respaldo en audio y por tanto de autorización, y describir situaciones, que por el contrario, no pudieron ser registradas en audio, únicamente cuando éstas se dieron en un ámbito público y que no pone en riesgo a mis informantes, de las cuales cuento con testigos que dan fe de dicha información. Además no incluyo en este trabajo conversaciones informales en las que mis informantes hablan de condiciones personales, que se dieron en una relación de más de un año y gracias a la constancia de asistir al barrio, puesto que considero no resultan datos que aportan a resolver los cuestionamientos planteados y sólo provocarían una innecesaria exhibición de ellos. En ese sentido recalco que la estrategia metodológica que se aplicó durante el trabajo de campo se articuló no solo con el uso de testimonios verbales sino con el uso de metodologías visuales y sonoras que complementan los datos etnográficos. Recordando que el eje central de esta investigación es el ámbito espacial y sus vínculos con quienes habitan en el barrio de La Florida, no historias de vida de migrantes cubanos.

Una de las principales motivaciones para estudiar antropología visual y al mismo tiempo elegir el tema de la migración cubana en el barrio de La Florida fue enfrentarme al trabajo de campo etnográfico. Lo cual implicó entrar a las condiciones sociales que rodean a la migración cubana en el barrio de La Florida. He de mencionar que si bien, en un principio, fui bien recibida por los cubanos que frecuentan y laboran este barrio, hubo diversos momentos de tensión. Después de un año de trabajo de campo decidí hacer un ejercicio de paisaje sonoro dentro de una de las casas de los migrantes cubanos del barrio para poder complementar el material etnográfico entre una comparación del

espacio público y el privado. Para ello solicité la colaboración a un adulto mayor cubano que habita en el barrio, quien es conocido por todos los cubanos del sector y con el cual yo había mantenido breves conversaciones dentro de los locales de cubanos de la calle Paz y Miño. El día que ingresé a su casa para identificar las condiciones sonoras del espacio, al despedirme sufrí, lamentablemente, una experiencia de intimidación física por parte de esta persona. Lo cual tuvo repercusiones dentro de la investigación y de manera personal, pues implicó tomar la decisión de cerrar trabajo de campo lo antes posible, además de no poder regresar sola a este sector, por temor a algún intento de ataque, así como perder la confianza de trabajar en el barrio. Mi intención con este relato no es estigmatizar a la comunidad cubana que habita el barrio, pues siempre existió un trato de respeto intachable de parte de mis informantes cubanos como ecuatorianos. Sin embargo narro esta experiencia excepcional, para manifestar las delimitaciones que tenemos como investigadores dentro del campo y los riesgos físicos y mentales a los que el trabajo de campo confronta. Y expresar cómo el trabajo de campo siempre es una interpelación, pues no sólo me presentaba como investigadora sino como mujer, joven, extranjera. A lo que considero, es necesario que los ámbitos institucionales académicos busquen mecanismos de apoyo durante los procesos de investigación, para que bajo una capacitación especializada, se articulen condiciones de mayor seguridad que puedan anticipar estos sucesos.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Teófilo (2003). *El Perú y el Ecuador: Nuevos países de emigración*
 Ponencia presentada en la Conferencia regional "Globalización, migración y
 derechos humanos", organizada por el Programa Andino de Derechos Humanos,
 PADH. Quito - Ecuador. Septiembre 16, 17 y 18 de 2003. Disponible en
 http://www.flacsoandes.org/web/imagesFTP/6553.El_Peru_y_el_Ecuador_Nuevos_paises_de_emigracion_Teofilo_Altamirano.pdf (visitada el 12 de marzo
 2013).
- Anderson, Benedict (2000). *Comunidades imaginadas: Reflexiones Sobre el origen y la
 Difusión del nacionalismo* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Andrade Xavier y Gabriela Zamorano (2012). "Antropología visual en Latinoamérica.
 Presentación del dossier". *Íconos. Revista de ciencias sociales*. Núm. 42: 11-16.
- Appadurai, A. (2001). *La Modernidad Desbordada*. Buenos Aires: Ed. Trilce S.A.
- Arcenales, J. (2010). *Dirección Nacional de Promoción de los Derechos Humanos y la
 Naturaleza, Migración cubana: Recomendaciones de Política Pública para
 Ecuador incluyente*. Disponible en
 http://www.flacsoandes.org/web/imagesFTP/1298066750.Informe_poblacion_cubana.pdf (visitada el 20 de abril de 2012).
- Ardèvol, Elisenda (2006). *La búsqueda de una mirada: antropología visual y cine
 etnográfico*. Barcelona: Editorial UOC.
- Atkinson, Rowland (2007) "Ecology of sound, The sonic order of urban space". *Urban
 studies* Vol. 44, No 10, sept Disponible en www.usj.sagepub.com (visitada el 23
 de septiembre de 2013)
- Attali, Jacques (2001). *Bruits: essai sur l'économie politique de la musique*. Paris :
 Presses universitaires de France.
- Augé, Marc (2007). *Por una antropología de la movilidad*. Barcelona: Gedisa.
- Balibar, E. (1997). *Violencias, identidades y civilidad. Para una política global*.
 Barcelona: Gedisa.
- Ballesteros Gómez, Karla Gissel (2012) "Entre el ir y venir de los objetos: objetos que
 nos hablan de la migración: estudio de caso de migrantes ecuatorianos
 retornados de España en la zona de Pichincha Ecuador". Maestría en
 Antropología visual y documental antropológico. Quito: FLACSO- Sede
 Ecuador.
- Barañano, Ascensión; García, José Luis; Cátedra, María y Devillard, Marie (2007)
 "Diccionario de relaciones interculturales, diversidad y globalización". Madrid,
 Complutense. Disponible en

http://books.google.com.ec/books?id=e613wvN22EoC&pg=PA260&lpg=PA260&dq=etnografia+multisituada&source=bl&ots=QRvraIYxhi&sig=m8KbFI9uUzPgsE5AMhh3GOV9k54&hl=es-419&sa=X&ei=oURCUb3QI6604AOuqIDYAQ&redir_esc=y#v=onepage&q=etnografia%20multisituada&f=false (visitada el 10 de marzo de 2013).

- Barth, Frederik (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México: FCE.
- Barthes, Roland, (2009). *La cámara Lúcida*. Madrid: Paidós.
- Bastide, Roger (1973). *Applied anthropology*. London: Croom Helm.
- Batista, Arianni y María del Carmen Muñoz (2011). Manuscrito no publicado. Quito.
- Bauman, Zygmunt (2005). *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Beguín, François (1995). *Le paysage*. Paris: Flammarion.
- Belting, Hans (2002). *Antropología de la imagen*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Benjamin, Walter (1989). *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.
- Berque, A., Lassus, B., & Roger, A. (1994). *Cinq propositions pour une théorie du paysage*. Paris: Champ Vallon.
- Bohannas, Paul y Dirk Van Der Elst (1998). *Asking and Listening: Ethnography As Personal Adaptation*. Illinois:Waveland.
- Bourdieu, Pierre (1991a). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Taurus.
- _____ (1991b). *Language and symbolic power* : Cambridge, USA: Harvard University Press.
- Brisset Demetrio (1999). “Acerca de la fotografía etnográfica”. Universidad de Málaga. Disponible en <http://hdl.handle.net/10481/7534> (visitada el 8 de marzo de 2012).
- Brown, S., y Frank Bean (2006). “New immigrants, new models of assimilation. The second generation” En *Migration Information Source Migration Information Source*: 1-14.
- Brunet, R. (1990). *Mondes Nouveaux. Géographie universelle*. Disponible en: <http://www.erudit.org/revue/cgq/1991/v35/n96/022214ar.pdf> (visistado el 13 de febrero de 2013).

- Bull, Michael (2004). "Thinking about sound, proximity and distance in western experience, En *Hearing cultures, essays on sounds, listening and modernity*. Erlman, Veit (ed.) Oxford : Berg.
- Burgess, Ernests (2008). "The growth of the city. An introduction to a research project". En *Urban Ecology*. J.M. Marzuluff. Disponible en http://link.springer.com/chapter/10.1007/978-0-387-73412-5_5#page-2 (visitada el 8 de febrero de 2013).
- Burke, Peter (2005). *Visto y no visto. El uso de las imágenes como documento histórico*. Barcelona: Crítica.
- Butler, Judith y Gayatri Chakravorty Spivak (2009). *¿Quién le canta al estado-nación? Lenguaje, política, pertenencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Cage, John (2002) *Silencio*. Andorra : Madrid.
- Camarero, Luise Iñaki García (2004). "Los paisajes familiares de la inmigración". Universidad Nacional de Educación a Distancia y Universidad Carlos III RES nº 4: 173-198.
- Capel, Horacio (2002). *La morfología de las ciudades*. Serbal, Barcelona.
- Carrillo, Cristina (2010). "Imágenes que viajan: el rol de la fotografía en la migración ecuatoriana". *Revista chilena de antropología visual*, julio. Disponible en: <http://www.antropologíavisual.cl/carrillo.htm>. (visitada el 10 de abril de 2012).
- Castillo, Guillermo (2010). "El muro fronterizo, símbolo visual de la intolerancia y la xenofobia". Disponible en http://www.fotorevista.com.ar/Exposiciones/Exposiciones-Fotografia-Guillermo-Castillo-El-muro-fronterizo-simbolo-visual_110911150144.html (visitada el 12 de marzo de 2013).
- Cauquelin, Anne (2000). *L'invention du paysage*. Paris: Quadrige PUF.
- Clifford, James (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- Córdova, M. (2005). *Quito: Imagen urbana, Espacio público, Memoria e identidad*. Quito: Trama.
- Correa, Ahmed (2013) "Del Caribe a la mitad del mundo: inserción laboral y producción de espacios: migración cubana en Ecuador". Maestría en sociología. Quito: Flacso-Sede Ecuador.
- Correa, Rafael (2012). Presidencia de la República del Ecuador: Disponible en http://www.presidencia.gob.ec/index.php?option=com_remository&Itemid=90&func=fileinfo&id=1134 (visitada el 14 de abril 2012).

- Crary, J. (1990). *Techniques of the Observer: on Vision and Modernity in the Nineteenth Century*. Cambridge: MA:MIT.
- Crosgrave, Denis y Stephen Daniels (eds.) (1988). *The iconography of landscape: Essays on the symbolic representation, design and use of past environments*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Chatterjee, Partha (2008). "La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos". Disponible en <http://www.scielo.org.ar/pdf/prismas/v13n1/v13n1a08.pdf> (visitada el 16 de marzo de 2013).
- De Certeau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- Debray, Régis (1994). *Vida y muerte de la imagen: historia de la mirada en occidente*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (2002). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos: Valencia.
- Derrida, Jacques (1987). *Psyché Invention de l'autre*. Paris: Galilée.
- Duncan, James (1990). *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandyan Kingdom*, Cambridge University Press, Cambridge, Reino Unido.
- Eljuri, Gabriela (2012). "La categoría de paisaje cultural y la noción de territorio, una reflexión antropológica". En *Paisajes culturales, reflexiones conceptuales y metodológicas. Memorias del I Encuentro de Expertos*. Cuenca: Ministerio de memoria y patrimonio.
- Erlmann Veit, (2004). "But what of the ethnographic ear? anthropology, sound and the senses". En *Hearing cultures, essays on sounds, listening and modernity*. Erlman, Veit (ed.) Oxford: Berg.
- Fabian, Johannes (1993). *Time and the Other. How Anthropology Makes Its Other*. Nueva York: Columbia University Press.
- Fassin, Didi (2011). "Policing Borders, Producing Boundaries. The Governmentality of Immigration in Dark Times". *Annual reviews*. Disponible en <http://www.annualreviews.org/doi/full/10.1146/annurev-an40#h2> (visitada el 6 de septiembre de 2012).
- Feld, Steve (2003). "A rainforest acoustemology". En *The auditory culture reader*. Michel Bull y Les back (eds.). Oxford: Berg.
- Foucault, Michel (2004). *Vigilar y Castigar: El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.

- Frisby, David (2007). *Paisajes urbanos de la modernidad*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Galofardo, Luca (2003). *Artscapes, el arte como aproximación al paisaje contemporáneo*. Barcelona: Gustavo Gili.
- García Canclini, Néstor (2001). *La Globalización Imaginada*. Buenos Aires: Paidós
- _____ (2007). *Imaginario urbano*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gari, Clara; José Manuel Berenguer, Jaume Ayats, et. al. (2005). *Espacios sonoros, tecnopolítica, y vida cotidiana, aproximaciones a una antropología sonora*. Barcelona: Orquesta del caos.
- Geertz, Clifford (2001). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa. 2001
- Giménez, Gilberto (2001). “Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas”. *Alteridades*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa vol. 11, núm. 22, julio-diciembre: 5-14.
- Goffman, Ervin (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González María Enrieta (1991). “Poesía y teatro de T.S. Elliot”, México: UNAM.
 Disponible en
<http://links.jstor.org/sici?sici=00027294%28199209%292%3A94%3A3%3C640%3AEPAM%3E2.0.C0%3B2-C> (visitada el 13 de marzo de 2013).
- Grasmuck, Sherry y Gabriela Pessar (1991). *Between Two Islands: Dominican International Migration*. California: University of California Press.
- Grau, Jorge (2005). *El audiovisual como cuaderno de campo*. Disponible en www.cidob.org/ca/content/download/8669/.../doc_dinamicas_12.pdf (visitada el 25 de junio de 2013).
- Gravano, Ariel (2003). *Antropología de lo barrial: estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio.
- Guber, Rosana (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Hall, Stuart (2001). *Representation: Cultural representations and signifying practices*. London: Sage Publications.
- Hall, Stuart y Paul Du Gay (2003). *¿Quién necesita identidad? Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Hannerz, Ulf, (1980) *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. México: Fondo de Cultura Económica
- Harvey, David (2007). *Espacios del capital: hacia una geografía crítica* Madrid: Akal.
- Hegarty, Paul, (2007). *Noise/Music*. Nueva York: Continuum.
- Heidegger, Martin (1993). *Construir, habitar, pensar*. Barcelona: Serbal.
- Hervás, M. (2012). *Prematuros y tardíos*. Quito: CCE.
- Hiernaux, Daniel (2007). “Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos”, en *Eure* No 99, pp. 17-30. Disponible en :
- Hirai, Shinji (2009). *Economía política de la nostalgia: un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- Hobsbawn, E. (1998). *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Grijalvo Mondadori.
- Hoffman, Odile y Fernando Salmerón (2006). Nueve estudios sobre el espacio. Representación y formas e apropiación. México. CIECAS.
- <http://www.scielo.cl/pdf/eure/v33n99/art03.pdf>(visitada el 24 de febrero 2013).
- Huyssen, Andreas (2001). *En busca del futuro perdido: cultura y memoria en los tiempos de globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Inda, Jonathan Xavier y Renato Rosaldo (2007). *The Anthropology of Globalization: A Reader*. Nueva York: Wiley.
- INEC. (2011). *Instituto Nacional de Estadística y Censos*. Disponible en <http://www.inec.gob.ec/estadisticas/> (visitada el 16 de agosto 2012).
- Ingold, Tim (1993) “The temporality of the landscape world”, *Archaeology*, vol. 25: 2.
 _____ (2000). *The perception of the environment routledge*. Londres : Routledge
- Kennedy Troya, Alexandra (ed.) (2008). *Escenarios para una patria: paisajismo ecuatoriano 1850-1930*. Quito: Museo de la Ciudad. Fundación Municipal de Museos.
- Kingman, Eduardo (2008). *La ciudad y los otros 1860-1940*. Quito: FLACSO sede Ecuador.

- Krauss, Rosalind (2008). "La escultura en el campo expandido". En *La posmodernidad*. Hal Foster (Comp.) 59. Barcelona: Kairos.
- LaBelle, Brandon (2010). *Acoustic Territories, Sound Culture and Everyday Life*. Nueva York: Continuum.
- Lassus, Bertrand, Roger, Alan, et. Agustin Berque (1994). *Cinq propositions pour une théorie du paysage*. París: Champ Vallon.
- Le Breton, David (2011). *Elogio de caminar*. Madrid: Siruela.
- Lefebvre, Henry (1972). *Espacio y política*. Barcelona: Península.
- _____ (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Leonhardt, Matthias (2008). "Los andes en el corazón. Intérpretes del paisaje". En *Escenarios para una patria: paisajismo ecuatoriano 1850-1930*. Kennedy Troya, Alexandra (ed.) Quito: Museo de la Ciudad. Fundación Municipal de Museos.
- Les Back (2003). "Sounds in the crowd". En *The auditory culture reader*. Michel Bull y Les back (eds.). Oxford: Berg.
- Levinas, Emmanuel (2000). *La huella del otro*. México: Taurus.
- Lewis, Oscar (1961). *Antropología de la pobreza: cinco familias*. México: FCE.
- Lezama, José Luis (2010). *Teoría social, espacio y ciudad*. México: El Colegio de México.
- Lomnitz, Larissa (1975). *Como sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- López Lévi, Liliana (2007). "Nogales: migrantes y paisaje fronterizo". *Veredas* 15: 71-88.
- Lynch, Kevin (1998). *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gili: Barcelona.
- Maderuelo, Javier (2006). "La actualidad del paisaje". *El paisaje, génesis de un concepto*. Madrid: Abada.
- Maderuelo, Javier (2007). *El paisaje. Génesis de un concepto*. Madrid: Abada.
- Malgesini, Graciela y Giménez, Carlos (2000) "Guía de conceptos sobre migraciones, visitada el 11 de marzo de 2013.
- Malgesini, Graciela y Giménez, Carlos (2000). "Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad". Madrid: Catarata en http://books.google.com.ec/books?id=am_VNfXeN4QC&pg=PA343&lpg=PA343&dq=Gim%C3%A9nez+romero+Gu%C3%ADa+de+conceptos+sobre+migraciones,+racismo+e+interculturalidad,&source=bl&ots=H0PQb407IL&sig=0ci69M135qAbKepU4V1KSlcSMXA&hl=es-

[419&sa=X&ei=WRRCUa3aLPbI4APMy4FY&redir_esc=y#v=onepage&q=Gimenezromeroguardado.com/conceptos-sobre-migraciones-racismo-e-interculturalidad&f=false](http://www.gimenezromeroguardado.com/conceptos-sobre-migraciones-racismo-e-interculturalidad/) visitada el 11 de marzo de 2013.

Marcus, George (2001). “Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal”. *Alteridades*, núm. 11. Disponible en <http://es.scribd.com/doc/126472726/92885608-George-Marcus-Etnografia-Multisituada> (visitada el 8 de enero de 2013).

Márquez, Mónica María (2011). *El tema de la migración desde las prácticas artísticas actuales: una mirada desde la periferia*. Escenarios XXI, Año II, Núm 11. Sep.-Oct. Disponible en <http://escenarios21.com/textos/2011/Septiembre-October/09%20El%20tema%20de%20la%20migraci%C3%B3n%20desde%20las%20pr%C3%A1cticas%20art%C3%ADsticas%20actuales,%20una%20mirada%20desde%20la%20periferia.%20M%C3%B3nica%20Marquez.pdf>. (visitada el 4 de julio de 2013).

Mead, Margaret (1979). *Adolescencia y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Ediciones Paidós

Migración internacional y desarrollo Informe del Secretario General, Naciones Unidas, agosto 2012 <http://daccess-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N12/452/16/PDF/N1245216.pdf?OpenElement>

Mora Nawrath, Héctor (2010). “El método etnográfico: origen y fundamentos de una aproximación multitécnica”. *Forum: Qualitative social research*, Volumen 11, No. 2, Art. 10 – Mayo 2010 en <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1283/2956>, visitada el 12 de marzo de 2013

Naranjo, Juan (2006). “Medir, Observar, Repensar: Fotografía, Antropología y Colonialismo (1845-2006)”. En *Fotografía, Antropología y Colonialismo (1845-2006)*. Barcelona: Ed. Gustavo Pili: 11-23.

Park, Robert (1992). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Ediciones del Serbal: Barcelona.

Pierce, Charles (1986). *La ciencia de la semiótica*. Nueva Visión: Madrid.

Pinilla, M. (2006). “Las representaciones gráficas de niños como metodología de investigación en un contexto rural de violencia armada en Colombia”. *Revista Chilena de Antropología Visual*, 143-156.

Pinney, Christopher (2006). “Anotaciones desde la Superficie de la Imagen: Fotografía, Poscolonialismo y Modernidad Vernácula”. En Juan Naranjo, ed. *Fotografía*,

- Antropología y Colonialismo* (1845-2006). Barcelona: Ed. Gustavo Gili, pp. 281-311.
- Poole, Deborah (2005). "An Excess of Description: Ethnograph", *Race and Visual Technologies*. *Annual Review of Anthropology* 34: 159-179.
- Proaño, Christian (2012) "Ruido y silencio en el paisaje sonoro de un barrio de clase alta quiteño, intersecciones en el continuum". Maestría en Antropología visual y documental antropológico. Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- Radcliffe, S., & Westwood, S. (1999). *Rehaciendo la nación*. Quito: Abya.yala.
- Ramírez, P. (2006). *Aunque se fue tal lejos nos vemos todos los días: migración transnacional y uso de NTICs*. Quito: Maestría en comunicación, internet y políticas públicas. Quito: FLACSO- Ecuador.
- Ranard, John (2010). "Menos choque y más terapia" (Traducción no publicada de Fernando Montero Castrillo (Universidad de Pensilvania), mimeo, de [2002] "A Little Less Shock and More Therapy". *International Journal of DrugPolicy* 13: 355-358.
- Ratzel, Friedrich (1988). *Géographie politique*. Paris: Éditions régionales européennes et Economica.
- Redfield, Robert (1947). *La sociedad folk*. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/54475753/Sociedad-Folk-R-Redfield> (visitada el 3 de febrero de 2013).
- Reyes, L. B. (2011). *Algunos elementos metodológicos para pensar espacialmente en ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia
- Ricoeur, Paul (1999). *La lectura del tiempo pasado, memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- Rilke, Reiner Maria (2001) *Sonetos a Orfeo*. Madrid: Hiperión.
- Rodman, Margaret (1992) "Empowering Place: Multilocality and Multivocality" *American Anthropologist*, New Series, Vol. 94, No.3 (Sep., 1992), 640-656. Disponible en <http://links.jstor.org/sici?Sici=0002-7294%28199209%292%3A94%3A3%3C640%3AEPAM%3E2.0.CO%3B2-C> (visitada el 12 de marzo de 2013).
- Ruby, Jay (2002). "Antropología Visual 1996". *Revista Chilena de Antropología Visual* núm. 2. Disponible en <http://www.antropologiavisual.cl/artruby.htm#Layer2> (visitada el 18 de febrero de 2013).

- Ruby, Jay (2007) “Los últimos 20 años de Antropología Visual”. *Revista Chilena de Antropología Visual* núm. 9. Disponible en <http://www.antropologiavisual.cl/imagenes9/imprimir/ruby.pdf> (visitada el 18 de febrero de 2013).
- Sabarots, Horacio (2002) “La construcción de estereotipos en base a inmigrantes "legales" e "ilegales" en Argentina”. *Intersecciones en antropología*, n.3 ene./dic. 2002. Disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-373X2002000100008 (visitada el 15 de marzo de 2013.)
- Sabarots, Horacio (2002) La construcción de estereotipos en base a inmigrantes "legales" e "ilegales" en Argentina en *Intersecciones en antropología*, n.3 Olavarría ene./dic. 2002 en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-373X2002000100008 (visitada el 15 de marzo de 2013).
- Sáenz, María Fernanda (2012) *Nación y género: representaciones de la inmigración cubana en Quito*. Maestría en sociología. Quito: FLACSO-Ecuador.
- Santarelli, Campos, Eberle (2004). “Religión, migraciones y paisaje: Los Menonitas en Guatrache” en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. IX, nº 541, 20 de octubre de 2004. . Disponible en <http://www.ub.es/geocrit/b3w-541.htm> (visitada el 34 de junio de 2012).
- Santos, Boaventura do (2005) “Desigualdad, exclusión y globalización: hacia la construcción multicultural de la igualdad y la diferencia”. *Revista de Interculturalidad*, año 1, No. 1.
- Santos, Milton (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel.
- Sartre, Jean Paul (2006). *La imaginación*. Buenos Aires: Edhasa.
- Sassen, Saskia (1998). *Globalization and Its Discontents*. Nueva York: New Press.
- _____ (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz.
- Schaffer, Murray (1969). *The soundscape, our sonic environmet and the tuning of the world*. Vermont : Destiny books
- Sekula, Allan (2004). “Desmantelar la modernidad, reinventar el documental. Notas sobre la Política de la Representación”. En Jorge Ribalta, ed. *Efecto Real: Debates Posmodernos sobre Fotografía*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili: 35-63.
- Setha Low (ed.) (2003). *The anthropology of space and place: locating culture*. Oxford: Blackwell Publishers.

- Signoreli, Amalia (1999) *Antropología urbana*. México: Anthropos, UAM.
- Simmel George (1999). “La Moda (1905)” en *Cultura Femenina y otros ensayos*, Barcelona: Alba Editorial.
- Simmel, George (1986). *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península
- _____ (2002). “La metrópolis y la vida espiritual”, en Maldonado T (comp.). *Técnica y Cultura: el debate alemán entre Bismark y Weimar*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.
- Soja, Edward (1997). “Thirdspace: expanding the scope of the geographical imagination”, en Massey et al., *Human Geography Today*. Reino Unido: Polity Press
- Soja, Edward (2008). *Postmetrópolis: estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Taachi, Joe (1998). “Radio texture: between self and others”. En *Why Some Things*. Londres: UCL Press Ltd.
- Tilley, Christopher (1994) *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. Oxford: Berg.
- Tuan, Yu Li (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. España: Melusina.
- Unión de Cubanos del Ecuador (2012) s/t. Mensaje publicado en <https://www.facebook.com/union.ecuador>. (visitada el 2 de octubre de 2012).
- Universidad Jesuita de Guadalajara (2013). *El paisaje de la migración*. Disponible en http://portal.iteso.mx/portal/page/portal/Dependencias/Rectoria/Dependencias/Direccion_de_Integracion_Comunitaria/Dependencias/Centro_de_promocion_cultural/plasticas/Proyecto%20Galer%EDa%20Jard%EDn/El%20paisaje%20de%20la%20Migraci%F3n (visitada el 14 de agosto 2013).
- Valle, Alex Iván (2012) “Discursos institucionales frente a la migración cubana en Ecuador: ausencia de política o securitización?”. Maestría en sociología. Quito: FLACSO-Ecuador.
- Vergara, Abilio (2003). *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano. Quebec. La capitale*. México: CONACULTA
- Wacquant, Loïc (2001). *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

- Wahlberg, (2000). “Un pensador de la excedencia” en *La huella del otro*. Levinas, Emanuel. México: Taurus.
- Whyte, W. (1971). *La sociedad de las esquinas*. México, Diana.
- Wierviorka, Michel (1992). *El espacio del racismo*. Barcelona: Paidós.
- Wirth, Lois (1988) “El urbanismo como modo de vida” en Fernández, M. (comp.), *Leer la Ciudad*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Zizek, Slavoj (2011). “Los intelectuales de izquierda son increíblemente narcisistas”. Disponible en <http://www.paginasiete.bo/2011-03-28/Nacional/Destacados/158Eco010311.aspx> (visitada el 23 de agosto de 2013).

Entrevistas

- Bernardo. (cubano). 8 de abril de 2012a. Quito.
- Bernardo. (cubano). 11 de julio de 2012b. Quito.
- Dainesys. (cubana). 14 de noviembre de 2012. Quito.
- Daniel (cubano). 6 de mayo de 2013. Quito.
- Eric. (cubano). 21 de mayo de 2012. Quito.
- Jenny. (ecuatoriana). 05 de junio de 2013. Quito.
- Luis, (cubano). 8 de abril de 2013. Quito.
- Luisa (cubano). 23 de febrero de 2013. Quito.
- Marco. (ecuatoriano). 07 de junio de 2013). Quito.
- Pascale. (ecuatoriana). 08 de junio de 2013). Quito.
- Pipo (cubano). 23 de febrero de 2013. Quito.
- Ricardo (cubano). 14 de noviembre de 2012. Quito.
- Richard. (cubano). 16 de febrero de 2013. Quito.

Paisaje sonoro

- Paisaje sonoro “Calle Paz y Miño” 6 de julio de 2013. Quito.
- Paisaje sonoro “Supermaxi” 13 de julio de 2013. Quito.

Documentos

(Artículos de periódico)

- El País.com (2010). “Una pequeña Habana florece en Quito”. Disponible en http://elpais.com/diario/2010/10/08/internacional/1286488807_850215.html (11 de febrero 2013).

El comercio.com (2010). “106 371 cubanos han entrado al Ecuador en los últimos cinco años”. Disponible en

[http://www.elcomercio.com/seguridad/cubanos-entrado-Ecuador-ultimos-anos_0_671333085.html%20\(21 \(11 de febrero 2013\).](http://www.elcomercio.com/seguridad/cubanos-entrado-Ecuador-ultimos-anos_0_671333085.html%20(21%20(11%20de%20febrero%202013)))

Telégrafo.com (2011). “Relato humano de una Cuba andina” Disponible en

<http://www.telegrafo.com.ec/noticias/informacion-general/item/relato-humano-de-una-cuba-andina.html> (11 de febrero 2013).

Vistazo.com (s/f) “De Cuba a La Florida”. Disponible en

<http://www.vistazo.com/impresapais/imprimir.php?Vistazo.com&id=2693> (11 de febrero 2013).

Pacheco, Luis, (1960). “El aeropuerto mariscal Sucre, al recibir al Boing 707”.

El Comercio. Julio 24.

Videos

Campeau, Claudia (2011) “Migrating Landscapes”. Disponible en

<http://vimeo.com/29890760> (visitada el 22 de agosto 2013).

Sabag, Casandra (2013) “Restaurante de comida cubana Ache de la flaka en Quito Ecuador” publicado en http://www.youtube.com/watch?v=iBvu5C_srx

(visitada el 14 agosto 2013).